



El último goliardo

Antonio Gómez Rufo

La sonrisa vertical



La vida de Fray Domingo de Aranda, por aquel entonces novicio en la orden de los dominicos, cambió repentinamente el día en que llegó al convento, en modo poco ortodoxo, el barón Toribio de Hita, convertido en Hermano Toribio.

Y, con él, traspasó las espesas murallas de la fortaleza de Dios el mismísimo Diablo, arrastrando al oprobio de las incontables e irresistibles tentaciones de la carne al inocente Fray Domingo.

Son, pues, las aventuras inconfesables de esos goliardos tardíos, aún fieles en pleno siglo xv a tan medieval tradición, las que Antonio Gómez Rufo nos cuenta aquí con muy pícaro gallardía.



Antonio Gómez Rufo

El último goliardo

La sonrisa vertical - 41

ePub r1.0

Titivillus 16.10.15

Título original: *El último goliardo*
Antonio Gómez Rufo, 1984

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



El último goliardo

Según la narración de Fray Domingo de Aranda, que murió en la paz del Señor tras haber sufrido el acoso de la carne, el diablo y el barón y no siempre salió victorioso.

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Yo, señor, que veo las tinieblas de la muerte cernirse sobre mí, que temo el fuego del diablo y el azufre de su aliento, que he pecado contra Ti y contra mis hermanos en Cristo, y que no me queda ánimo ni fortaleza para hablar, pues no me diste el don de Demóstenes o el de Cicerón, ni tan siquiera el que diste a San Juan, llamado el *Crísóstomo* o boca de oro por su elocuencia, con el esfuerzo de mi mano temblorosa y mi alma merecedora de todos los castigos terrenales y eternos, apelo a tu misericordia en estos mis últimos suspiros y confieso mis culpas en la espera de tu perdón, para poder así llegar a contemplar tu rostro divino y acercarme a compartir las migajas que de tu Paraíso decidas. Amén.

Confieso que he pecado contra el mundo y contra Ti; que he cedido a las tentaciones del amor, instrumento del que se sirve el diablo para vencer nuestra pusilanimidad, y que he desoído las enseñanzas de mis buenos maestros dejándome llevar de la pasión, el orgullo y la vanidad. Confieso que, en mi ignorancia, creía que el diablo no podía traspasar las murallas de este convento; que nuestra devoción y piedad le mantendrían alejado y que todo lo que aquí pudiese ocurrir se debería a los frutos de la maldad de los hombres, que Tú comprenderías y perdonarías, y no a la intervención diabólica de Belcebú. Lo creía con tal firmeza que no me intranquilizó la llegada al convento del señor limón Toribio de Hita de quien si bien conocía ya por algunas conversaciones susurradas al oído su fama anterior, su propio recogimiento y la devoción que demostró desde el principio me hizo pensar más en Tu poder para reconducir a los hombres hacia el buen camino que en cualquier otra maquinación, diabólica o humana.

Cuando el abad comunicó durante la cena que a la mañana siguiente llegaría el barón para ingresar en la orden

de los dominicos, curar sus penas y arrepentirse de su vida anterior, yo acababa de cumplir diecisiete primaveras, y por mi necesidad, o acaso mis fantasías de adolescente, imaginé que sería un día grande, que el barón llegaría a la casa rodeado de un gran séquito, con mil trompetas anunciándole, y cortesanos y guardias ricamente ataviados en una procesión multicolor llena de fastuosidad y parafernalia como corresponde a la categoría del gran señor que se nos anunciaba. Apenas si pude concentrarme durante la oración de Vísperas y pasé la noche, tal y como ahora recuerdo avergonzado, en tal desasosiego que la ansiedad, la prisa porque amaneciera y el deseo de ver lo nunca visto me impidieron dormir. En aquellos días me asombraban aún los fastos de este mundo, y luego me atraerían aún más, porque todavía no conocía que la paz viene del alma, el lujo de una vida dedicada a Ti y la grandiosidad humana es una despreciable víbora negra en comparación con un simple gesto del más pequeño de tus dedos.

Se le esperaba al amanecer. Una cierta impaciencia hizo presa en el abad, los monjes y nosotros los novicios cuando hacía rato que el sol había subido al cielo y el barón no aparecía. El abad consultó a fray Juan de Sevilla, el mayor de los hermanos, y decidió que volviéramos todos a nuestras tareas, que el Señor habría mandado otra cosa y que los designios del Señor eran siempre la Verdad. Un poco decepcionado me dirigí a la cocina a pelar patatas y raspar zanahorias, que a mediodía había que comer y los monjes se impacientarían si el caldo de verduras y las viandas no estaban a tiempo. Me hacía ilusión presenciar la llegada del barón y achaqué a mi mala fortuna el perdérmela, pues aunque llegara antes del mediodía no podría abandonar la cocina. Los monjes se habían puesto de acuerdo para labrar todos a la vez los campos más cercanos al camino, para verle llegar, lo que ocasionó alguna que otra disputa menor. Los novicios que no tenían ese día establo, huerto o cocina, como yo, paseaban una y otra vez junto a la puerta del convento, simulando orar en recogimiento místico, pero mirando de reojo una y otra vez hacia el camino de tierra ocre que une al

convento con la aldea. El abad y fray Juan disimulaban su impaciencia enseñándose con ademanes de gran júbilo y aspavientos desmesurados pequeñas florecillas silvestres, nacidas junto al camino, que habían pisoteado mil veces sin prestarles la más mínima atención. Eso me hizo pensar, Dios me perdone, que todos tenían tanto interés como yo, o acaso más, por el visitante, lo que aumentó mi sensación de desgracia. A hurtadillas, me encaramaba en la mesa y asomaba mi rostro por el ventanal que se orienta al sur, y las seis o siete veces que lo hice no vi sino un camino reseco y solitario como un cementerio y desierto como un pueblo asolado por la peste.

Llegó el mediodía. El sol brillaba en el cielo y la comida estaba preparada. Ya se dirigían los monjes y los novicios al comedor cuando el abad echó un último vistazo a la senda. A lo lejos, un caminante se acercaba parsimonioso, entretenido en las obras pequeñas de la Naturaleza, apoyándose en un cayado grande y cubierto con una gran capa negra. El abad se detuvo a mirarle y todos volvieron sus miradas hacia aquél que llegaba. Yo estaba en la puerta del comedor y me acerqué a fray Juan, que, algo aturdido, balbuceó: «No puede ser él». Iba a responderle que sí, porque mi intuición me lo reveló, pero debí coincidir con aquella máxima de Erasmo que dice que «no hay tontería mayor que una sabiduría inoportuna» y guardé silencio. En efecto, el caminante llegó hasta la puerta, sonrió al abad, abrió sus brazos y besó por dos veces sus mejillas.

—¿Sois el señor barón? —preguntó algo desconcertado el abad.

—Nada de barón. Ahora ya soy vuestro hermano Toribio.

El abad le abrazó otra vez, ahora con verdadera alegría, farfullando frases elogiosas y de ardiente bienvenida que brotaban entre pelotillas de saliva que el barón esquivaba como podía, aunque alguna de ellas, incluso, hubo de limpiársela de los ojos.

Era un hombre de unos cincuenta años, alto y bien formado, con abundante cabellera rizada de color oro y con unos expresivos ojos azules. Una barba dorada y bien cuidada

le daba un aspecto aún más atlético y jovial. Cuando sonrió de nuevo pude ver que relucían como el sol sus dientes blanquísimos y bien alineados. Nos rodeó a todos con la mirada y nos hizo un ademán de amistosa bienvenida como si él estuviera en su casa y nosotros acabáramos de llegar. Así era él. Se sacudió el polvo de los hombros y preguntó si había algo de comer, pues venía hambriento.

—¿Venís solo? —quiso cerciorarse el abad.

—Ya me he desprendido de todo en el mundo, pero no vengo solo. Dios me acompaña.

El abad sonrió beatíficamente al oír la respuesta del antiguo pecador y musitó:

—Amén.

Luego dijo:

—Os esperábamos al amanecer, como nos dijisteis en la carta.

—Pues no llego mucho más tarde.

Todos le miramos e, instintivamente, miramos al cielo, en donde el sol estaba en lo más alto.

Como nos observó el gesto, que también compartió el abad, añadió:

—Bueno, la verdad es que he salido cuando apenas acababa de amanecer. Y un par de horas es lo que he tardado en llegar.

—Creo —dijo el abad con cautela— que amanece a la misma hora aquí que en vuestro castillo. Y de eso hace ya más de cinco horas.

—¡Ah!, ¿es eso? —respondió con gran cinismo—. Quiero decir que un caballero de Castilla no debe levantarse antes de las diez de la mañana ni acostarse antes de la diez de la noche, por eso decía que me he levantado con el amanecer. Bueno —añadió, cambiando de tema con elegancia—, ¿vamos a comer algo? He desayunado frugalmente.

El abad y fray Juan se miraron algo aturdidos y, encogiéndose de hombros, indicaron al barón el camino del comedor, tras los cuales fuimos todos a ocupar nuestros sitios. Al pasar junto a mí retuvo la mirada y creí percibir una sonrisa cálida. Luego, en el comedor, le sentaron junto al

abad y fray Juan, mientras a fray Tomás le correspondió leer las Sagradas Escrituras y los demás nos afanamos en ingerir nuestros alimentos.

La comida no debió satisfacerle demasiado, lo que me entristeció por la parte de culpa que yo tenía, aunque no dejó de extrañarme que un caldo tan sabroso, una carne tan jugosa —reconocí que algo escasa, eso sí— y un queso tan aromático pudieran no resultar de su agrado. Le miré durante mucho rato y con cada mueca de desaprobación del barón, yo enrojecía, y aumentaba más mi rubor al pensar que algún hermano pudiese darse cuenta de mi turbación. Yo no estaba muy lejos de su mesa y pude escuchar, en medio del silencio sólo alterado por la monótona lectura de un pasaje de San Lucas, que el abad le dijo con una sonrisa paternal:

—Señor barón, en esta casa, que desde hoy es también la suya, tenemos unas reglas que habréis de respetar, las reglas que nuestro Santo Domingo nos dio.

—Claro, claro, hermano abad —contestó el recién llegado—. Pero no me llaméis barón: sólo hermano Toribio. Ya soy uno de vosotros —concluyó con una amplia sonrisa.

El abad comprendió que iba a resultar un caso difícil y que iba a necesitar mucha paciencia, por lo que decidió seguir la charla algo más tarde.

—Está bien hermano Toribio, pero deseo hablar contigo. Tras la comida iremos a la capilla a rezar, como todos los días, y después te espero en mi celda. Hablaremos allí.

—Como deseéis. Pero me vais a disculpar que hoy no os acompañe a la iglesia. Deseo conocer mis habitaciones y reposar un poco.

—Por hoy está bien —contestó el abad. Pero después acude a mi celda.

En aquél momento pensé que era un don del Espíritu Santo, pero ahora sé que el diablo debió inspirar al abad cuando me miró, me hizo señas para que acudiera, me encargó que enseñara al barón su celda y me designó como ayudante suyo durante el tiempo necesario hasta que aprendiera el nuevo hermano las costumbres de la orden y la disposición de las estancias del convento. El barón no ocultó

su alegría por la elección y yo sufrí un aturdimiento por la dicha que me producía. Envidiaba a aquél hombre y me deslumbraba su apariencia, su seguridad, y cuando le conocí mejor le admiré más y más por su sabiduría y experiencia en las cosas del mundo.

Entramos en la celda, se quedó mirándola y me acarició el cuello, metiendo los dedos entre los bucles en que mi pelo ensortijado se entretenía. Me estuvo acariciando un buen rato, mientras mostraba un aire pensativo y ausente. Yo respetaba su silencio y, debo decirlo, me agradaban aquellos cálidos dedos rebuscando mis más profundas pieles capilares. Volvió en sí, me miró sonriendo y preguntó incrédulo:

—¿Esto es todo?

Yo bajé la cabeza comprendiendo que las frías y leprosas paredes, el armario estrecho, el camastro duro y la mesa de madera, bajo la que se escondía un taburete también de madera, configuraban una estancia bastante inapropiada para un caballero como aquél, incluso contando con el crucifijo de metal clavado en la pared sobre el jergón. Contesté que el convento era pobre pero que la gente era buena. Exhalando un suspiro, se sentó en la cama y me hizo sentar junto a él.

—Tienes razón —dijo. Yo he venido aquí a servir a Dios, no a servirme de él. Y te diré una cosa: si todos mis hermanos son tan buenos y hermosos como tú, valdrá la pena.

Me ruboricé, él lo notó y me estrechó en un abrazo. Luego dijo:

—No te inquietes. Vamos a ser buenos amigos.

Y me besó en la boca, lo que me llenó de orgullo recordando que lo mismo hacían los frailes importantes cuando se veían tras largo tiempo; lo vi una vez cuando el señor Obispo llegó al convento y besó al abad, y otra vez cuando el abad recibió a un famoso monje franciscano que sabía teología, latín, filosofía, astronomía, gramática, química, matemáticas, magia, navegación, leyes, geografía, retórica, nigromancia y hasta francés. Sentí orgullo, lo repito ahora con vergüenza, ¡yo pecador!, y una sensación de vanidad que espero que el Señor me haya perdonado. Mantuve pues los labios unidos a los suyos tanto rato como él

quiso, e incluso al retirar la cara recuerdo que le seguí la boca y le volví a besar suave y fugazmente, como un picotazo.

—Esta noche hablaremos, —me dijo—. Quiero contarte muchas cosas.

Le acompañé a la celda del abad y por el camino me fue diciendo cosas que halagaron mi vanidad pero que no alcanzaba a comprender bien del todo. Me decía, el muy maligno, que mis cabellos eran como los de un ángel, que mi cuerpo visto por detrás era como el de una bellísima Venus griega, que mis labios eran jugosos como una pera madura y que mi cuello era suave como el vuelo del gavián. Yo le miraba y le sonreía agradecido, pues no sabía si estaba describiéndome o cortejándome. Yo, inocente como era, pensé en lo primero y susurré:

—Sois un poeta, señor.

No dijo nada; se limitó a darme una cariñosa palmada en el final de la espalda que, al igual que cuando me lo hacía el abad, entendí casta y paternal. Llegamos a la celda y el abad insistió en que me quedara, para refrescar la memoria y saber mis obligaciones para con el nuevo hermano. Así lo hice y me quedé en discreto silencio junto a la pared, de pie, mientras el abad y el barón se sentaron en los sillones situados bajo el ventanal que daba al huerto.

—Hermano Toribio —comenzó el abad— seas bienvenido a tu nueva casa. Es mi obligación enseñarte, aunque sé de tu sabiduría y prudencia, las reglas de este convento, al que Dios guarde y Santo Domingo proteja. Quizá no te haya deslumbrado el lujo de tu celda pero has de saber que he ordenado la mejor para ti, bien orientada y en la que podrás recogerte en tu oración sin que nadie te moleste. Como comprobarás, está aislada del resto y, junto a la mía, es la única que mira al huerto. Confío en que te agrade y sirva para que tu corazón esté más cerca de Dios Nuestro Señor.

—Me parece bien, padre —dijo humildemente Toribio.

—Pues bien; quiero darte a conocer nuestras costumbres.

El abad se puso de pie con solemnidad y, caminando de arriba abajo por la sórdida celda, con los ojos perdidos y

como recordándose las viejas normas siempre repetidas, recitó, místico y contundente:

—Nos levantamos a las cuatro de la mañana y vamos a la iglesia antes de beber un vaso de leche caliente. La comida es a mediodía y la cena antes de las siete de la tarde, hora en la que hay misa y oración. Antes de las ocho y media todos los hermanos han de ir a dormir.

—Pero... —interrumpió Toribio— todo buen cristiano debe dormir de noche. ¿Cómo vamos a levantarnos tan temprano? El día se va a hacer muy largo...

—Hijo mío —dijo el abad esbozando una gran sonrisa— no te aburrirás, te lo aseguro. Vas a ponerte a disposición del hermano jardinero y te ocuparás con esmero del jardín. Eso te llevará muchas horas todos los días y el tiempo que te sobre, por mucho que sea, poco será para dedicarlo a orar a Dios.

El barón abandonó consternado la celda del abad. Su semblante resultó tan penoso que intenté darle ánimos diciéndole:

—No os preocupéis, señor. Pronto se acostumbra uno.

—Tienes razón. Por afligirme he pecado, y tú, por consolarme, también. Esta noche en la celda nos castigaremos por nuestra falta. Y ahora voy a dormir la siesta: estoy rendido.

—Pero hay oración... —protesté débilmente.

—Ve tú. Dios sabrá perdonarme. Mañana rezaré el doble.

En la capilla, fray Juan me preguntó por él. Le dije dónde estaba y lo que estaba haciendo y comentó algo que hasta mucho tiempo después no comprendería. Dijo que no tenía madera de fraile, que iba a ser una desgracia para el convento y que se le había acogido porque la orden era pobre y el barón había pagado su retiro. Luego sabría, mucho tiempo después, que el barón había donado a la orden todas sus tierras con cosechas, ganados y campesinos incluidos, además de casi diez mil kilos en monedas de oro.

Volví a llamar a su puerta a la hora de cenar. Abrió una rendija para ver quien era y, al asomar su cara somnolienta, se alegró de verme, abrió la puerta y me invitó a pasar.

Estaba totalmente desnudo —por lo que cerré los ojos y me mantuve inmóvil junto al quicio de la puerta.

—Pasa, hermano —insistió—. ¿Es ya hora de cenar?

—Sí —balbuceé—. Por eso venía...

Se dio cuenta de mi turbación e intentó tranquilizarme.

—No seas tímido. ¿Te asustas de la inocencia de mi desnudez o de la desnudez de tu inocencia?

No entendí nada, pero pasé y esperé a que se lavara y vistiera. Su cuerpo era todavía terso y musculoso, esbelto y agraciado. Le miré al principio con miedo pero, al cabo de unos minutos, me di cuenta de que ya no sentía pudor. Fuimos juntos al comedor y allí, antes de sentarnos, me dijo que en cuanto los monjes marcharan a sus celdas yo fuera a la suya. Me repitió que teníamos mucho de qué hablar.

Me sorprendió agradablemente el respetuoso silencio que guardó durante la cena, sin un mal gesto mientras comía —ahora creo recordar que lo que hacía exactamente era devorar—, recogido como el mayor de los santos mayores. Después, durante la misa y el santo rosario, se mantuvo igualmente prudentísimo, lo que le hice notar cuando, apagadas todas las luces, me llegué hasta su habitación.

—Es que hemos pecado mucho —me dijo. Por eso toda oración será poca y todo recogimiento escaso. Recuerda que esta tarde me he afligido ante el abad, y tú, en lugar de castigarme, me has consolado. Hemos pecado los dos.

—Mi intención... yo no pensaba... —no acertaba a balbucear una frase coherente.

—Sí, hemos pecado y antes de conversar, como hemos quedado, vamos a sacrificarnos mediante el dolor para el mejor servir a Dios Nuestro Señor.

Yo acepté de buen grado las palabras del barón y me dispuse a arrodillarme, pero él, poniendo las manos sobre mis hombros, me dijo muy despacio:

—Hay que sufrir más, no como lo haces otras veces. Vamos a desnudarnos y nos flagelaremos con un látigo.

Antes de que pudiera decir palabra se desnudó y tomó en sus manos el cordón que a modo de cinto sujetaba su hábito. Yo le imité y cubrí con mis manos mis partes pudendas, con

más vergüenza y pudor que cuando mi prima Isabel, siendo aún pequeño, me había desnudado y acariciado junto al lago. El barón me dijo que ante Dios la vergüenza y la timidez no eran justas, pues ya nos conocía de sobra, y me indicó que me tumbara en la cama, de espaldas. Yo le miraba con terror, más por miedo a él que al cinto, que a fin de cuentas más sufrió Nuestro Señor en la Santa Cruz. Pero tal y como confiaba, Toribio se limitó a pegarme no menos de veinte latigazos, los primeros suaves y espaciados y los últimos fuertes, rápidos y frenéticos. No sé por qué pero la cara la tenía alegre, lo que yo achaqué a la devoción, y debo decir que si los primeros golpes me hicieron daño, los demás me gustaron. Al terminar me dio unos azotes con su propia mano y luego me acarició con detenimiento la cara, el pecho, las piernas y hasta las restantes partes de mi cuerpo, que de vez en cuando recibían con placer algunos besos cariñosos. Como aumentaba su frenesí, la pregunté si deseaba que yo le azotara a él, para santificar también sus penas, pero me dijo que él iba a sufrir algo peor, pues en castigo iba a introducir su miembro más limpio, y que tantas satisfacciones le había dado en otros tiempos, en la parte más sucia de mi cuerpo. Así lo hizo —yo pecador— y entonces pensé que realmente debía sufrir mucho, pues muchos eran los gemidos y gritos contenidos que durante el tiempo que lo hizo dio. Con el tiempo sabría que sólo fui instrumento del peor pecado que un fraile puede cometer, pues si todo acto camal es malo, hacerlo con personas del mismo sexo es tan diabólico que se llama pecado nefando.

Ya ambos calmados y santificados, y también felices (reconozco, meaculpa, que al menos yo lo estaba), nos sentamos a conversar sobre su vida anterior, porque le dije que quería saber y él me replicó que para saber lo mejor era preguntar. Por aquel entonces yo conocía ya la *Gesta Romanorum*, una compilación redactada en Gran Bretaña en el siglo XIII, de Historia romana y universal con carácter moralizante, pero nada sabía del mundo y sus cosas, por lo que desde aquella noche, y durante otras noches, me contó sus venturas y desventuras, sus conquistas, sus amoríos y sus

lides. Se ponía a hablar, después de santificar nuestro cuerpo de los pecados del día, hasta que nos quedábamos dormidos. Muchos días llegamos tarde a la oración de Maitines, e incluso al desayuno, pero el abad demostró gran paciencia con aquél que había provisto a la orden de más riquezas de las que había soñado poseer nunca.

No recuerdo lo que hablamos cada noche, ni como empezaba cada conversación, pero la escandalosa vida del barón Toribio de Hita transcurrió, más o menos, así.

Toribio nació en Hita en el año del Señor de 1435. Su padre, el señor barón, era el favorito del rey de Castilla y mantenía cordiales relaciones con el de Aragón, por lo que muchos le creyeron el precursor y promotor del matrimonio que años más tarde uniría ambas coronas. Su madre no fue la señora baronesa, sino una dama de ésta, pero el Cielo quiso que la baronesa fuera llamada a la presencia del Señor unos meses antes del nacimiento de Toribio, con lo que cuando abrió por primera vez los ojos al mundo habíanse celebrado ya nupcias nuevas entre el barón y la antigua dama.

Su infancia fue un modelo de amor a la sabiduría y a la ciencia. A los diez años leía con entusiasmo obras de química, astrología y jurisprudencia que se hacía traer de las mejores abadías de Burgos y Soria, y gustaba de pasar horas enteras en la biblioteca del castillo reconociendo libros de las más dispares materias. A los doce años escribió un *Tratado sobre el amor* de gran éxito en toda Castilla, consultándolo incluso el propio rey antes de proceder a tales menesteres. Toribio me demostraba con ello, y así me lo recalcó, que no había nada como la imaginación y que toda ciencia podemos intuir la sin necesidad de verla, porque la lógica de la deducción es infalible cuando se usan criterios adecuados y sensatos. Cuando escribió el *Tratado* aún no conocía el amor, pero suponía lo que era y dedujo sus posibilidades más seductoras.

Sabiendo como sabía que era el legítimo heredero del barón y sus inmensas riquezas, dedicó los siguientes años a practicar y poner a prueba cuanto había escrito en su libro. Nada ni nadie se libró de sus caprichos, ni las doncellas del castillo, ni las madres de las doncellas, ni las sirvientas y amas, ni los hermanos de las amas, ni el capitán de la guardia. Por no librarse, no se libró siquiera una oveja, llamada Rosalinda, a la que había dedicado el Capítulo II, del Título último del *Tratado*: «De la zoofilia, el bestialismo y

otros placeres menores». Recuerdo que era un libro prohibido en el convento y, aunque lo intenté, jamás dio su permiso el abad para que lo leyera en la biblioteca de la planta superior. No obstante, Toribio me fue contando su vida con indicación de las similitudes entre los hechos y lo escrito. Su elocuencia, su claridad en la dicción y los gestos con que se acompañaba, daban a la narración el colorismo y el realismo precisos para que, noche tras noche, me extasiara escuchándole.

Muy pronto me narró con todo lujo de detalles su primera experiencia, que le ocurrió cuando acababa de cumplir los trece años. Tenía por costumbre esconderse entre los matorrales de la vereda del río mientras bajaban a bañarse las doncellas con sus sirvientas y, un día de cielo claro y limpio, en el que los pajarillos saludaban festivos a las bañistas y el azul del cielo se miraba en las aguas como en un espejo fiel, surgió de entre las damas una niña de nombre Juana y que debía rondar el umbral de la pubertad. Toribio no pudo apartar los ojos de ella y se recreó con su pubis apenas florido, sus pechos pequeños y sonrosados y su rostro pálido de trazos angelicales. Su largo cabello era marrón y liso, crecido hasta la cintura y suave como plumas de pavo real. Sus ojos, grandes y azules, muy claros, resaltaban de entre la palidez de su piel, fina pero no transparente, por su viveza y alegría. Juguetearando con el agua, Toribio observó que sus pechos eran redondos y pequeñitos, coronados por rosas sarpuellidas de los más succulentos granitos que la mujer tiene, y sus nalgas, firmes, duras y blancas, contrastaban con el vientre liso salpicado de vello escaso y clareado. El muchacho se sintió crecer en su masculinidad y, en su éxtasis, fue a tropezar y caer, con tan mala fortuna que se le escapó un gemido que la niña escuchó. Le descubrió allí tendido, un tanto ruborizado y más asustado que ella que, en su inocencia femenina, dio en acercarse y preguntarle si se había lastimado. Juana, ¡ah imprudencia angelical!, permanecía desnuda ayudándole a recobrarse, acariciándole la cabeza en el lugar que él aseguraba que le dolía. Quizá por instinto, o acaso de la emoción, Toribio no se dio cuenta de que la estaba acariciando en su más recóndita cueva, y cuando se

percató, observó sorprendido que ella perdía la mirada y empezaba a jadear. Entonces le besó los pechos, lamió sus rosas y sintió que una mano decidida le acariciaba frenéticamente en sus partes pudendas. No necesitó mayor invitación: se desnudó veloz y se tendió sobre la niña, que le besaba el cuello y se restregaba contra él. No sabía con exactitud qué podía hacer con el hueso que le atormentaba, pero sí conocía que la mejor manera de sofocar su fuego era asfixiándolo entre los matorrales del jardín de Juana. Y así lo hizo, suave y amorosamente, sintiendo que se deslizaba entre jugos y vaselinas, con más facilidad de lo que pensaba, no deteniéndose en el momento justo en que el virgo se le interpuso y que logró atravesar mientras ella gemía con más sentimiento y le suplicaba que continuase entrando y saliendo por sus pliegues deseosos de roces placenteros. Toribio incorporó la cabeza para contemplarla y observó que tenía los ojos cerrados, la sonrisa distraída y se mordía el labio inferior con sus blanquísimos dientes. Juana se aferró con sus manos a las nalgas de Toribio, empujándole y apretándole para que penetrara más y más, arañándole con pasión y paseando sus dedos por el ano del vestal que, a punto de estallar, le mordisqueó los labios, jadeó mucho y se vació del todo entre sudores, humores y placer. La niña continuó acariciándole la espalda, de arriba abajo, con los ojos cerrados y besándole repetidamente el cuello, la cara y la boca. Toribio se retiró, rendido por el esfuerzo, y se tumbó junto a ella, que le miraba agradecida.

Se dio cuenta, como había escrito, de que el gozo es tan disfrutado por la mujer como por el hombre y que las damas son más agradecidas cuando se las da ocasión de alcanzar el éxtasis. A pesar de todo Toribio se sentía algo avergonzado, pero la niña volvió a sonreír, se incorporó y, poniéndole la mano en el vientre, le dijo:

—Me llamo Juana, señor barón.

Toribio enrojeció aún más. A sus trece años nunca nadie le había llamado así y notó en la niña un tono servil que le disgustó. Pensó que se le había entregado por el poder que representaba, no por sí mismo, y se enfureció. Juana debió

notarlo porque quiso calmarle acariciándole el miembro, incorporándose y besándolo varias veces, pero el fuego de Toribio estaba más apagado por la ira que por el exceso de amor, por lo que se puso en pie, arrancó una rama del matorral y, mientras le quitaba las hojas y la corteza, hasta dejarla desnuda y flexible, dijo:

—Te mereces un castigo.

Ella no contestó. Le miró asustada y le suplicó con los ojos que no le hiciera daño, pero ya era demasiado tarde: Toribio le dio tres azotes en el culo y después dos golpes con la rama, muy espaciados, mientras la insultaba y le acariciaba los pechos con la otra mano. Notó que, de nuevo, el fuego le quemaba la entrepierna y, entonces sí, la poseyó con furia. La niña gemía y afirmaba con monosílabos, y volvía a abrazarle, arañarle y besarle. Rodaron por la hierba, se mordieron y se lamieron, se besaron y se quisieron hasta que un espasmo repetido y febril les derrotó. Jadearon durante bastante tiempo, hasta que Toribio estrujó los pechos de la niña con sus manos y le dijo:

—Mañana te volveré a castigar. Ven a mis aposentos a mediodía.

Aquella experiencia la repitió con Juana durante algún tiempo. Día tras día, en la comodidad del lecho, o en el suelo, la besaba o le pegaba, excitándose mutuamente con juegos nuevos que él ya había descrito en su *Tratado*. Hasta que un día les sorprendió Leonor, la dueña de Juana, mujer muy vieja ya, quizá tuviese veinticinco años, que se enfadó mucho con lo que vio. Toribio superó su aversión inicial y pensó que la mejor manera de que guardase el secreto era haciéndola cómplice del juego, con lo que, de acuerdo con Juana, la sujetaron, la desnudaron y le hicieron mil caricias hasta que se rindió al placer. Juana la besaba en los labios y Toribio en el pecho, y le frotaron las nalgas y el nido del amor con ambas manos hasta que Toribio, excitado con tanta danza, se introdujo en ella arrancándole un suspiro de placer. Juana, entretanto, le seguía besando los labios, la lengua y los pechos, deslizando sus finos dedos por la espalda entre suaves arañazos, hasta que se le pusieron los pelos de punta y la

carne de gallina. Se abrió de piernas sobre su cabeza y sintió que Leonor le besaba la entrepierna mientras Toribio la poseía y simultáneamente besaba los labios de Juana. Jadearon los tres, se besaron repetidamente y decidieron guardar el secreto. Desde aquel día, Leonor asistió puntual a la cita y les acariciaba a ambos o se acariciaba a sí misma hasta que los tres acababan fatigados y hambrientos de repetir muchas veces el acto del amor.

Pronto se cansó Toribio de las dos mujeres y las despidió sin demasiado tacto. Leonor, convertida al vicio, se entregó a todos los placeres de la carne con villanos e hidalgos, amas y sirvientas, guardias y capitanes, frailes y abades, nobles y siervos, comerciantes y campesinos, dueñas y bufones, estudiantes y cómicos, monjes, libertinos, herejes, moros, atracadores, alcahuetas, putas, sacristanes, ruines, extranjeros y otras gentes de mal vivir. La niña Juana, en cambio, se postró en cama enferma de amor, languideció, palideció, tuvo fiebres, calenturas, tiritones, delirios, pesadillas, visiones, alucinaciones y sueños malignos hasta que murió. Toribio, insensible, no puso freno a sus pasiones en los dos años siguientes.

Por su lecho pasaron las más hermosas damas del condado, las más esbeltas campesinas y las más experimentadas mujeres. Se tumbó con la mujer de su padre que, viudo otra vez, casó con una dama de alcurnia, alta y flaca como un halcón y fea como una perdiz, pero sabia en el arte de amar, complaciente con Eros, ninfómana empedernida y suave y cálida en sus arañazos, lamidos, caricias y besos. Se tumbó con su hermanastra, una pelirroja de dientes prominentes e inmensas tetas caídas como almohadones de plumas, que luego casó con un necio caballero de Sitges más preocupado por el guiar que por el folgar. Se tumbó con don Martín, capitán de la guardia y príncipe del engaño, robusto y peludo ante sus hombre pero complaciente, amanerado y maricón en el lecho. Se tumbó con Amusef-al-Mohamed, musulme venido a menos y entregado a los cristianos tras haberse arrepentido de su falsa fe en el *Corán*. Se tumbó con Anselma, vieja arrugada y

medio ciega que, por aquel entonces, tenía más de setenta años y no se atrevió a negar los deseos del joven. Y se tumbó con Rosalinda, la más hermosa oveja del rebaño del castillo, blanca y mullida, dócil y limpia. A los dieciséis años, cansado de tanto tumbarse, Toribio aprovechó la muerte de su padre, la enfermedad de su madrastra y las bodas de su hija para poner orden en su hacienda, montar su mejor caballo y, con las alforjas repletas de oro, iniciar un largo viaje para conocer mundo.

Durante varios años viajó hasta Granada por el sur, hasta París por el norte, hasta Santiago por el oeste y hasta Italia por el este, en donde se dedicó al fornicio en el Vaticano, en Milán y en Pisa. Mató en duelo a cuantos nobles le desafiaron, disputó con rufianes y jugadores, engañó a comerciantes y mercaderes de tres mundos y se acostó con cuantas mujeres dispuso, ya fueran inocentes, casadas, monjas, busconas o contrahechas, tuviesen doce o sesenta de edad, afortunadas o pobres, bellas o desfavorecidas. Con todas probó y a todas supo sacarles placer, y dejarlas, al fin, un recuerdo de aquel caballero de Castilla que se marchaba sin despedirse para no entristecerlas en los momentos siempre desoladores del adiós.

Cumplidos los veinticinco años volvió a su casa y comprobó con satisfacción que todo estaba en perfecto estado: los campos bien labrados, los rebaños paciendo, las almenas guardadas y los aposentos limpios. El señor de Villaplana, viejo amigo de su padre y administrador de los bienes familiares, así como el capitán de la guardia habían cumplido bien su misión. Toribio les agradeció su trabajo, les regaló cien monedas de oro a cada uno y les encomendó continuar su buen hacer.

Él se dedicó a la lectura durante el día y a las fiestas que, con cualquier pretexto, organizaba para las noches. Sus lecturas tenían bastante de impuras y escabrosas, y no dejó pasar autor moderno sin estudiarle y deleitarse con sus escritos. Leyó *El Filocelo*, *El Filostrato*, *Teseida*, *Fiammetta*, *El Corbacho* y *El Decamerón* de Giovanni Boccaccio, del que resaltó como narración más excitante la de la noche 3.^a, 10,

titulada *Alibech*; releyó con detenimiento a Franco Sachetti, sobre todo su colección de relatos *Trescientos Cuentos*, entre los que destacó con mucho reír el llamado *Los calzones de San Francisco*, y que decía así:

«En la ciudad de Amelia vivía un hombre sencillo llamado Buccio Malpanno, casado con una mujer que llevaba el nombre de Caterina, muchacha de veinticinco años de edad, muy bella y no menos cortés, en especial con Antonio, un joven fraile del cual, como de su devoto, era muy visitada; tanto que, quizá porque su marido era muy escuálido y apocado, el fraile le usufructuaba sus bienes terrenales más que él mismo.

»Cierta vez, como ocurre a menudo en muchas regiones, Buccio tuvo que cumplir una noche de guardia, y el fraile decidió aprovecharla para yacer con Caterina. Antes de salir, se mudó de ropa interior y se puso unas muy finas y blanquísimas. Estando ya en la habitación de la joven, se quitó los blancos calzones y los colgó en la cabecera de la cama.

»Ocurrió que por algún contratiempo, Buccio sintió la necesidad de regresar a su casa y pidió permiso al oficial de guardia. Cuando introdujo el marido la llave en la cerradura, el fraile, al oír el ruido, se levantó rápidamente y cogiendo la túnica y sus ropas se descolgó por una ventana no muy alta, olvidándose los calzones, y tan velozmente como pudo, se marchó con Dios. Buccio fue a ocupar su lugar en el lecho profanado y los esposos se durmieron rendidos de cansancio: él por la guardia y ella de haber meneado tanto el trasero.

»Al día siguiente, cuando Buccio abrió la ventana, vio los calzones colgados de la cabecera de la cama y, creyendo que eran suyos, los tomó para ponérselos, pero viendo los otros sobre un mueble pensó: ¿Qué quiere decir esto? ¡Si yo sólo tengo un par!; y advirtiéndolo que los de la cabecera no eran suyos, los guardó. Pensando en el posible propietario de los calzones, que por el tamaño de los mismos sería un gigante, se entristeció tanto que apenas si comió.

»El fraile Antonio, preocupado por la pérdida de sus calzones, se lo hizo saber secretamente a la mujer, recomendándoselos mucho. Ésta, al no encontrarlos y viendo a su marido tan apenado, dedujo que los había hallado y escondido.

»Atemorizada, y no pudiendo cumplir con el pedido de su amante, acudió a verlo y le contó que su marido los había

encontrado y que ignoraba dónde los guardaba; que esta situación la tenía muy preocupada, ya que no sabía cómo excusarse, y que esperaba un mal fin.

»Advirtiendo el fraile el peligro que corrían, decidió contarle todo al fraile Dominicó, un hermano que gozaba de toda su confianza. El anciano, que era muy astuto y experimentado, le reprendió duramente, pero para evitar la deshonra de la orden primero y la de fray Antonio en segundo término, le dijo:

»—Yo me las ingeniaré para alejar estas sospechas de Buccio. Vayamos a buscarlo y déjame hablar a mí.

»Así, se pusieron en camino y anduvieron hasta encontrarlo. El fraile Dominicó, reteniéndole la mano en el saludo, le miró fijamente a los ojos y le dijo:

»—Buccio mío, te noto apesadumbrado.

»—¿Qué decís, padre? —le respondió—, yo no tengo ninguna preocupación.

»—Hijo mío, en verdad lo sé por una revelación de San Francisco. Y justamente he querido venir a tu casa para recuperar una reliquia que se llevó tu mujer. Te lo explicaré claramente para que lo comprendas bien: nosotros tenemos un reliquia que posee la virtud de fertilizar a las mujeres que no pueden tener hijos; se trata de los calzones del bienaventurado San Francisco, y a menudo los prestamos con ese fin. Tratándose de tu mujer y conociendo sus virtudes, se los hemos prestado para que San Francisco le otorgue la gracia de concebir un hijo, como es su deseo. Ocurre que ya los ha conservado varios días y nos los ha solicitado otra mujer en sus mismas condiciones. Te lo he aclarado para disipar cualquier sospecha.

»—Sois un enviado del cielo —replicó Buccio—, pues con vuestras explicaciones habéis disipado mis dudas y aplacado mis temores.

»Y se dirigieron a su casa.

»—¿Dónde guardáis nuestra santa reliquia? —dijo el fraile.

»Buccio lo guió hacia una habitación y se los mostró. Cuando el fraile vio el estado ruinoso en que se encontraban, extrajo un pañuelo de seda y dijo:

»—Buccio mío, ¿cómo los has cuidado tan mal? ¡Has pecado mortalmente!

»Y tomando cuidadosamente las reliquias, las guardó entre la seda, mientras entonaba el *De profundis clamavi*. Y cantó otros muchos salmos para convencerle del engaño; haciéndole creer que había caído en la excomunió, le golpeó en la espalda con

una vara y le obligó a comulgar con mucha maestría; todo esto en favor del apetito de fray Antonio».

Se deleitó con obras de Chaucer, como *Leyenda de las buenas mujeres*, *La casa de la fama* y *Boecio*, *Troilo* y *Criserda*, aunque por supuesto su obra favorita eran los *Cuentos de Canterbury*, comentaba jocosamente los *Cuentos* populares de Giovanni Sercambi, como aquel de *La maldad de las mujeres adúlteras* o el de *La viuda libidinosa*; envidió la prosa burlesca y desenfadada de Anselm Turmeda, en su deliciosa *Disputa del asno*; se entusiasmó con las *Cien nuevas novelas* recopiladas por Philippe le Bon, que por aquel entonces se creía que habían sido escritas por Antoine de la Salle; se detuvo a estudiar *El Novillero*, de Masuccio Salemitano, cuyo manuscrito encontró por casualidad; y su afición por la lectura de amoríos fue tanta y tan impura que hasta desentrañó de un manuscrito anónimo del siglo VI los pasajes más nocivos para la salud de todo buen cristiano; desmenuzó las *Partidas* de Alfonso X y las *Digesta*; hizo traer libros de Toledo, Burgos, Tarragona y Cartagena, de Burdeos, Pisa y París, de Constantinopla y Atenas. Nada detuvo su febril pasión por la lectura.

Cuanto más leía, más se daba cuenta de que su *Tratado* era una obra tan inocente y básica, tan elemental, que no tenía cabida entre los escritos de los que a partir de entonces serían sus maestros. Y en un acto de sacrificio inmoló su pasado, quemando en una hoguera el ejemplo que quedaba de su ingenua visión de la carne y decidiendo, desde aquel momento, no volver a escribir nada y limitarse a aprender de los demás.

Por la noche siempre salía el sol en el castillo del barón Toribio de Hita. Las grandes fiestas, a las que acudían obispos y nobles, gramáticos, poetas, retóricos, filósofos, jurisconsultos, didácticos, sofistas, teólogos, religiosos, monjes, administradores, magistrados, escribanos, copistas, notarios, abogados, promotores, secretarios, banqueros, militares, y una vez el propio rey de Aragón, eran conocidas en todos los confines de la cristiandad. El ritual era siempre el mismo y, aunque el Papa envió un emisario amenazándole

con la excomunión, el emisario disfrutó tanto de la fiesta que prometió, como así hizo, interceder ante el Papa de Roma y contar que eran inocentes juegos ante los que Dios no podía ofenderse.

La fiesta se iniciaba al anochecer, en el momento justo en que el cielo oscurecía y se divisaban las primeras estrellas, aunque no importaba que las nubes las ocultaran porque en tal caso el barón decidía el momento de empezar. Entonces el barón y sus invitados se acomodaban alrededor de un amplio círculo en la estancia mayor del castillo, bien servidos de viandas, frutas y vino. La sala tenía cuatro puertas, orientadas al norte, al sur, al este y al oeste, cada una con su función: por la del norte entraban y salían músicos, danzarinas, tragafuegos y bufones; por la del este, sirvientes con alimentos; por la del oeste las víctimas, las niñas, los muchachos y las mujeres; y la del sur, siempre abierta, daba paso a una serie de estancias pequeñas, amuebladas con lecho y sillón, por si se necesitaban o preferían.

Entraban los músicos e iniciaban sus acordes, mientras por la puerta del oeste cien niñas de no más de trece años ni menos de once aparecían acompañadas de cien muchachos de no más de catorce ni menos de doce años. Puestas las parejas en círculo de cara a los invitados, podían elegir un niño o una niña que durante toda la noche serían su compañía y harían lo que el señor dispusiese, fuese lo que fuera. Los elegidos se quitaban la gasa transparente con que se vestían y se tumbaban desnudos junto al señor mientras los demás se retiraban, aunque uno de ellos, casi siempre una niña, permanecía desnuda en el centro del salón por si algún invitado deseaba beber un vaso de sangre caliente que obtendría del brazo de la niña mediante una incisión a la altura del codo que, desde luego, no pondría en peligro su vida. La mayoría de los invitados se mostraban indulgentes y no pedían su sangre; sin embargo, siempre que asistía a la fiesta el obispo de Toledo bebía porque, según él, purificaba así su cuerpo para el mejor servicio a Dios.

Dispuesta la fiesta de aquesta manera, los invitados comían, bebían y acariciaban al adolescente que habían

elegido, mientras escuchaban cantos, miraban danzas y conversaban con el vecino de festín. Bien saciada el hambre y la sed, muchos fornicaban con el niño o la niña, o se hacían acariciar, chupar y besar, a pesar de que el barón les pedía calma y les aconsejaba que no malgastaran energías desde tan temprano. Efectivamente, por la misma puerta del oeste eran ahora mujeres desnudas, realmente hermosas y bellas, las que salían cubriéndose pudorosamente la cara con velos parecidos a los que usan las infieles. De pechos firmes y altos, de nalgas prietas y duras y con poca velloidad en el pubis, todas ellas caminaban alrededor del barón y los invitados hasta que el barón, con vista de Linceo, aquél de los Argonautas famoso por poseer una vista muy penetrante, elegía su compañera, y tras él los demás hacían lo propio. El privilegio de la elección lo tenía el anfitrión, según las reglas que el propio barón había dictado para sus fiestas, pero en dos ocasiones cedió su privilegio: una fue cuando asistió a su fiesta el rey de Aragón; otra, cuando el emisario papal fue convencido para asistir y comprobar, por sí mismo, la inocencia de sus diversiones. Ambos demostraron, en esas ocasiones, su magnífico gusto y su exquisita corrección, aunque el emisario papal lo estropeara al final exigiendo que la doncella elegida dejara que el emisario pudiera desahogar sus necesidades sobre su cara, manchándola de excrementos y orines. Todos lo encontraron divertido salvo la doncella que protestó tímidamente primero y de manera airada después, escupiendo al emisario al ver que nada podía hacer para evitar complacerle. El barón calmó el enojo del amigo del Papa ordenando ahorcar a la muchacha por su insolencia, lo que le tranquilizó bastante. Desde aquel día el juego del excremento se añadió a las distintas fórmulas que hacían de la noche una fiesta y de la fiesta un sol.

Avanzada la noche el barón se despojaba de sus ropas e invitaba a todos los presentes a hacer lo propio, lo que aceptaban de buen grado y con grandes muestras de alegría. Después se apagaban todas las luces y, tras unas vueltas al corro cogidos de la mano, se soltaban y, a tientas, buscaban pareja y hacían el amor sin saber realmente con quien.

Cuando volvían a encender las luces, a una orden del barón, un amasijo de brazos, piernas, cuerpos y cabezas entrelazados era todo lo que se veía por doquier. El lazo se iba desanudando poco a poco y grandes carcajadas acompañaban las sorpresas que revelaban a quién habían poseído, a quién estaban acariciando el culo y quién yacía junto a quién. No faltaba nunca el disgusto del que se había confundido, ni el rubor en el tímido que había sodomizado a su hermano, su primo o al propio barón.

Aunque el barón casi siempre hacía trampa. Antes de que se apagaran las luces acostumbraba a tener localizada una doncella y, al apagarse, se dirigía a ella, la tomaba de la mano y la separaba del grupo llevándola a un rincón protegido por las columnas de la chimenea y allí, a la penumbra del fuego, que algo insinuaba los contornos, disfrutaba de su sorpresa, succionaba sus labios verticales, mordisqueaba sus algodones cálidos, penetraba con sus dedos el derecho y el revés y, al final, se vaciaba en su boca mientras ella ribeteaba y acariciaba con sus dedos la cueva insatisfecha. Cuando ambos recobraban la calma, y se saciaban de deseo, se reintegraban al grupo por separado hasta que, instantes después, el barón ordenaba dar luz a las estancias. El juego se repetía tres o cuatro veces durante las horas siguientes hasta que todos quedaban rendidos y se dormían. Los más fuertes aún tomaban prestada una muchacha y desaparecían por la puerta del sur. El barón siempre lo hacía, pero solo; en realidad se retiraba a reposar a sus aposentos.

Las fiestas se interrumpieron cuando una mañana de julio, agobiante de calor, llegó al castillo un mercader veneciano con su mujer y sus cuatro hijas, la mayor de veintitrés años y la menor de dieciocho. La mujer estaba fresca y lozana como una rosa y, a buen seguro, aún no había cumplido los cuarenta. El mercader pidió al barón que le alojase por una noche porque el camino era largo y el calor les asfixiaba. Se dirigía a Toledo, al mercado, y había reparado en ese hermoso castillo que se le antojó espacioso y hospitalario, lo que confirmó con algunos campesinos de la pequeña aldea

que, en forma de herradura, rodea al cerro en donde se situaba el edificio. El barón se fijó en las cuatro hijas y aún más en la madre, por lo que les acogió de buen grado y dio orden de que les preparasen lujosas estancias, invitando al mercader a tomar un refrigerio mientras hacía preparar el baño a la mujer y a las hijas.

El barón procuró que el mercader bebiera mucho y se quedase pronto dormido, como así ocurrió, y corrió a presenciar tras los juncos del patio como se bañaban las niñas. Las jóvenes, de aspecto agradable todas ellas, jugaban a acariciarse los pechos unas a otras, salpicándose y enjabonándose entre risas y saltos. Era un espectáculo muy bello en el que, cual cuatro gracias, juntaban sus manos y se besaban. El barón empezó a sentir al diablo encendiéndole el ardor y pensó que haría mejor enfriándolo con la madre, más experta sin duda. Así pues, marchó a la estancia superior y se introdujo en el cuarto en donde la mujer se bañaba ayudada por una sirvienta del castillo. La dama se asustó al verle e intentó cubrirse, pero él la tranquilizó diciéndole:

—No temáis, bella mujer. Es costumbre española que un caballero vigile que todo esté a gusto de sus invitados. Yo debo quedar aquí hasta que estéis satisfecha.

Dicho esto, mandó salir a la doncella y se sentó frente a la dama que, recobrada la calma, continuó enjabonándose y lavándose, con especial insistencia y provocación, en sus partes más floridas. Y el barón hablóle de tal manera, díjole tantos dulces y mieles, confesola tantas cuitas y mostrola tal amabilidad que la dama notó que se le encendía también la llama de la pasión. Y no sabiendo si el barón decía tal por cortesía o por cortejarla, y no deseando que fuese tan sólo lo primero, decidió probarle y seducirle. Para ello le dijo, a modo de secreto, que en Venecia ejercía de alcahueta y, para demostrarlo, le contó una historia en la que, según aseguraba, ella era la protagonista. Contó que había servido al cardenal de..., de quien, atendiendo a su existencia sana y vigorosa todavía, le permitiría omitir el nombre.

«Su eminencia tiene hecho un arreglo con una de esas mujeres cuya profesión es la de proporcionar los depravados

objetos necesarios para alimentar sus pasiones; cada mañana le lleva una niña de trece a catorce años a lo sumo, de la cual monseñor no goza más que de esa manera incongruente con la que los italianos hacen comúnmente sus delicias; gracias a que la vestal sale de las manos de su eminencia tan virgen como entró, puede ser vendida como nueva por segunda vez a algún libertino más decente. La matrona, perfectamente compenetrada con las costumbres del cardenal, no encontrando a mano un día el objeto cotidiano que estaba comprometida a proporcionarle urdió vestir de niña a un bellissimo monaguillo de la iglesia del jefe de los apóstoles; le habían arreglado los cabellos, un bonete, las faldas y todo el ilusorio aparejo destinado a engañar al santo hombre de Dios. Pero no habían podido darle lo que realmente le hubiera asegurado un parecido total con el sexo al que imitaba; pero esta circunstancia no preocupaba demasiado a la alcahueta... “Jamás ha metido la mano allí —le decía a una de sus colegas que la ayudaba en la superchería—, con toda seguridad no visitará más que lo que iguala a este niño con todas las muchachitas del universo; no tenemos nada que temer...”.

»La comadre se engañaba, ignoraba sin duda que un cardenal italiano tiene el tacto demasiado delicado y el gusto por demás ejercitado como para no equivocarse en semejantes cosas; la víctima llega, el sumo sacerdote la inmola, pero a la tercera embestida...

»—Per Dio Santo —*exclamó el hombre de Dios*—, sono ingannato, questo bambino è ragazzo, mai no fu putaña!

»Y verifica... Sin embargo, no habiendo nada demasiado molesto en la aventura para un ciudadano de la ciudad santa, su eminencia sigue adelante diciendo, tal vez, como aquel campesino al que le habían servido trufas por patatas: engáñame siempre igual. Pero cuando la operación hubo terminado...

»—Señora —le dice—, no os censuro por el fallo.

»—Monseñor, perdonad.

»—No, os dije que no os censuro por eso, pero cuando vuelva a ocurriros no debéis dejar de advertírmelo, ya que... lo que no veo en el primer caso, lo vería en éste»^[1].

El barón la dejó hablar, aunque sabía porque conocía a las mujeres, que no era ella la protagonista y que tan sólo se lo había contado para excitarle. Y no sabiendo la dama que

pocas provocaciones necesitaba y que el amor estaba dispuesto desde que la vio llegar al castillo, la tomó por sus escurridizos hombros y la besó con pasión en el cuello. Desnudose después el barón y la acompañó dentro de la tinaja, en donde disfrutaron de sus cuerpos hasta tres veces seguidas, entre grandes lamidas, besos rebuscados y penetraciones antinaturales.

Entretanto el mercader despertó y, encontrándose solo, fue a buscar a su mujer. Llamó a la puerta, preguntó por ella y exigió que se le franquease la entrada. Se asustó la dama y pidió al barón que la librase de la furia de su marido, que a buen seguro la mataría si la encontraba de aquella guisa y en su compañía. El barón replicó que se merecía el castigo porque había cometido adulterio y, comoquiera que ella aseguró que su marido no la complacía y estaba harta de su avaricia, el barón salió de la tinaja y abrió el pasante al mercader. Éste, al verle en cueros y a su mujer sin más cubrimiento para sus vergüenzas que el agua y el jabón, encendió su cólera y blasfemó en italiano vulgar. El barón, haciéndose el indignado, le gritó que en su casa Dios estaba presente en cada rincón y que no le permitía tan soez lenguaje. Ni que decir tiene que el mercader se encolerizó aún más con el cinismo de Toribio por lo que, sacando una daga de sus ropas, pretendió inútilmente introducirla en el cuarto espacio intercostal del barón. Éste, que era experto en luchas, como en amores y otros menesteres, se apartó felinamente, se llegó hasta su espada y de un solo tajo le seccionó la cabeza por la mitad. Con serenidad y sangre fría se acercó a la dama y le habló:

—Señora, una viuda no debe andar sola. Os acompañaré a vos y a vuestras hijas hasta Toledo, venderemos allí vuestras mercancías y, después, podréis volver a Italia a servir a nuestro monseñor.

Enterraron al mercader con prudencia y cuidando de que las hijas no se enteraran sino de que su padre había robado al barón y había desaparecido. Las hijas no se extrañaron de la conducta de su padre y dijeron que a buen seguro le reencontrarían en Italia, desde donde prometieron enviar al

barón lo robado. Aceptaron gustosas, de otra parte, ser acompañadas hasta Toledo, porque la juventud, gallardía y seriedad de su anfitrión les hizo pensar más en el matrimonio que en la avaricia de su padre.

Se lo comentaron las hijas a la madre y la madre al barón, a lo que respondió que podría ser siempre que antes estuvieran dispuestas a que probase a las cuatro. Aceptaron encantadas y decidieron que cada una pasaría una noche con el señor barón, a su disposición y complacencia. Dicho y hecho, la primera noche correspondió a Dulcina, la mayor, porque por edades habían decidido cumplir el trato.

Dulcina era una joven morena y espigada, de largos cabellos lacios y de ojos muy negros. Sus pechos eran pequeños y redondos como manzanas; su vientre liso y firme; su pubis florido y abundante; sus muslos tersos y sus tobillos salidos y puntiagudos. Tuvo mucha prisa, se abalanzó inmediatamente sobre el barón y le colmó de besos y abrazos, le acarició con maestría y le lamió la espalda, el cuello, los labios y las orejas. El barón sació el ardor de la muchacha con displicencia y la mantuvo en éxtasis durante más de media hora hasta que cayó rendida sobre la almohada. Y, sin embargo, el barón aún no había empezado. Volvió a poseerla sin darle respiro, una vez y otra, sin que de su fuente se derramara ni una sola gota, como si estuviera castigándola. Al amanecer, la muchacha se negó a continuar: los ojos se le salían de las órbitas, la lengua no podía estar guardada y la baba se le caía. El barón, aún fresco y sin estrenar, la conminó a seguir «tan sólo una vez más». Imposible: la muchacha vomitó y se marchó corriendo de la habitación. Entonces el barón se masturbó despacio pensando en la madre de las niñas.

La noche siguiente fue Sofía quien le esperaba en la alcoba. Tenía veintiún años y era bajita y regordeta, de grandes tetas blancas y hermosas nalgas, también morena y de pelo más corto, abundante y ensortijado. Debía haber recibido instrucciones de su hermana porque, sin duda temiendo la avalancha de toda la noche, permaneció quieta, fría y sosegada mientras el barón repasaba una y otra vez sus

más íntimos pliegues. Ante su insensibilidad y frigidez el barón la dejó por imposible y se durmió. Cuando al amanecer ella pretendió despertarle con sus caricias, él se fingió dormido hasta que Sofía abandonó la habitación. Después se masturbó despacio pensando en la madre de las niñas.

La tercera noche la pasó con Anna. Era sin duda la más bella de las cuatro: sus ojos eran transparentes, sus labios sonrosados, su nariz respingona, su barbilla afilada, sus cabellos dorados, su piel como nácar, sus orejas pequeñas, su lengua gruesa, sus dientes pequeños y blancos. Sonreía dulcemente, como si su timidez disputara con su pudor y su deseo de agradar. No consintió en desvestirse hasta que la luz no se hubo apagado y, entonces, en la penumbra, el barón acarició unos pechos duros y unos pezones enhiestos y firmes, unas nalgas pequeñas pero suaves como la pluma, y unas piernas largas, sin vello, tersas y carnosas. Metió la cabeza entre sus piernas y olía bien. Chupó sus pechos mucho tiempo y con cada lamido entresacaba un gemido de placer en la muchacha, que le sujetaba la cabeza con las manos. La besó en la boca y sus lenguas se entrecruzaron largo rato. El barón sintió que se excitaba y la penetró, notando que tenía la cueva tan húmeda que de tanto placer salpicaba jugos con cada embestida. La muchacha se dio la vuelta decidida y le aprisionó el miembro con la boca. Entonces le lamió y le chupó hasta que el barón estalló en una catarata de vida que la niña tragó con deleite, rebañando con la lengua y relamiéndose los labios después. Quiso continuar y el barón la dejó hacer. Entonces volvió a lamerle hasta que despertó de nuevo el miembro dormido, se puso de horcajadas sobre su cara y le saboreó mientras sus manos le acariciaban las nalgas y le introducía el dedo corazón por el ano. El barón volvió a derramarse sobre la cara de Anne que ahora se limpiaba con los dedos y se los chupaba, ofreciéndole su lengua al barón que la aceptó de buen grado y volvió a entrecruzarla con la suya. El sueño le venció y poco después se quedó dormido. Al amanecer, la muchacha ya no estaba allí. Recordándola se sintió crecer, pero se masturbó despacio pensando en la madre de las niñas.

La última noche fue Rosanna quien se presentó cohibida y trémula ante el lecho del barón. Era la más alta de las cuatro, a pesar de ser la más joven, rubia como la anterior pero mucho menos agraciada. Se dejó poseer sin ningún interés, como deseando que acabara cuanto antes la prueba. Tenía los pechos en punta pero no eran bonitos; tampoco había nada en su cuerpo que al barón le inspirase. La poseyó, se durmió y, al amanecer, la invitó a dejarle solo. Se masturbó despacio pensando en la madre de las niñas, pero sólo hasta el comienzo del final: en el último momento, fue el rostro de Anna quien le arrancó el espasmo.

A la hora de comer reunió a las niñas para dictar su veredicto. Hizo sentar a su lado en la mesa a la madre y habló despacio, con prudencia, buscando las palabras justas para no herir sensibilidades y que quedaran todas satisfechas. Dijo que no se casaría con ninguna de ellas, que sólo una le había gustado pero que le había gustado tanto que le daba miedo. Así pues no se casaría con ninguna o... en todo caso, si le aceptaba, se casaría con la madre, y así podrían vivir todos juntos disfrutando del placer cuando lo desearan. Las niñas protestaron y dijeron que su madre ya estaba casada, que el padre aparecería y que la quemarían en la hoguera por bruja o cosas peores. La madre afirmó lo dicho por sus hijas y, tras agradecerle al barón el tiempo dedicado y la hospitalidad, anunció que partirían a la mañana siguiente, declinando la invitación a ser acompañadas hasta Toledo. Así ocurrió y con el amanecer las mujeres desaparecieron.

La vida del barón volvió a su cauce anterior: comida sana y abundante, ejercicios a caballo, fiestas nocturnas y reposo escaso. A los treinta años se consideraba a sí mismo el hombre más feliz de la tierra.

Pero el diablo, que todo lo enreda, hizo que el barón se enterara de manera casual de que la viuda de un mercader veneciano y sus cuatro hijas vivían en Toledo y que, una de ellas, de nombre Anna, había concebido y dado a luz un hijo que, según se rumoreaba, era el resultado de una desdichada noche pasada con un caballero español. El barón quedó sorprendido y recordó que, efectivamente, unos años atrás

había conocido a mujeres de tales características, pero no comprendía como no le habían reclamado nada, conociendo como conocía el cinismo de la madre. No obstante, sintió curiosidad e ilusión por conocer al que, si así fuese, sería su hijo, que debía ya rondar los cuatro o cinco años. A Toledo se fue y no resultó difícil encontrarlas. Así era: se trataba de aquellas mujeres y se regocijó al ver junto a Anna, que tardó mucho en reconocerle y recordarle, una preciosa niña de ocho años, vivo retrato de su madre, rubia y blanca como la nieve. Cuando se dio a conocer, Anna se alegró de verle pero le previno acerca de su madre que, desde la llegada a Toledo, había sufrido grandes alteraciones. Así le habló:

—Cuando llegamos a Toledo pudimos vender sin dificultades todas las mercancías y, con la bolsa bien repleta, nos propusimos regresar a Italia. Pero sucedió que, antes de partir, nuestra madre conoció a un moro, de nombre Abul-el-Barak, del que se enamoró, y procedió a retrasar el viaje con pretextos vulgares, suspendiéndolo una y otra vez hasta hoy. Su relación estrecha con Abul ha supuesto que nadie se acerque a nosotras porque nos odian y no se fían; entre tanto, ella consume sus días gozando del amor y de un humo que aspira por un tubo pequeño de metal que la trastorna. Vivimos los siete, porque Abul no trabaja, con el dinero que desde aquella venta nos queda, y la verdad es que no sé si falta mucho o poco, pero terminaremos muriendo de hambre y de frío, abandonados de todos y como perros en el monte.

—Mi querida amiga —le respondió el barón—, yo os protegeré.

—Eso no puede ser —replicó Anna bajando los ojos. Mi madre os culpa de nuestra desgracia y ha hecho jurar al moro que os matará si llegáis a aparecer cerca de nosotras. Os ruego, pues, que os marchéis.

Indudablemente aquella italiana no conocía a quien le estaba hablando. Pensar que un moro gordinflón y drogadicto iba a asustar al más pendenciero de los pendencieros, al más hábil de los espadas castellanos y al barón más bruto de toda Hispania era una presunción tan fuera de lugar como que... como que el barón fuera el padre de la niña. ¡Eso es! El barón

recordó perfectamente la noche que pasó con Anna: en aquella ocasión, la única por cierto, el barón no llegó a depositar su semen en el lugar que se debe para que se produzca la fecundación. La niña no podía ser hija Suya y tampoco Anna le había dicho lo contrario.

El barón la miró, comprendió que nada le detenía allí y se marchó, no sin antes hacer algunas compras en Toledo. En el camino de regreso al castillo, cabalgando sin prisa, respirando aires frescos y disfrutando los prodigios con que Dios dota a la naturaleza, decidió cambiar de vida. Ya se había aburrido de tantas fiestas y holganzas: se convertiría en un hombre de prestigio, poder e influencia en la Corte. Pero antes iba a probar aquellas hierbas que el moro quemaba, aspirando su humo y que, al decir de Anna, daban placer.

Había comprado grandes cantidades en el zoco, por si realmente eran agradables utilizarlas en sus fiestas, y ahora, en un descanso del camino, iba a probar un poco de humo. Así lo hizo y, al aspirar por primera vez, sintió un gran ardor en el pecho y tosió con tanta fuerza que pensó que se trataba de azufre diabólico y lo dejó. Pero momentos después, tentado otra vez, volvió a aspirar y tosió menos. Al cabo de un rato aspiraba con fuerza mientras por su mente jugueteaban princesas desnudas, príncipes con cabeza de ciervo, serpientes, bestias cenocrocas, bestias manticoras, gnomos, duendes, fuegos fatuos, asnos con cuerpo de hombre, hombres con cuerpo de asno, víboras, sapos, ardillas, espectros, brujas, gusanos y peces, y todo ello con una sensación placentera en la que su cuerpo se dejaba llevar, con su mente, a viajes por las nubes, desde donde podía contemplar los campos sembrados, las montañas nevadas, los castillos vestidos y abanderados, las aldeas con colores magníficos y muchos jabalíes, ciervos, cabras, conejos, ovejas, perros, osos, patos, gacelas, zorros, ratas, caballos, burros y otros muchos animales, todos bellos, limpios y mansos, de colores vivos y alegres. Muchas florecillas se esparcían por doquier, al igual que hojas, macollas y corimbos de todas las hierbas, lirios, acantos, cíttis, narcisos, colocasias, violas, alheñas y hasta mirra. Y entre

ellos y sobre ellos sirenas, dragones, tortugas, escorpiones, monos, salamandras, grifones, hienas, chimpancés, gorilas, lince, minotauros, nutrias, comadreja, culebras, cinóperos, leopardos, policaudados, mulas, gorgonas, saltamontes y otros animales feos. Y cuando se puso a llover, no era agua lo que se desprendía del cielo: eran diamantes, ágatas, jaspe, ónix, zafiros, topacios, rubíes, esmeraldas, aguamarinas, perlas, corales, amatistas, turquesas, carbunclos, gemas y otras piedras preciosas.

Muchas veces se había entregado al dios Baco, ese doncel de poblada cabellera, insensato y ebrio, que pasó su vida entre banquetes, bailes, juegos y fiestas, dios insulso nacido de un muslo de Júpiter porque Semele, alcanzada por un rayo de Júpiter, le alumbró antes de tiempo y el propio Júpiter tuvo que salvarlo teniéndolo encerrado en su muslo hasta el momento adecuado de su nacimiento, como cuenta Ovidio en su *Metamorfosis*; otras veces, fatigado o triste, se había curado con nepente, fármaco que, según se cuenta en la Odisea, mezclado con el vino hacía olvidar toda preocupación; en ocasiones había recreado su olfato con el moly, planta mágica usada contra venenos y encantamientos... pero nunca, nunca, una sustancia le había proporcionado los placeres de la hierba de aquel musulmán, morisco, rifeño, musulime o lo que fuese. Desde aquel día, y hasta que transcurridos unos años se le acabó y no consiguió comprar más, el barón se pasó su vida entre sueños y visiones. Se le olvidó su deseo de alcanzar poder e influencias en la Corte; se cansó de sus tierras, ganados y guardias; se hartó de sus campesinos y sirvientes; se hastió de las mujeres; ignoró sus riquezas; se separó, aún más si cabe, de Dios Nuestro Señor. El barón se convirtió en una piltrafa sucia y ruin que se paseaba como un fantasma o se tumbaba, hora tras hora, con un rictus sonriente y los ojos en blanco. Cuando se le terminaron las hierbas estuvo a punto de volverse loco: buscó al moro en Toledo y Sevilla, a donde alguien le dijo que se podía haber dirigido; intentó descubrirla por los campos gateando cómicamente entre riscos y peñascos, olisqueando como un perro hambriento; se emborrachó todas las noches sin medida hasta que un día en

que se le iluminó la razón, dándose cuenta de que no volvería a encontrar su medicina encantada, trató de evadirse leyendo cuantos libros encontró en la abandonada biblioteca del castillo.

Se entregó al deleite de libros peligrosos para la salud del alma, como la nigromancia y la brujería, la alquimia, el sortilegio, la magia, la hechicería, el aojo, la agorería, la adivinación y el encantamiento, pero pronto los olvidó para estudiar con detenimiento la mitología, los falsos dioses y la explicación mentirosa, herética, apóstata e impía de los orígenes de lo natural, lo sobrenatural y lo antinatural, en donde Júpiter, Apolo, Diana, Tetis, Hércules, Cupido, las Furias, las Musas, Minerva, Quirón, Prometeo, las Parcas, Palas, Aquiles, Ajax, Paris, Fortuna, Amaltea, Baco, Ate, Pan, Juno, Vulcano, Eneas, Anquises, Afrodita, Mercurio, Marte, Saturno, Febo, Neptuno, Príapo y tantos otros dioses, héroes, genios y brutos dirigen las cosas como si tuvieran algún atributo divino. Quizá se volviese loco, o por lo menos se sumergió en la necedad, porque sin duda quedó envuelto por los nueve acompañantes que siempre rodean a la locura: Filautía, Kolakía, Lethe, Misoponía, Hedoné, Anoia, Tryfé, Komos y Négreto Hypnos, es decir, el amor propio, la adulación, el olvido, la pereza, la voluptuosidad, la demencia, la molicie, el festín y el sueño dormilón. No salía de la biblioteca ni para comer ni para dormir, como si estuviese cansado del mundo, de la luz del sol y hasta de las mujeres, lo que determina pensar, como así me lo contó, que alguna extraña locura debió poseerle y dominarle.

En ocasiones prefería entretenerse con lecturas amables y entonces se deleitaba con crocodolites, sorites o ceratines, argumentaciones lógicas de carácter ambiguo y capcioso que leía en Quintiliano, Cicerón e, incluso, en las *Sátiras* de Horacio. O en obras jocosas y de mucho reír, como los poemas de la *Appendix Virgiliana*, *Culex* y *Moretum*, que Virgilio Marón dedicó a los mosquitos y al almodrote; o el de Ovidio, *Nux*, dedicado a las nueces; o el escrito que el obispo de Ptolemaida, Silesio, hizo en su *Elogio de la Calvicie*; o la *Apoteosis de Claudio* escrita por Séneca; o el *Diálogo de Grilo*

en el que, transformado en cerdo por la maga Circe, pretende convencer a Ulises de que es mejor ser animal que hombre; o aquél escrito satírico del sigloIII, *el Testamento del cochinito Grunnio Corocotta*, del que no conozco su autor pero que San Jerónimo menciona en su *Vulgata*.

El barón gozaba de la misantropía tanto como el ateniense Timón, deleitándose en soledad con su propia sabiduría. Quiso llegar a ser como Sentorio, que convencía a los hispanos de que se comunicaba con los dioses a través de una cierva blanca, y que arengaba a los lusitanos diciéndoles que el ejército romano era como la cola de un caballo, que sólo podía ser deshecha pelo a pelo, pero no toda de un golpe. En ocasiones se pretendía estoico, como se llamaron en Atenas a los hombres que se reunían en un pórtico o Stoá, la Stoá Poikile, que al parecer se decoraba con pinturas de Polignoto, y que desconfiaban de todo, pero todo les daba igual.

Fueron años frenéticos en los que acumuló más y más conocimientos, más y más ciencias de las que no sirven a Dios sino al diablo pero que, unidas a su sabiduría y experiencia del mundo, le convirtieron en uno de los hombres más sabios de Castilla y acaso de todo el orbe. Nuevamente acarició la idea de acercarse a la Corte para alcanzar grados y honor en la política, pero la lectura de Sócrates, una tarde triste de otoño, le hizo cambiar de opinión: el sabio debe abstenerse de la política. Si Sócrates, otro sabio como él, dictaba tal máxima, entre colegas no podían desmentirse. Así pues, abandonó la idea y construyó otra que le pareció seductora: tomaría matrimonio y tendría un hijo, al que prepararía para servir a la humanidad a través de la ciencia.

Para tomar matrimonio lo primero y primordial es, naturalmente, decidir con quién. Y esta verdad de Perogrullo no era tan banal referida al barón Toribio de Hita: el problema mayor residía en encontrar una señora digna de su posición y abolengo, comprensiva con su manera de ser y complaciente para con los deseos que el barón pondría en práctica dentro y fuera del llamado «estado perfecto» del hombre.

Como sin duda no existía tal señora ni en el feudo del barón ni en los condados vecinos, que a todas conocía tanto en sentido bíblico como ocular, hizo correr la voz de que tomaría casamiento y procuró que la noticia se extendiera por la corte de Castilla y de Aragón, esperando pacientemente que algún noble, o incluso los reyes, le ofrecieran la mano de una de sus hijas acompañada de una dote adecuada al matrimonio que se anunciaba.

Como era de suponer no faltaron propuestas en las que, mediante mensajeros acompañados de poetas, se glosaba la belleza, juventud e inocencia de las damas que condes, vizcondes, duques, marqueses, hidalgos, barones y príncipes ofrecían a Toribio. Si fuese verdad lo que los poetas cantaban y los mensajeros ofrecían como dote, se diría que Hispania era el paraíso de la belleza femenina y el oro rebosaba de los arcones de todas las casas blasonadas. Demasiadas niñas de pelo cual el sol, de ojos cuales lagos de ensueño, de labios de fresa y piel de marfil se encontraban a la espera de santo matrimonio. Al barón se le ocurrió pedir al Papa una bula para poder casar con todas, tal y como permitió el rey Alfonso que hiciera Anselm Tourmeda, pero supuso que si bien a ellas no les importaría, sus padres se negarían a tal rito contrario a la ley de Dios.

En general, las ofertas no le satisficieron en demasía, pero decidido a no emular a Simeón, el Estilita, que a partir del

422 estuvo viviendo treinta años en lo alto de una columna, ni a continuar en su vida solitaria que es lo que, en definitiva, significa la palabra monje en su origen griego, mandó llamar a doña Elvira de Toro, hija del marqués de Toro y de la que le atraía más su dote que su belleza, pues *cabel prieto*^[2] y ojos verdes no eran corrientes entre las hermosas. Sin embargo, grande fue su sorpresa cuando se llegó al castillo acompañada de su padre, turbándose ante la belleza de quien pareciendo mora era cristiana y pensada como fea era flor apetitosa y tierna.

Tendría a lo sumo dieciséis años y ni su gracia ni discreción le permitían aparentar mayor edad. De sonrisa abierta y cálida, de ojos penetrantes y seguros, de andar espigado y de gentileza inusual, el barón no sólo no tuvo objeción sino que deseó convertirla en su esposa, recibiendo además la dote con satisfacción, consistente en cien caballos, cien borricos, cien vacas, cien ovejas, cien gorrinos, cien espadas de Toledo y cien kilos de oro.

Se fijó la fecha de la boda para transcurridos diez días desde su llegada al castillo y el marqués convino con el barón en que se trataría de una ceremonia sencilla oficiada por el arzobispo de Toledo, quien gustosamente aceptaría por ser amigo del marqués, y las fiestas de la boda no durarían más de dos días, pues al de Toro le esperaban asuntos urgentes y no quería retrasarlos.

Durante esos diez días el barón no tuvo más que una obsesión: contemplar desnuda a la que iba a ser su mujer y penetrar en su inmaculada virginidad. No le resultaba fácil acercarse a ella cuando estaba sola, a pesar de sus múltiples intentos, porque áspera era su dueña y el marqués tenía su honor comprometido en que llegaría virgen al matrimonio. El barón insinuó que el médico de Hita podría reconocerla para comprobar que su salud era buena, reconocimiento en el que pensaba estar presente, pero el marqués se indignó y aseguró que nunca una doncella había estado más sana desde los tiempos de Hipócrates. Invitó entonces a doña Elvira a bañarse en el río, en la seguridad de que allí podría contemplarla sin ser visto, pero el marqués objetó que harta

estaba de bañarse en el Valderaduey, el Adalias y otros ríos de Toro, que lo de Hita era tan sólo un mísero charco y que su hija era tan limpia que no necesitaba bañarse porque jamás se ensuciaba; que su limpieza era virtud de familia, y que él, sin ir más lejos, iba para dos años que no se lavaba y a la vista estaba el lustre de su porte.

Como los días pasaban y su obsesión no se calmaba, y dando por imposible que su impaciencia soportara espera hasta la boda, urdió una trama que no podía fallar: instaló en un aposento pulcramente adornado un gran espejo de cuerpo entero que separaba una pequeña estancia desde la que podría mirar sin ser visto, pues el espejo era de esmalte tan fino que si por un lado reflejaba lo expuesto ante él, por detrás era traslúcido como un cristal. Invitó a doña Elvira a trasladarse a esa estancia, en donde estaría más cómoda y recogida, y el marqués, tras inspeccionarla y asegurarse de que estaba bien protegida, dio su consentimiento.

El experimento prometía ser perfecto: en la noche, cuando la dama de sus sueños se desvistiera para dormir, él estaría tras el cristal contemplando, sin ser molestado, la inocencia de la niña que se quitaría, prenda a prenda, todos los impedimentos para contemplarla desnuda y bella.

La cena le resultó interminable y la conversación posterior insufrible. El marqués de Toro, engreído y presuntuoso, dio en preguntarle por un personaje del que había oído hablar y del que afirmaba saber mucho: don Juan Ruiz, a la sazón paisano del barón.

—Poco sé de mi buen vecino don Juan Ruiz —contestó el barón intentando dar por zanjada la conversación—; tan sólo que fue arcipreste de esta villa y que, al parecer, murió allá por el año del Señor de 1379. He leído, eso sí, un muy meritorio escrito suyo que se dice *Libro de Cantares*.

—¿Así que fue Arcipreste de Hita? —insistió el marqués. ¿Y siendo vecino no sabe más de él? Le tenía, querido barón, por muy instruido.

—Lo cierto es que... fue arcipreste, marqués. Pero no sé si debo, ante su hija, relatar su... poco decorosa vida, por así llamarla.

—Doña Elvira debe aprender las cosas del mundo —replicó el marqués con convicción. A no ser, claro, que no sepa enseñarle nadie.

Toribio se cansó de la impertinencia del de Toro y habló así:

—Pues bien, nada me impide contaros: don Juan estuvo en la cárcel trece años por orden del arzobispo de Toledo, don Gil de Albornoz, acusado de libertino y mujeriego, todo por escribir un *Libro de Buen Amor* que a mi entender es tan sólo un ejemplario de vicios y virtudes, algo que debe ser conocido aunque se entremezclen, no sin gracia, jocosidad y sarcasmo, comentarios irónicos sobre la vida de los clérigos, el amor de las dueñas chicas y otras consideraciones sobre el poder del dinero.

—He oído que era un poeta —afirmó la niña con tibieza, mientras su padre afirmaba divertido porque el barón parecía ignorarlo.

El barón cansó de lo que tenía trazas de constituir burla y miró de firme al marqués.

—Cierto, cierto —contestó Toribio aceptando el reto. Y eclesiástico, y pensador. Vivió en muchos lugares y su obra es multiforme, mezcla de lo religioso y lo profano, lo narrativo y lo lírico y alegórico, la fábula y la sátira; una especie de historia de amor seudoovidiana en verso con un conjunto de apólogos en buena parte procedentes de las colecciones esópicas, digresiones morales y ascéticas, sin verdadera relación con el cuerpo del poema, de influencias clásicas, latinoeclesiásticas, árabes, francesas y de poetas provenzales, aunque en realidad no fue un zurcidor de temas o motivos literarios, sino una personalidad original que infundió calidad y color a su obra, gracias a su ironía y desenfado, que lo penetraba todo, y a la riqueza y vigor de su lenguaje y estilo, así como la impresión de realidad áspera y montaraz que emana de sus cántigas...

—Bueno, bueno —cortó el marqués confundido e irritado. Creo que es hora de retirarnos a descansar.

—Como deseéis.

Abandonó la estancia la niña con semblante divertido y el

barón le deseó buenas noches al marqués, corriendo después al cuarto contiguo en donde descorrió la cortina y esperó la llegada de doña Elvira al aposento. Mientras esperaba, sentado en un sillón, impaciente y agitado, Toribio pensó que para satisfacer sus deseos más le hubiese valido tener, como el arcipreste, el auxilio de Trotaconventos, la vieja intrigante y sin moral que ayudó a don Melón en sus amores con doña Endrina. Pero sus pensamientos se esfumaron cuando, despacio y gentil como una gacela confiada, entró en sus estancias doña Elvira.

La niña se miró al espejo y esbozó una sonrisa autocomplaciente mientras se retiraba el tocado de la cabeza y dejaba caer, en un desmayo, la larga melena sobre sus hombros y espalda. Entró la dueña y, con lo que le replicó la niña, volvió a dejarla sola. De frente al espejo, con los ojos iluminados y alegres se acercó al cristal, humedeció con lentitud sus labios con la lengua y se besó en el espejo con inacabable parsimonia. A través del cristal, el barón contempló sus labios y su lengua, la carne jugosa aplastada contra el vidrio, gorda y húmeda como su inquietud, y no pudo evitar incorporarse y poner sus labios encima de los de la muchacha.

Cuando ella se retiró, el barón volvió a sentarse pero ya estaba impaciente como un niño y excitado como un perro en celo. La doncella se fue quitando la ropa con suavidad, invitándola a caer, dejando que se ampliara cada vez más la visión de la piel de su cuerpo. Cuando sólo le quedaba la camisa blanca y transparente volvió a mirarse al espejo, tumbó los tirantes que sujetaban la camisa y ésta se deslizó hasta sus pies, descubriendo un cuerpo esbelto y bellísimo de pie ante los ojos del barón. Se contempló con notoria complacencia, se pasó los dedos por la boca, los pechos, las caderas y el vientre, y los detuvo en los labios verticales que sonreían abiertamente. Se acomodó en un taburete y comenzó a deslizar su mano de arriba abajo, abriendo y cerrando sus pliegues íntimos e introduciéndose, uno por uno, todos los dedos de su mano por los pasadizos más secretos del jardín de Venus. El barón no pudo resistir más y

dio libertad al pájaro que le atormentaba mientras que, mirándola en su placer, se acarició tanto y tan frenéticamente que salpicó el espejo con todo su poder, lo que retumbó como una llamada que a la niña turbó, la hizo despertar de su éxtasis y, finalmente, comprender.

La doncella, a pesar de su juventud, no perdió la calma ni se ocultó. Recobró el ánimo, se acercó al espejo y lo besó, lo que invitó al barón a juntar de nuevo sus labios al frío cristal y decidir introducirse en la alcoba de su amada. Nada más fácil: el espejo se abrió como una puerta y, al hacerlo, el cuerpo de la muchacha se quedó ante él entregado y alborozado.

La niña le tomó de la mano y le acompañó hasta el lecho, en donde le rogó que se desnudara y se tumbara junto a ella. Conversaron luego largamente y ella se interesó por lo que harían después del casamiento, pues ella era inexperta y le apesadumbraba el no saber satisfacer convenientemente a su marido.

—Gozaremos del amor de manera tan intensa que no desearás abandonar el lecho.

—Pero no sé si sabré...

—No has de preocuparte por ello. Yo te enseñaré.

El barón pasó su mano por el pecho de la doncella y sintió que su firmeza le excitaba. La niña quiso saber algo más del amor y no se mostró cohibida al preguntarle.

—Yo, señor, poco sé de las artes del placer. He descubierto que mi cuerpo me lo proporciona y con frecuencia lo acaricio, pero nada sé de los placeres del hombre. ¿Queréis explicarme algunas cosas?

El barón se incorporó y besó su pecho desnudo. Con la lengua rodeó su contorno y al poner la mano sobre el vientre de la dama notó que ella sufría un escalofrío.

—Eso sí lo conozco, señor. Me acaricio y me gusta, y me gusta más ahora cuando lo hacéis vos. Pero fijaos bien: yo me introduzco el dedo, fijaos bien, por aquí, y cuanto más veces lo hago, más jugos me brotan. ¿Veis mis dedos húmedos? Pues los chupo y me gusta el sabor, probad; me recuerda el de la sal. Tomad, probad.

La niña se metió los dedos en su cueva y frotó sus carnes abriéndolas y cerrándolas. El barón contempló con gusto su inocente juego y comprobó que su miembro se alargaba más y más hasta endurecerse y estirarse. La niña se dio cuenta y, asombrada, le dijo:

—¡Pero si antes era pequeño y caído! ¿Qué os ha pasado?

El barón lo tomó en su mano y se lo mostró.

—Mira con atención. Este es el instrumento del hombre para complacer la pasión que tu cuerpo busca. Al igual que tus dedos, este miembro mío se introduce en tu cueva y, con movimientos que ya aprenderás, termina por expulsar un líquido lechoso que crea los hijos. Pero con él puedes también hacer muchas cosas.

La doncella lo tomó con mimo y lo acarició. Acercó su cara hasta él y lo observó con interés. Luego dijo:

—¿Qué otras cosas?

—Pues si lo besas —explicó el barón— notarás que a él le gusta y que a ti te gusta que le guste, y si lo empapas en saliva y lo chupas repetidamente, lograrás que expulse ese líquido que te complacerá saborear y tragar. ¿Quieres probar?

—¿Y así llegaré virgen al matrimonio?

—Claro que sí.

La niña se inclinó y comenzó a besarlo. Después, con su lengua, lo llenó de saliva y al notar que le gustaba no pudo contenerse y lo introdujo en su boca, sujetándolo con los labios, amasándolo una y otra vez entre un ruido de sorbidos calientes. Al cabo, el barón dijo:

—¡Ahí va!

Y la niña recogió en su boca el néctar del amor de Toribio. Lo saboreó, lo lamió y lo tragó con deleite y, pareciéndole poco, con la lengua fue recogiendo lo que había sobrado y se relamió con gusto. El barón la tomó la cabeza y se la mantuvo sobre el torreón que empezaba a desmoronarse. Ella continuó recogiendo y limpiando con su lengua carnosa todo el edificio, que se encogía cada vez más. Se volvió a mirarle sorprendida y preguntó:

—¿Y ahora por qué se esconde?

—Porque está cansado y debe descansar. Pero no os preocupéis: en breves instantes estará otra vez dispuesto.

A la niña le divirtió el juego. Tomó con su mano el guerrero dormido y lo acarició con inmenso amor. Insistió:

—¿Y qué más debo saber?

El barón no quiso ocultarle nada y procedió a una explicación detallada que acabó por excitarle a él mismo.

—Escuchad, señora. Vuestro cuerpo es sensible a mis caricias cuando mi mano se entretiene en resbalar por vuestro cuello, vuestro pecho, vuestro vientre y vuestro nido de amor. Observad cómo el pezón se pone duro cuando lo acaricio y cuando lo beso; cómo os afecta un escalofrío cuando mordisqueo vuestro cuello; cómo notáis que se enciende vuestra pasión si os beso las caderas, y cómo necesitáis de mi instrumento si acaricio vuestra cueva, os la beso con dulzura e introduzco en ella mi lengua. ¿Lo notáis? Fijaos bien... ¿no os place?

La muchacha no podía creer que tanto placer se ocultara en el barón. No pudo evitar que un calor penetrante le recorriera el cuerpo y unos suspiros suaves, aumentados hasta producirle una fatiga jadeante, se adueñara de ella. Teniendo aún, como tenía, sujeta la torre desmoronada del barón en su mano, lo acarició y estrujó para qué despertara, lo que consiguió poco después. Entonces se subió encima del barón y pretendió acoplarse el miembro, pero el barón le advirtió que con ello perdería la virginidad. Elvira lo dudó unos instantes y no supo si podría contener su deseo. Entre suspiros, dijo:

—¿Hay otra forma de apagar mi fuego?

—Sí la hay, niña mía. Poneos como os diga y os lo demostraré.

La niña se giró y, tal y como indicó el barón, se puso a cuatro patas sobre el lecho. Entonces éste, mientras mantenía los dedos introducidos en el nido de la doncella y los agitaba haciendo salpicar jugos, introdujo su miembro con cierto esfuerzo por el ano de la niña, que en un principio aseguró que le dolía pero que, concentrada en su placer, dejó hacer al que iba a ser su señor. El barón entró despacio y mantuvo su

guardián enterrado en las posaderas de la niña mientras ella jadeaba y pedía con insistencia que necesitaba más y más placer. Cuando los obtuvo y alcanzó el éxtasis, se derrumbó sobre la cama, a causa de la flojera de las piernas y brazos, y el barón cayó sobre ella con su miembro aún más hundido entre las carnes abundantes del cular. Allí, y tras unos pequeños movimientos, dejó depositados los últimos restos de su ración diaria. Abrazados y felices se quedaron dormidos hasta el amanecer.

La noche siguiente el barón volvió a introducirse en los aposentos de doña Elvira a través del espejo. La niña quiso aprender más y volvió a preguntar.

—Señor, ¿qué es la virginidad?

—Un engaño, señora —dijo el barón suspirando. Una gran mentira inventada por los eclesiásticos y que se transmite de padres a hijos para dominar a las mujeres y asegurarse de que les han sido fieles aún antes de conocerlas y de que les van a seguir siendo fieles; cuando en realidad todo el mundo sabe que la mujer es infiel después del matrimonio, no antes, cuando la virginidad ya no existe.

—No os entiendo, señor.

—Pues es bien sencillo. La mujer nace con una puerta que no se franquea hasta que el hombre introduce en ella el instrumento del amor, y una vez que ha sido franqueada ya no vuelve a cerrarse. Pero esa puerta puede abrirse sola, o por un accidente, o por montar a caballo, o porque al acariciarse la mujer la abre sin querer. Y resulta que los hombres quieren tener la exclusiva de abrirla ellos, asegurándose así de que su amada no ha estado nunca en brazos de otro. Pero sucede que esa fidelidad que los hombres desean no se traiciona por haber amado antes a otro distinto del que va a desposarlas, pues mal se puede ser infiel a quien no se conoce. Y después, cuando ya está franqueada, mal se puede averiguar si la infidelidad se produce, pues no se deja huella del paso por muchas veces que se pase. Así pues, es un engaño que los necios necesitan para afirmar su poder sobre la mujer que adquieren, cuando la verdad es que ese engaño sólo sirve para tranquilizar a los tontos o para burlar mejor a

los incautos. En el fondo, es una mentira que acabará por desenmascararse pues más desgracias conlleva que venturas y, por tanto, más parece obra del diablo que del Sumo Hacedor.

—Entonces —replicó doña Elvira confundida— ¿no debo respetarla?

—Como queráis, señora —se inhibió Toribio. Vuestro cuerpo es vuestro y yo no voy a decidir por vos.

La niña quedó pensativa unos instantes y, mientras perdía su mirada en el techo, comenzó a acariciarse el portal, después los ninfeos y por último se detuvo en el botón del placer, que friccionó repetidamente, y cuando empezó a sentir que los jugos resbalaban por sus muslos y el corazón latía con fuerza, miró a Toribio y le pidió que volviera a penetrarla por detrás. El barón lo hizo, acariciando todo su cuerpo y Elvira se desplomó gimiendo con una sonrisa placentera y voluptuosa. Volviéndose toda y con los ojos entreabiertos dijo:

—Creo que si he esperado dieciséis años, puedo esperar hasta nuestro casamiento de mañana. Por otra parte, prefiero que me enseñéis cosas nuevas y que la noche de nuestras bodas traspaséis el umbral con todas vuestras fuerzas.

—Así sea —respondió el barón. Pero seguid acariciándoos porque me satisface veros. ¿No lo notáis en mi miembro, que se estira y engorda como si estuviera a punto de estallar? Mirad.

El barón puso su miembro entre los pechos de Elvira y se restregó rítmicamente hasta que derramó su flujo sobre la barbilla y el cuello de la niña que dio en coger cuanto pudo, se lo puso en la lengua y se lo ofreció para que también él lo disfrutara. Toribio la besó, ella retuvo sus labios abiertos para que se entrecruzaran sus lenguas y así pudo relamerse con su propio semen, a la vez que con el que había quedado en el cuello le dio un masaje por el pecho extendiéndolo suave y concienzudamente.

—¿Y cuántas veces sois capaz de hacer esto cada día? —quiso saber doña Elvira.

El barón la miró primero sorprendido, rió a grandes

carcajadas después y replicó:

—Señora, siempre serán pocas para las que deseéis. Esta es la gran limitación del hombre. Pero descuidad: con mucho reposo y buenos alimentos procuraré complacerlos con la mayor frecuencia. Y cuando ya no pueda más, os enseñaré algunas variedades onánicas para vuestra satisfacción.

—Pero yo pensaba que el onanismo no era preciso en el matrimonio...

—La masturbación manual, el pecado de Onán, es un placer al que a nadie recomendaría que renunciara —replicó el barón. Además es sano y fortalece el espíritu. Sin ir más lejos, a vos os ha hecho muy feliz durante años. Las costumbres del cuerpo deben ser respetadas, ya lo dijo el filósofo: *mens sana in corpore sano*.

Se despidieron porque habían de descansar, ya que al otro día la ceremonia de la boda les mantendría muy ocupados. El barón quiso asegurarse de que todo iba a estar a gusto de ambos y al marchar le dijo:

—¿Os satisface el dolor?

—Es natural que no.

—Pues preparaos a disfrutar de él. En el amor el dolor estorba pero en el placer se necesita.

La niña quedó pensativa pero comprendió que su señor era más experimentado y sabría lo que había dicho. Quiso imaginarse el dolor como placer y recordó que fray Tomás, el monje de su monasterio, se azotaba cada noche y decía que su placer era sufrir por Dios. Entonces arrancó el cinto de la silla y se sacudió con él los muslos sin excesiva fuerza pero con la suficiente para que quedasen marcadas unas líneas rojizas en donde antes le había escocado. Se pasó suavemente las yemas de los dedos por los puntos marcados, humedeciéndolos previamente en saliva, acariciándose el pequeño sarpullido que había quedado como huella. La caricia le produjo placer y pensó que acaso el barón se refería a eso, pero, ante la duda, se reclinó sobre la almohada y durmió profundamente.

Sonó que el barón la llevaba a dar un paseo por un campo lleno de naranjos; que llegaban hasta un bosque pequeño

desde el que se divisaba una playa limpia y luminosa y el barón la invitaba a disfrutar de un baño entre las olas. Corrían hasta la fina arena y abandonaban en su carrera las prendas, quedándose ambos desnudos bajo el sol cegador y el agua transparente y azul. Entre las montañas de agua que se desmayaban en la orilla, el barón la poseía con dulzura, penetrándola repetidas veces mientras le besaba el cuerpo salpicado de gotas de mar. La penetración la sintió tan real que se despertó dolorida, dándose cuenta de que tenía dos dedos introducidos entre sus pliegues a tal profundidad que, al sacarlos, estaban cubiertos de sangre. Supuso que ese dolor era al que el barón se refería y se limitó a limpiarse bien y continuar durmiendo.

Celebrose la boda a la mañana siguiente.

Habíanse llegado hasta el castillo, ricamente ataviados como a la ocasión correspondía, la flor y nata de la nobleza castellana. Algunos procedentes de Aragón, Navarra, Cataluña y Valencia; otros en representación del rey de Castilla, del Papa y hasta del rey moro de Granada, que se disculpó pues le habían aconsejado que el desplazamiento podía resultar peligroso para su salud. Los caballeros lucían sus plumas; cegaba el brillo de sus espadas, espuelas y mástiles. Las damas competían por rebajar sus escotes, a la par que buscaban las tonalidades más deslumbrantes para el colorido de sus corpiños, enaguas, faldiqueras, pañuelos y capirotos. Las bestias brillaban de pura limpieza; los estandartes, altivos y cuidados, subían a los cielos. Cuando el marqués de Toro, acompañado del arzobispo de Toledo, recibió junto a la capilla del castillo al barón Toribio de Hita para esperar juntos a la novia, cien trompetas armónicas gritaron al unísono la llamada de atención. El barón saludó cortésmente al marqués, besó el anillo del arzobispo y repartió una cálida mirada sonriente a los casi cuatrocientos invitados que se arremolinaban junto a la capilla dejando un ancho pasillo por el que había de llegar la novia.

Al parecer se produjo un pequeño incidente entre la señora condesa de Almansa y la duquesa de Medina-Sidonia, motivado por un comentario de aquélla en tomo a la vida

privada del barón. La duquesa, sin encomendarse a Dios ni al diablo, farfulló algunas palabras poco apropiadas para dama de tal categoría y, aferrándose al moño de la condesa, la despeinó, le rasgó el vestido y, tirándola al suelo, desplazó su pie con cierta violencia hasta las nalgas de trescientos años de blasonería desparramados por el pavimento. Gracias al barón de Ponferrada, al duque de Turia y al señor de Tarrasa, el incidente no pasó a mayores, aclarándose luego que la condesa había comentado que «el barón disfrutaba de unas bellas pupilas turquesa» y la de Medina-Sidonia había entendido que «el barón disfrutaba de las estrellas de una cierta duquesa». Aclarado el entuerto, la calma se recobró no sin cierta tensión porque la condesa había mostrado sus bellos pechos a toda Castilla, entre el regocijo de algunos y comentarios elogiosos en general, que más tarde le supondrían ciertas proposiciones que, como mujer sabia, no desaprovechó.

Al fin apareció doña Elvira rodeada de treinta damas de honor y la guardia en uniforme de gala velando sus armas. Doña Elvira lucía un blanquísimo traje de seda ceñido a la cintura, de amplio vuelo en la falda y escote redondo y pronunciado, cubierto en parte por su larga cabellera negra, peinada sobre sus hombros, y tocada de una corona de flores de azahar blancas como el vestido, y que contrastaban deliciosamente con el negro brillante de su lacio cabello. Se aproximaba despacio, sonriendo apenas, encendida de rubor y grácil como una pluma sacudida por la brisa. El barón se enamoró de aquella belleza incomparable y los invitados no pudieron evitar exclamaciones de admiración, más encendidas en los caballeros que en las damas, quienes no ocultaron algún momento, su disconformidad con la adición general.

—Es un poco bajita, ¿verdad?

—Demasiado delgada.

—Los ojos son bonitos, sí, pero muy pequeños.

—¡No entenderé nunca a hombres!

—El barón ha tenido buen gusto, considerando el gusto del barón, claro.

—No te aflijas, niña. Tú eres más mona.

—¡Como sigas mirando así, prepárate, viejo verde!

U otros comentarios por el estilo. Pero nadie podía dudar, y yo no lo dudó dadas las explicaciones que el barón me dio, que doña Elvira era una de las más bellas damas del mundo y, desde luego, la más bella de las que hubo de disfrutar nunca.

A la capilla entraron los novio cogidos del brazo mientras los novicios de la abadía de San Rufino entonaban salmos y aleluyas. La capilla, pequeña pero muy bien cuidada, rebosaba de flores de todos los colores, mientras haces de luz entraban por las vidrieras amarillas, lilas, azules, rojas, verdes y blancas que, en número de sesenta, se situaban a todo lo largo de la nave central detrás del altar mayor y a ambos lados de la bóveda, en las que se representaban hechos de los apóstoles, la vida de Jesucristo, pasajes bíblicos y escenas del paraíso terrenal, en las que Dios creaba a Adán, Adán a Eva, Eva a una serpiente, la serpiente una manzana y la manzana un gusano. Alegóricamente, la serpiente se introducía por la entrepierna de Eva y ella la aceptaba de buen grado, con cara de placer mientras Adán, más triste por verse cornudo que pecador, masticaba con rabia lo que más a mano tenía: una manzana.

En otra vidriera, dominada por los colores rojos y anaranjados, veíase a Moisés recibiendo las tablas de la Ley, en las que leíanse con grandes letras el *no fornicarás*, que se encontraba iluminado por un haz de luz proveniente de un árbol, sobre el que unos diablillos desnudos y con grandes penes se acariciaban unos a otros masturbándose.

La vidriera principal, sobre la bóveda central, contenía la representación del bien y del mal. A un lado, entre legiones de ángeles blancos y bellos, Dios Nuestro Señor se encontraba sentado, y a sus pies, los pobres oraban en recogimiento. Al otro lado, entre legiones de ángeles negros y feos, una gran bola negra se abría como una naranja abierta por la mitad, de la que surgían mujeres desnudas, diablillos, príncipes ateos, infieles y hombres ricos y gordos que con una mano acariciaban a las doncellas mientras con la otra comían un

gran muslo de pollo. Y rodeando la bóveda, debajo de la vidriera multicolor, una leyenda en latín: *nonfecit taliter omninatione*.

El altar estaba adornado con cuatro grandes centros florales de azucenas, sobre un mantel de seda blanco y una cruz de oro de no menos de un metro de altura incrustada de rubíes y zafiros, obtenida por sus antepasados en una batalla no muy clara contra no se sabe bien si los infieles o el conde de Barcelona. El caso es que la cruz se incorporó al patrimonio del barón y no cuestionó jamás su origen, aunque muchas veces repitió por carta al conde de Barcelona su deseo de restituirla si le probaba su pertenencia y, además, como compensación por gastos de conservación y limpieza, le enviaba quince vírgenes para su servicio. El conde no respondió nunca a la generosa oferta del barón, al igual que no lo hizo ante las ofertas de su padre y de su abuelo, pero a Toribio no le sorprendió porque era dicho común que si en Castilla era difícil encontrar quince vírgenes, en Cataluña sería un milagro.

Se acomodaron los invitados y se situaron los novios ante el altar, iniciándose la ceremonia con el canto de la Salve Regina que, dicho sea de paso, entonaron a la perfección los jóvenes novicios de San Rufino. El arzobispo de Toledo preguntó a los esposos sobre su intención y, siendo coincidente, no hubo impedimento para que les otorgara sus bendiciones y les convirtiera en marido y mujer. Todo el mundo celebró mucho la ceremonia y lo celebrarían aún más cuando salieron al exterior y se sentaron a lo largo de interminables mesas cubiertas por viandas, licores, frutas y vinos.

Parecía que nadie hubiese probado bocado en las últimas dos semanas. La voracidad y el ansia por beber hizo que al caer el sol nadie se encontrara ya sobrio, salvo Toribio y Elvira que, aprovechando la turbación general, se retiraron a su aposento a disfrutar de sus cuerpos y sus sueños, consumando el matrimonio contraído.

Se adentraron cogidos de la mano en el amplio aposento. El barón cerró con dos vueltas de llave la puerta y comprobó

que todo estaba tal cual había dispuesto: el amplio lecho limpio y estirado; la mesa de la derecha colmada de alimentos; una gran palangana de bronce, de dos metros de diámetro y un metro de profundidad, llena de agua caliente, colgando de sus asas dos grandes toallas; el suelo perfectamente alfombrado con lana de cinco dedos de espesor; las ventanas cerradas y cubiertas por cortinas blancas; dos taburetes de madera y terciopelo rojo; una tinaja llena de leche y otra de vino; un gran espejo en el techo, sobra la cama, y velas para iluminar la estancia durante varios días.

El barón y su esposa estuvieron cuatro días sin salir de allí, y cuando lo hizo el barón fue para sacar en sus brazos el cadáver de su joven esposa. Los invitados habían partido al segundo día y ni el médico de Hita ni el capellán de la capilla pudieron explicar su muerte. Tan sólo se sabía lo que Toribio afirmó, esto es, que haciendo el amor había sufrido una gran convulsión, había lanzado un grito y había expirado. El barón se negó a contar más detalles del suceso y cuando me narró esa parte de su vida se mostró especialmente parco, como si quisiera pasar sobre el asunto de puntillas y con un evidente disgusto en su semblante. Yo tampoco insistí ante la amargura que aquellos recuerdos le proporcionaban pero, para satisfacer mi curiosidad, sí quise conocer cómo se produjo el hecho físico de traspasar el umbral que con tanta firmeza se le había negado.

Llegados a la alcoba, y tras alimentarse frugalmente a base de uvas, dátiles, nueces y vino, el barón le pidió que se desvistiera despacio en su presencia, lo que hizo Elvira no sin cierto pudor.

—Ahora haz descender tu falda.

—¿Así?

—Eso es. Y el corpiño.

Elvira estaba realmente bella con la camisa transparente y los calzones anudados al muslo. El barón no pudo evitar excitarse con el pecho asomando entre la abertura de los pliegues de la camisa, que mostraban, entre dos botones, la raya del pecho en su unión con el abdomen.

—Desabotónate la camisa. Despacio.

Y Elvira, mirándose como lo hacía, procedió a liberar sus botones, uno a uno, muy despacio, levantando la vista de hito en hito y cruzándola con la de Toribio que, inquieto, miraba alternativamente sus ojos y la piel que iba descubriendo. Cuando todos los botones se hubieron desabrochado y quedó la camisa lacia y abierta, Elvira levantó sus ojos y preguntó:

—¿Me la quito?

—No. Despójate ahora de los calzones.

Y Elvira se inclinó para deshacerse los lazos que se anudaban a sus muslos, y cada vez que se inclinaba, el terso pecho se agitaba y quedaba al descubierto, y el pezón rosa se asomaba y desaparecía. Terminó de desanudarse los calzones y los dejó caer a sus pies. Entonces Toribio le pidió que se quitara la camisa por completo y, ya totalmente desnuda, se acercó a ella, la abrazó, la besó y la tendió sobre el lecho, dejándola que le mirase mientras él, con mucha menos calma, se despojaba de sus ropas hasta quedar tan desnudo como ella. Entonces le separó las piernas con suavidad, hundió sus labios en el monte de Venus y danzó cuanto pudo hasta que las mieles del deseo lo empaparon todo. En ese momento Toribio se incorporó y clavó su daga hasta que tocó fondo, sin impedimentos ni murallas, sin puertas que franquear, en medio de un intenso gemido de Elvira que gozó, por primera vez, el saberse penetrada hasta el estómago. El barón no se contuvo mucho más: embistió tres veces, y a la cuarta, sintió que sus venas estallaban y se vaciaba con la mayor cantidad de placer con que hubo soñado nunca.

Reposando su embestida, Toribio se percató de que no había tenido mayor dificultad en traspasar la virginidad de su amada, lo que le infundió alguna duda.

—No lo entendáis como reproche, señora, sino como mera curiosidad; pero observado he que vuestra virginidad no existía. Y como no soy como el noble don Juan Manuel, ni el rey don Sancho IV, ni el Arcipreste de Talavera, a la sazón eclesiástico relevante pero puritano, nada me inquieta. Sin embargo, siento cierto apesadumbramiento porque sin ser

virgen me habéis impedido poseeros hasta hoy, a pesar de que mi paso no hubiese dejado huella en la franquicia de vuestro placer.

—No os entiendo, señor —dijo ingenuamente la niña.

—Pues claridad mayor sólo la conocí en Cicerón. Pero la cuestión en concreto es: ¿por qué me ocultasteis que no erais virgen?

—Yo creo que lo era hasta hace un momento, mi buen esposo.

—No insistáis, amada. Sabed que no me importa, ni por ello me vais a hacer la vida tan imposible como al conde castellano García Fernández se la hizo su esposa, según se cuenta en el *Cantar de la Condesa Traidora*, pero viejo soy ya como para engañarme. Y deseo saber el objeto de vuestro engaño. ¿Será acaso que hicisteis lo que Galiana, hija del rey moro Galafré, hizo a Carlomagno cuando éste se llegó hasta Toledo para servirle, que le dio armas y caballo a cambio de casar con ella? ¿No me habréis dado el engaño de vuestra virginidad, sabiendo como sabíais, por demás, que nada me importaba si la conservabais o no?

—Dudáis de mí y eso me duele. Yo casé con vos porque mi padre lo ordenó y porque yo quería, pero no tenía porqué utilizar engaños; ni *rondelas* ni *bailadas*^[3] utilizaré nunca, porque yo amo cuando y a quien deseo. Por otra parte, yo no sabía qué era la virginidad hasta que me lo contasteis, luego mal puedo haberla entregado con conciencia.

—Pero habréis de recordarlo, mi dulce esposa. ¿No habréis sangrado nunca en brazos de otro hombre?

—Nunca lo estuve.

—¿Y en vuestras caricias?

—Sí, anoche. Soñé que me penetrabais y yo desperté con un dedo en mi vientre, ensangrentado. ¿Acaso será ello?

—No lo dudo. Y os agradezco vuestra inocencia al comprobar que no me engañáis, pues también una sirvienta me ha contado que en vuestras sábanas quedaron ayer restos de sangre. Os aseguro que me alegro de que el engaño no se haya producido, aunque os repito que para mí no era engaño el que hubierais yacido con otro sino el que me lo hubieseis

ocultado.

Y aclarada la cuestión a gusto de ambos, volvieron al dulce retozo, en el que continuaron tanto que sólo diéronlo por concluido cuando la tragedia se introdujo, por primera vez, en la escandalosa vida del barón Toribio de Hita.

Gozaron del amor y del placer atraídos el uno por el otro tanto como Tristán y Lanzarote se vieron atraídos a los abismos del amor por la fascinadora sirena, y el barón consideró a su esposa como auténtica dueña de su placer y gusto, como mujer que era, y no como se consideraba comúnmente a la mujer en su tiempo en las cínicas reglas del infante don Juan Manuel, tan recatado y conforme a las leyes de la Iglesia como el canciller Lope de Ayala, que había ejemplarizado el papel de la mujer en la sociedad. El barón era el primer conocedor de los cambios de las estructuras sociales, económicas y de pensamiento que se estaban produciendo en aquellos días, y al igual que el rey Alfonso XI no ocultó a su amante, o el Arcipreste de Hita se mostró burlesco y desenfadado en el amor, o incluso Pedro de Castilla, llamado pernicioso por la portuguesa *Crónica de don Pedro*, en la que se le muestra como todo lo contrario al ejemplar rey moralista don Pedro de Portugal, Toribio no dudó en aceptar y practicar las virtudes de la belleza, las magnificencias del placer y las ventajas del amor sin límites.

Habían transcurrido casi dos días. El barón y su esposa continuaban sin abandonar sus aposentos y los invitados se despidieron, el marqués de Toro partió sin tener ocasión de despedir a su hija y los sirvientes y guardianes del castillo se dispusieron a adecentar las estancias y a defender el edificio. Mientras, al barón se le ocurrió poner en práctica la sublimidad del dolor como parte integrante del placer sexual. No le costó trabajo convencer a doña Elvira de la nueva experiencia y, con el consentimiento de ella, procedió a atarle muñecas y tobillos a los barrotes de la cama con finos pañuelos de seda que apretó lo suficiente para que, produciéndole dolor, no le dejaran huellas en su piel.

Dispuesta así la dama, desnuda y bien atada, el barón la azotó con un cordel por todo el cuerpo, entre gritos de dolor

de la niña y súplicas para que la desatara. No sólo no lo hizo sino que la insultaba y la escupía, gritándole que era una perra, una puta y una esclava de sus pasiones. Cuando ella estuvo a punto de estallar en lágrimas y volverse loca de dolor, el barón la cubrió, acarició sus piernas, caderas y pechos, y le hizo el amor de manera gentil, cortés y amable. Elvira estuvo a punto de morir de placer, dejándose besar cada parte de su cuerpo y sintiendo que la carne se le abría por todo él para dejar huir el placer que rebosaba por cada uno de sus poros. Estuvo en éxtasis, convulsionándose de amor, durante más de media hora, y cada vez que iba a alcanzar la explosión final del orgasmo, el barón se detenía y volvía a empezar. Cuando a la sexta vez el barón la penetró, friccionó su botón sonrosado y se derramó en ella; Elvira sintió tal sacudida de placer que por su mente pasó la idea, mejor la convicción, de que no lo aguantaría y moriría. Jadeó durante tanto tiempo que, mucho después de desatada y abrazada por el barón, le aseguraba que el placer que había sentido no se conocía en parte alguna del universo.

—Cuanto más améis —explicó el barón—, más serviréis a Dios. Os lo digo porque aún a riesgo de que os resulte sorprendente, y no os quiero parecer un infiel, el *Corán* dice que los placeres de la carne son agradables a Dios, pues son conformes a la constitución que ha dado al hombre. Y, por otra parte, la lujuria es el medio que Dios ha dado al hombre para que se haga una idea de los placeres que le esperan a su muerte si ha merecido el Paraíso. No quiero decir con esto que el *Corán* deba ser libro sagrado para nosotros, como la *Biblia*, pues es el libro de los infieles, pero como también se refiere a Dios, y en esto creo que tiene razón, os digo que no os preocupéis por creer lo mismo que yo, que si bien algunos hombres no lo entenderán, Dios seguro que sí lo hará.

—Señor —preguntó la niña— ¿qué es el amor?

—Buena pregunta, bella esposa. Y no es sencillo responderla. Habéis de saber que si bien yo escribí en mi infancia un *Tratado sobre el Amor*, que me pareció muy bueno entonces y digno de ser presentado a unos juegos florales, nunca alcancé a comprometerme con una definición del

amor. Antes os diré, para aumentar vuestra ciencia, que los juegos florales son concursos literarios y que el primero de ellos lo creó en Roma el emperador Tacio en honor a la diosa Flora, de la que ha tomado el nombre. Pues bien: si os digo esto es por si alguna vez os decidís a escribir algún cuento o crónica, que en toda España no las hubo ni las hay escritas por mujer, y falta hiciera que en nuestras tierras florecieran una Alienor de Aquitania o una Cristina de Pisa, que mujeres castas y palurdas aquí hay muchas, como si el ejemplo de Santa Oria, que nunca pecó, o de Santa María Egipciaca, que fue una gran pecadora arrepentida, fuera la gloria mayor que alcanzar pudiera una mujer. Pureza excesiva, pues, como la de tantos otros hombres, nobles o no, que presumieron de ella como si así adelantarán su cercanía del Cielo, creyendo, ingenuos ellos, que por ser como Yúsuf o Apolonio, en vez de como Antíoco —lo dice el *Libro de Apolonio*—, o como aquellos reyes castos e inflexibles, como Alfonso I el Católico, Alfonso II el Casto, Bermudo I, el rey-monje, Femando III el Santo, o Alfonso IV, se iban a incrementar sus placeres en el Cielo, cuando lo cierto es que llegarán a él, de eso no hay duda, pero tan inexpertos como ignorantes, y no habrán tenido ocasión de ejercer la caridad para con los deseos de los demás ni para con los suyos propios. Pero volviendo a vuestra pregunta, os diré que el amor es difícil de definir. Alguien se ha detenido a intentar explicarlo, como don Juan Manuel, que dice que

«Amor es amar home una persona sola solamente por amor,
et este amor, do es, nunca se pierde nin mengua. Mas digovos
que este amor yo nunca lo vi fasta hoy»,

pero las definiciones no pueden darse sin experiencia, a pesar de que en mi juventud pensé lo contrario, y mal puede el castísimo Juan Manuel hablar de él sin probarlo, si no se atreve don Juan Ruiz practicándolo. Sin embargo, de lo que estoy seguro, porque muchos libros así lo dejan dicho, es que el amor es un sentimiento elevado, demasiado elevado quizá, para ser llevado a la práctica: esta relación supone que cuando un caballero ha puesto sus ojos en una dama, la

considera un ser superior, merecedora de mil sacrificios y mil aventuras por ella. Y, en esta tesitura, si llega al contacto físico con ella, debe llegar la tragedia o el matrimonio, es decir, que desaparece el amor.

—Entonces... ¿nosotros no sentimos el amor?

—Lo sentimos porque lo hemos decidido libremente, y el matrimonio no ha sido para nosotros una obligación sino un requisito de forma que no nos ha afectado. Si nos amamos igual con que sin matrimonio, el amor no desaparecerá.

—Sois sabio, señor. Creo que sois *homme re scibili et quibusdam allis*^[4].

—No exageréis. Los que realmente son sabios son los clérigos, que pasan su vida entre libros y oraciones, pero más preocupados por los primeros que las segundas. Y ellos son, además, los más grandes fornicadores, y esto díjolo ya a principios del siglo IV el Concilio de Ylíberis, porque muchos son capaces de abandonar sus prebendas, antes que separarse de sus amigas. ¿Queréis que os cuente un hecho que narró un monje de Ripoll, cuyo nombre desconozco? Dice así:

«Cuando el sol ardiente sube al centro del Olimpo, me recosté en el lecho completamente agotado. Cerré todas las puertas y sólo dejé abierta una ventana para que entrase por ella la suave brisa. Aparté mis cuidados para poder dormir, pero el fuego de Venus me atormentaba grandemente. Cuando más estaba sufriendo, herido de llaga tan profunda, se oyó a la puerta una leve llamada como de un dedo. Me levanté enseguida queriendo ver quién era el que con tanto cuidado tocó a la puerta con el dedo. Al querer abrir las hojas de la puerta cerrada, la misma Venus abrió los cerrojos. A ruegos suyos venía una hermosa doncella que me daría mil besos exquisitos. Se llamaba Flora, porque floridos eran sus hechos. Lleva miel en su garganta y me dijo palabras dulcísimas. Abracé sus blandas piernas, a lo que ella no se opuso; y luego sus caderas, por su propia iniciativa. Ni tampoco me impidió tocar después sus blancos pechos, siendo para mí la cosa más dulce el acariciarlos. Fuimos en seguida al lecho y los dos nos entrenzamos; y no me desagradó lo que me fue permitido tomar. Deseo que ella pueda vivir siempre feliz, pero con una condición: que viva para mí».

La niña se excitó con el relato y pidió a su esposo que empezaran de nuevo a extraer el placer de sus sentidos. El barón la invitó a tumbarse en el suelo y a que abriera sus piernas hasta que quedara bien visible su flor. Entonces se sentó frente a ella y le pidió, con dulzura, que pasase sus dedos entre sus pliegues para deleitarse con la visión de su placer. Así lo hizo Elvira y a los pocos minutos se agitaba en el suelo como si el diablo la hubiese hecho su prisionera. El baile animó tanto al barón que se incorporó y dejó que su manantial fluyera sobre la cara de la niña, que recibió el baño con deleite, acariciándose la cara y lavándose así mejillas, cuello y pecho. Pero como sucedía que ella aún no había completado su excitación, pidió al barón que la penetrase y acariciase, y viendo Toribio que su torre ya no se mantenía en pie pero su obligación era satisfacer el capricho de su dama, se tendió entre sus piernas y usó la lengua con tal maestría y fuerza que Elvira no tardó en babear de placer mientras con sus manos se frotaba los pechos.

Eran casi tres días los que allí llevaban encerrados. El barón propuso comer algo y así lo hicieron, y mientras tal menester cumplían, Elvira preguntó indiferente:

—Los Mandamientos de Dios, ¿nos permiten tanto placer?

—Sí, mujer, no temáis, a pesar de que son muy estrictos. Escuchad:

«El sexto es: no farás fornicio. En este peca qui jace con muller de so vecino, o si la besó o travo d'ela

desonestamente, o fizo su poder en averla... El deceno es: non cobdiciarás de to cristiano la muller, ni la filla, ni el servo, ni la serva, ni el buey, ni el asno, ni ren que alma aya...

Et deve demandar el preste al pecador si va veder fornicaciones o las mulleres... odir de los cantares de las caçurías... e beven el vino puro e las carnes calentes e muytas por razón de luxuria, ed es maor pecado que si quebrantas la quaresma; del tanner: si tocó muller en las tetas o en otro lugar de vergonza...

Et deve demandar, si muller es, si tennién los cabellos o si

puso algo de su faz por seder más fermosa...

E demande si pecó con su muller velada, que muitas veces los maridos pecan con sus mulleres...

Aquí debe saber el preste quáles casos deven ir al bispe: si jáce el pecador con so hermana o con virgen... o es sodomita, que es ome que jace contra natura».

—Pero, a pesar de ello —inquirió Elvira—, a mí me han enseñado otras cosas que ahora me asustan un poco, aunque os aseguro que no cambio este placer por aquellas lecturas. Pero me gustaría unir el amor a la buena conciencia.

—¿Y qué lecturas son esas? —quiso saber Toribio.

—Son las del libro de *Flor de Virtudes*. En él se dicen muchas cosas de las mujeres, y todas contra nosotras, por lo que me da miedo que sea verdad como dicen que somos. He leído que

«... primeramente dize Salomón: asy como non es aspereza sobre aquella del tosygo del esturcon, todo asy es malicia sobre aquella de la fembra. Dize más: por mala muger fue nascido el primero pecado, por el qual todos morimos. E aún dize más en otro lugar: asy entre mill hombres yo bien he fallado uno puro e bueno, mas de las mugeres jamás he fallado una buena. Dize más: mejor es la yniquidad del hombre, que non la bondat de la muger...».

y además dice que la lujuria es mala, porque he aprendido que...

«... Luxuria, que es contrario vicio de la virtud de castidat, asy como se lee en la “Suma de los vicios”, es de quatro maneras: la primera es en el mirar, en el tentar e en el besar, e quando el hombre se ayunta con la muger carnalmente; la segunda es adulterio, esto es quando el hombre e la fenbra non son sueltos; la tercera, quando el hombre se ayunta con alguna parienta; la quarta manera es el pecado contra la natura, el qual non es de nonbrar, tanto es la su escleracion».

Me han enseñado que San Jerónimo dijo que «fuerte cosa es en la riqueza servat castidat» y que San Gregorio dijo que «la luxuria consume el cuerpo, mata el ánima, lieva la virginidat, furta la fama, ofende la persona y conturba a Dios». Y

también San Bernardo escribió que «de ningún pecado se alegra tanto el diablo como de la luxuria, por tanto como él puede fazer todo otro pecado salvo éste, e por tanto como pocas vegadas puede ser una sola persona en el pecado de luxuria». Y San Isidoro dijo: «sy los luxuriosos fuesen apedreados, como solían ser en tiempo antiguo, las piedras aminoraríen...».

—Mi querida niña —respondió el barón—. Compruebo que sois ilustrada y habéis aprendido algo, pero no lo habéis aprendido todo. Sabed que lo que me contáis sobre la mujer aún es poco, en comparación con la *Disciplina Clericalis*, escrito en el siglo XII y que es la más vengonzosa sucesión de párrafos misóginos. Y sobre lo demás, cosas más feroces se han dicho, pero también se han dicho las contrarias, y algún día os las contaré. Pero ahora pensad que no puede haber maldad en lo bueno, que no puede haber pecado en el amor ni ofensa alguna a Dios por disfrutar de lo que él nos ha dado. Además, no olvidad que una cosa es predicar y otra distinta dar trigo, que ya sabéis que los más grandes fornicadores son los frailes, abades, monjas y obispos, que tanto han venerado a Venus que apenas si pueden vivir sin ración no escasa de lujuria y placer. Quitad pues penas y volvamos al amor, que la llama no se me apaga aunque llevamos aquí ya cuatro días amándonos.

—Estoy fatigada y la cabeza me da vueltas, mi señor. Hablemos un poco antes de continuar.

—¿Y de qué queréis conversar?

—Quiero saber cosas de vos. ¿Es cierto que sois un goliardo?

—El último goliardo... pero ¿cómo sabéis vos...?

—Mi señor padre me dijo...

—¿Pero vos sabéis quiénes son los goliardos?

—No —bajó la cabeza doña Elvira.

—Pues yo os lo explicaré. Sabed que los goliardos son auténticos intelectuales, hombres cultos que critican con su vida y con su obra todo lo que no esté conforme con la verdadera Naturaleza. No son herejes sino anticlericales, y por ello se les considera elementos peligrosos para el poder

de la Iglesia, que dicta como fe lo que a vos enseñaron y antes me habéis repetido. Por eso la Iglesia les ha perseguido, aunque a mí, aún, no me han descubierto. De hecho, sus textos los queman y prácticamente sólo quedan los que conservo en mi biblioteca aunque sé que, tarde o temprano, desaparecerán en el fuego de la hoguera.

—¿Pero son clérigos o anticlericales? —dijo la niña perpleja.

—Ambas cosas. Y si Alfonso X, nuestro rey, hubiese sido clérigo, también hubiese sido goliardo.

—Pero vos no sois clérigo...

—Algún día lo seré —profetizó el barón entristeciéndose de repente.

Volvieron al lecho a pesar de que la niña anunció que continuaba débil y con la cabeza nublada. Pero el barón le hizo el amor... por última vez. No me quiso narrar qué sucedió, ni yo lo pregunté, pero doña Elvira de Toro, de dieciséis años, bella como un amanecer, murió en los brazos de su esposo, el barón Toribio de Hita, el decimosexto día del mes de junio del año del Señor de 1473.

Los siguientes años del barón transcurrieron en una auténtica vorágine de hechos y cambios de ánimo cuya narración produciría vértigo. La muerte de doña Elvira de Toro le causó tal tristeza y pesar que, tras un entierro sencillo y ciento veinte misas, se encerró en sus aposentos y se volvió a entregar en las fantasías de la lectura, la fuga que mayor bien le hacía y a la que recurría cada vez que una sombra trágica se enseñoreaba de su vida. Pero esta vez diole por las lecturas místicas y las vidas de santos, así como por todo lo que mostraba vidas de hombres prudentes, como don Lucas, obispo de Tuy, o don Rodrigo, obispo de Toledo. Conoció en profundidad a San Basilio, obispo de Cesárea, nacido en el 329 d. C. y muerto cincuenta años después; leyó la vida de San Jerónimo, San Francisco, San Agustín, Santo Tomás y San Antonio Abad; aprendió que Alfonso II, llamado el Casto, prefirió la castidad al linaje y, en su obsesión, encarceló a su hermana y al hombre con el que había casado porque no permitía actos carnales en su familia, aunque es de decir que de esa unión, que a los cónyuges costó la cárcel, nació Bernardo del Carpió; se informó de que el último rey visigodo, Rodrigo, de conducta disoluta, violó a la Caba y por su pecado fue castigado doblemente: primero, con la invasión de España por los árabes; después, teniendo que soportar *voluntariamente* que una serpiente le comiera los órganos con los que había cometido el pecado; se enteró de que Raimundo Lulio, en su *Libre de les Besties*, tuvo que criticar y denunciar la corte del rey por la licencia y deshonestidad de los cantos y músicas de los juglares; le interesó la historia del *Romanz del inffant García*, último de los condes castellanos, destinado a la infanta doña Sancha, hermana del rey don Vermudo de León, por razones meramente políticas, porque Castilla era un simple condado de León y con el matrimonio resultaría un reino. Pero he aquí que el infante se dirigió a conocer a su

futura esposa y, como se gustaron, se amaron esa misma noche. Al día siguiente García fue asesinado y, con el título de rey por medio, no es de destacar que uno de los asesinos fuera quien en seguida la pidió en matrimonio. Sancha, joven y hermosa, y con el cuerpo dispuesto a no pasar vigilia, aceptó y se casó con quien sería Fernando I de Castilla.

Aunque ya lo conocía, releyó, de Garci Rodríguez de Montalvo, el *Amadís de Gaula*, ese caballero que nació de un amor oculto y, tras adquirir nobleza, se hizo agradable a los ojos de Oriana, con quien se casó y tuvieron como hijo a Esplandián que, sin saber quién era, mató a su propio padre; y a pesar de la tristeza que le embargaba, no dejó de reír cuando leyó lo que le ocurrió a Gonzalo Gustios, padre de los *Siete Infantes de Lara*, en su encuentro con la hermana de Almanzor: pretextando que la joven, al decirle que aún es vigoroso y que podrá tener más hijos, ha interpretado la voluntad de Dios, se lanza sobre ella sin el menor recato y la viola, no recibiendo, desde luego, el menor daño el violador, pues la doncella le ha sido ofrecida para que haga con ella su voluntad. También se evadió con historias curiosas, como la historia del conde García Fernández, llamado el conde de las blancas manos, que tenía que ocultarlas porque eran tan bellas que las mujeres se enamoraban de él en cuanto se las veía; o el poema de Fernán González, «*El mal arcipreste*», y hasta el *Cantar de la mora Zaida*, que casó con el rey Alfonso VI y le dio un hijo.

Leyó las *Jarchas* de los siglos XI y XII, las *Serranillas* del Marqués de Santillana, la *Primera Crónica General* comenzada por Alfonso X y continuada por Sancho IV en 1289, la historia de los *Siete Infantes de Lara*, de 1344, el *Conde Lucanor*, *Las Siete Partidas*, las *Cantigas e de mal dizer*, la *Razón de Amor*

d'escarnho

y otras obras menores y rebuscadas, que mucho le complacieron y entretuvieron. Como aquel párrafo de lírica popular que dice:

¡Cucú, cucú, cucucú!

Guarda no lo seas tú.

Compadre, debes saber
que la más buena mujer
rabiaba siempre por hoder.
Harta bien la tuya tú.
Compadre, as de guardar
para nunca encornudar;
si tu mujer sale mear,
sal junto con ella tú.

Pasaron los días, los meses y los años, empujándose unos a otros, pero el barón no podía olvidar a doña Elvira. En algunos momentos conseguía arrinconar su recuerdo y empeñarse en otros menesteres pero, al cabo, su imagen volvía y no lograba desterrarla de su memoria. Como buen goliardo, el último goliardo, volvió a darse a la vida desordenada, al vicio y a la gula, personificación diabólica del gigante bíblico Goliath, pero ninguna mujer podía comparar a doña Elvira, ningún alimento saciaba el hambre que él tenía ni ninguna distracción le conturbaba. Anduvo errático varios años, entregado al fornicio de ninfas, al adulterio, a la sodomía y a la masturbación, pero la paz interior, esa sosegada sensación de tranquilidad de espíritu, no la obtuvo hasta que tomó la decisión de retirarse del mundo, deshacerse de sus bienes terrenales y, en recuerdo de doña Elvira, tomar hábitos y consagrar el resto de sus días a Dios Nuestro Señor.

Nunca le habían gustado los clérigos porque los conocía bien, pero por ello mismo supuso que la vida con ellos le resultaría confortable. No disfrutaba de los bienes que poseía porque se sentía solo, y las fiestas que organizó, a imagen y semejanza de aquellas otras, le aburrieron en exceso. Aunque tuviera mucha gente en su alrededor, seguía sintiéndose en soledad, y para combatir la soledad del espíritu no encontró mejor medida que la soledad acompañada de un convento, en donde siempre estaría rodeado de hermanos que se convertirían en sus amigos hasta el final de sus días.

Pero tampoco le resultó sencillo tomar la decisión de en qué orden se integraría, y tuvo que meditar muy mucho porque la elegida sería también la que recibiría por acogerle

todos sus bienes, que por aquel entonces representaban una suma muy considerable, aunque habría de descontar una cantidad que repartiría entre quienes le fueron fieles en vida, tanto el administrador de sus bienes como el capitán de su guardia, alguno de sus sirvientes, las más solícitas de sus amas y el joven Cipriano, hijo del cillerero, con el que habíase comprometido a satisfacer su educación hasta que alcanzase la mayoría de edad.

A Cipriano, de casi doce años de edad, solía sentarle en sus rodillas y enseñarle los secretos de la astronomía y las matemáticas, mientras le acariciaba el cuerpo. Era la persona que más quería de cuantas le rodeaban y, aunque muchas veces estuvo tentado, nunca llegó a penetrar su cuerpo. Quiso tomarle como a un hijo y, a pesar de que el cillerero tenía la mosca tras la oreja de continuo y remiraba a su mujer desconfiado y obtuso, tampoco le desagradaba que su hijo pudiese alcanzar la ciencia que a él se le había negado.

El barón consultó con el capellán del castillo sobre las órdenes religiosas más apropiadas, y como quiera que el frailecillo pidió permiso para consultar con el superior de su orden, Toribio desoyó sus consejos pues precisaba de su inocencia y no de su interés. Así fue como, por su cuenta, comenzó a repasar los conocimientos que tenía para mejor elegir.

Empezó por los franciscanos o funigeros, llamados así por ser portadores de cordel, pero le pareció muy complicada la desunión entre ellos y el galimatías de sus subórdenes y grupos. Los había *recoletos*, u orden de Santa Clara reformada en 1425 por Santa Coleta; los había *menores*, que eran los franciscanos instituidos por San Francisco de Asís; también estaban los *mínimos*, creada por San Francisco de Paula en 1436; y otros eran los *observantes*, orden reconocida mediante bula del papa Eugenio IV en 1446; además estaban los *pobres*, los *descalzos*, los *dulcinos* y lasta los *espirituales*. Demasiado complicado.

Al principio no le disgustaron le benedictinos, orden religiosa fundada por San Benito de Montecassino en el 528, pero la abadía ms cercana estaba en Helvecia y allí hacía

mucho frío.

Con los brigidenses, orden de la religiosa noruega Santa Brígida, que vivió entre 1302 y 1373, y que se fundó en 1346, le pasó lo mismo, al igual que con los guillermistas, orden fundada por Guillermo, duque de Aquitania, en el siglo XII.

Los monjes cistercienses, los bernardos, que constituían una orden fundada en 1098 por San Roberto, le desagradaban profundamente, a pesar de la reforma que de ella hizo San Bernardo en el 1119, y la descartó en cuanto recordó su engreimiento y poder sobre las cosas de este mundo. En cambio, a los seguidores de San Agustín, los agustinos, les tenía cierta simpatía porque, aunque clérigos al fin, se mostraban cultos y predispuestos al estudio. Sin embargo le aterró la posibilidad de que, en su avidez por el saber, y conociendo la ciencia del barón, se empeñaran a todas horas en aprender lo bueno y lo malo del mundo, con lo que en vez de disfrutar su tiempo en el recogimiento y el recuerdo, lo tendría que usar en la pedagogía.

Sólo le quedaban los dominicos, y entre ellos los seguidores de Santo Domingo de Silos, Santo Domingo de Guzmán, Santo Domingo de la Calzada y los jacobistas, que eran así llamados a causa de su convento y su hospital de peregrinos de San Jacobo, de la calle Saint Jacques, de París, que recibieron en 1248. Se decidió por nosotros, sólo Dios sabe porqué, y hasta aquí se vino en el año del Señor de 1485.

Había escrito a nuestro abad ofreciendo su fortuna a cambio de la hospitalidad de esta abadía, y el abad, tras consultar con el mayor de la Orden, fue recomendado que no sólo aceptara de buen grado la llegada del barón sino que se volcara en facilidades y bienvenidas para que la estancia del barón fuese tan cómoda que jamás se arrepintiera de la inmensa fortuna que a la Orden proveería, lo que le permitiría a ésta acrecentar su influencia cerca de la Corte, su poder en pueblos y ciudades y su presencia en los dictados de la moral social, así como, si Dios lo dispusiese, el propio trono del Vaticano.

Todo ello me contó el barón, noche tras noche, hasta que iniciado el año de 1490...

Señor, Señor, Señor... por qué me dejaste seguirle. Llevaba casi cinco años en el convento, su conducta era devota y asistía con regularidad a las oraciones de cada día. Había hecho buena amistad con muchos frailes y, en ocasiones, les enseñaba juegos inocentes para los momentos ociosos. Aún así, cada noche nos citábamos los dos en su celda y, aunque el abad llegó a saberlo, no dio gran importancia al hecho e incluso me recomendó que aprendiera de él, que de buen maestro salen buenos discípulos y que su ciencia, entendida y asimilada, podía resultar buena para el servicio a Dios. Habíamos intimado tanto, tanto nos amábamos, que cada día nos besábamos y acariciábamos como matrimonio muy bien avenido, lo que no me disgustaba en absoluto y a él tampoco, considerando el mimo y calor que ponía en nuestros retozos voluptuosos. Yo, que no conocía mujer y sólo había tenido alguna experiencia superficial con mi prima Isabel, me encontraba a gusto en los brazos del hermano Toribio, pero mucha fue la curiosidad que me picó al conocer su vida y pensé que a nadie podía sorprender que quisiera practicar algo de lo aprendido, como ya lo hiciera don Juan Ruiz, que fue arcipreste, el emisario del Papa, que por lo menos era obispo, y el cardenal italiano de la madre de Anna y sus hermanas. Por eso, cuando me propuso salir del convento con alguna excusa, y entretenernos algún tiempo en el mundanal ruido, me agradó tanto la idea que corrí a decirle al abad que el hermano Toribio necesitaba hablarle.

El barón se las compuso tan bien que obtuvimos permiso del abad para marchar a Sevilla, lo que haríamos a la mañana siguiente. Cuando nuestros mulos traspasaron las murallas del convento, con las alforjas bien repletas de viandas para el camino, y el aire fresco de la libertad me golpeó en el rostro, sentí que el corazón se me henchía de emoción y sonreí al

barón lleno de felicidad, quien, viéndome tan jubiloso, sonrió después y comenzó a ampliar su sonrisa, estallando finalmente en grandes carcajadas que yo compartí y superé. Trotamos alegres por los caminos hasta que nos alejamos lo suficiente del convento, yendo a parar a una aldea cuyo nombre no recuerdo, pero que no tenía iglesia ni capilla, de pequeña y miserable que era.

Llamamos a una casa, que más parecía choza o cabaña, y una vieja desdentada salió a recibimos. Le solicitamos un poco de agua y la explicamos que éramos monjes en camino hacia Sevilla. La vieja sonrió malévolamente, sin duda no creyendo nuestra condición y tomándonos por simples ladronzuelos caminantes, pero no puso ningún reparo a que pasáramos a su casa y descansáramos un rato. Ahora creo que aquella mujer era bruja o hechicera, porque mirome con fijeza y preguntome si quería conocer mujer. El barón se adelantó a decir que dependía de la belleza y limpieza de la dama, y que, en todo caso, si era alcahueta debía revelarnos su condición, pues él respetaba mucho esa profesión desde que conoció la historia de Trotaconventos, y así se le pagarían bien sus servicios. Aquella anciana tenía más de astuta que de alcahueta, pero queriendo ocultar su verdadera condición de bruja y no desagradándole recibir recompensa de nosotros, mandó llamar a su nieta Lisarda, que presta estuvo en aquella estancia sombría. Mostrola y díjonos:

—¿Les gusta a los señores mi nieta? ¿A que es un ángel?

La muchachita no estaba mal, pero tampoco era un dechado de gracias. Toribio me preguntó con los ojos si me gustaba y yo, más impaciente que selectivo, me encogí de hombros.

—Está bien —dijo el barón. Pero ni a ella ni a mi buen amigo Domingo les vendría mal un baño con agua caliente y jabón.

Y arrojó sobre la mesa una moneda de oro que la vieja se apresuró a coger con avaricia, morder con desconfianza y guardar con misterio. A partir de ese momento se deshizo en alabanzas, agradecimientos y cortesías, desviviéndose por satisfacer cuantas necesidades hicimos saber o por sí misma

intuyó. Tal y como solicitamos, en una tinaja del jardín vertió agua caliente y fría y, mandando a Lisarda en mi compañía, nos dejaron solos en el patio de atrás.

Era morena de piel y de cabellos, de casi veinte años y aparentemente tímida. En mi inexperiencia, tampoco me atreví a despojarme de las ropas para bañarme y durante un rato estuvimos mirándonos y esquivando nuestras miradas hasta que, en un hilo de voz, dijo:

—Se va a enfriar el agua.

—Tienes razón.

Pero ninguno de los dos movió un dedo para desvestirse.

Al final, Lisarda me preguntó si iba a tocarla y abrazarla, y yo le contesté que si ella quería, sí. No dijo nada y comenzó a desvestirse sin prisa, retirando de su cuerpo un harapo negro que dejó caer al suelo. Entonces me fijé que estaba descalza y que, tras su apariencia de suciedad, había una hermosa muchacha de pechos abundantes, caderas redondas y muslos largos, entre los que nacía una gran mata de pelo negro que me complació mirar. Se introdujo en la tinaja y, al hacerlo, hubo de levantar mucho una pierna, mostrándome los labios gruesos y sonrosados que daban paso a su cueva del placer, como me había enseñado el barón. Me desvestí yo también, con mi miembro ya enaltecido y apasionado, y me introduje en la misma tinaja en la que Lisarda estaba enjabonándose con calma los pechos y los brazos. No pude resistir la tentación y le pasé la mano muchas veces por sus tetas con la excusa de ayudarla en la limpieza, y, con un trozo de jubón, le restregué la mano por la mata rizada, el culo y el ano, dejando después caer disimuladamente el jabón y continuando el frotamiento con mi mano desnuda. Ella dijo que era muy galante y, simulando lavarme también, pasó su mano por mi miembro y me acarició mucho y muy continuo, sin yo saber si podría evitar que se me escapara mi placer tan pronto y tan poco disfrutado. Le dije entonces que ya estábamos muy limpios, que podíamos salir y, al hacerlo, ella se arrodilló ante mí, me cogió el miembro entre sus manos, se lo llevó hasta la boca y succionó de él hasta que se desbordó entre sus dientes y su lengua. Me miró después complacida,

convencida sin duda de que lo había hecho bien, y me preguntó si me había gustado. Dije que mucho, claro está, y entonces me hizo sentar junto a ella, me tomó la mano y la pasó por su pezón duro y firme, invitándome a acariciarle una y otra vez. La pregunté si deseaba que la tomara entre mis brazos y me dijo que nunca había visto joven tan apuesto, que para ella sería un honor. Yo no pude por menos, Dios sabrá perdonarme, que tenderme sobre ella, introducirme en su vulva y sacudirme con ardor hasta que jadeamos juntos. Ella se llevó la mano a su cueva cuando me retiré, y con el semen que encontró, se hizo la señal de la Cruz y lo besó después. Aún no he logrado entender qué quiso hacer, ni el barón supo explicármelo, pero me espanté con aquella herejía y me apresuré a vestirme.

Cuando volví al cuarto, el barón me preguntó si estaba listo y refrescado, me dio un vaso de agua y, tras agradecer sus servicios a las brujas, nos pusimos nuevamente en camino.

Anduvimos durante horas sin apenas hablar, yo asustado por el pecado cometido y el barón meditando sobre nuestros planes. Al anochecer, hicimos alto bajo una encina en un bosquecillo apacible y el barón encendió una gran hoguera, asó un poco de carne y, tras comer y beber, tuvimos una larga conversación. Me dijo que nunca tuviese prisa con las mujeres, que las dejara hacer y que se complacieran a su gusto, que luego protestan de su insatisfacción y no hay peor mujer que la mujer que protesta. En el amor, como en el mejoramiento de su belleza, la mujer es insaciable; ya lo dijo Salomón: las tres cosas más insaciables son el infierno, la tierra y la vulva. Por eso me recomendó prudencia y paciencia, que el impaciente nunca llega a donde quiere porque le agota su prisa por llegar.

Oyendo sus sabias palabras me recosté en su hombro y le acaricié con grande amor, y él me invitó a descansar en su regazo mientras me acariciaba cuello y pecho. Le pregunté si me amaba y, esbozando una sonrisa, aseguró que sí, me llamó tonto y me dijo que era un niño. Luego me besó y me acarició tanto que disfruté de su penetración tanto como

había disfrutado con Lisarda.

Me desperté temprano, cuando los primeros pajarillos empezaban a revolotear buscando alimento para sus crías. Intenté despertar al barón para que se levantara y, retozando bajo su cama, me dijo que no teníamos prisa, que era muy temprano y había que dormir más para descansar mejor. Le hice caso y le dejé durmiendo, pero yo me levanté y fui a despejar mis ojos en el arroyo que por allí pasaba.

Estaba lavándome con las primeras luces del día cuando, un poco más abajo, vi algo que me dejó perplejo. No podía dar crédito a mis ojos: una hermosísima muchacha, con el agua a la rodillas, se estaba bañando absolutamente desnuda. Era bella como jamás pude imaginar que nadie lo fuera, de cabellos dorados y esbelta como un junco. La miré tanto y con tanta sorpresa que ella notó mi presencia, me miró y, al descubrirme, se sumergió en el agua hasta que le llegó al cuello.

—Marchaos, señor —me gritó.

Inicié un ademán de hacerlo pero su belleza me retuvo. Fui acercándome hasta ella y desde la orilla, absorto aún, acerté a decirle:

—¿Sois real?

—No sé que queréis decir —me contestó—, y tampoco me importa. Pero habéis de saber que deseo que os marchéis.

De un lado mi deber era obedecer y marchar, pero algo me obligaba a permanecer allí esperando contemplar de cerca lo nunca visto. Estaba tomando la decisión cuando repitió:

—¿A qué esperáis?

—Señora —dije aún turbado—, comprendo vuestro pudor y no creáis que me desagrada. Pero en toda mi vida he visto una mujer como vos, tan hermosa y delicada, y no debe sorprenderos que porfíe por veros, pues si así no lo hiciera, es muy posible que el resto de mis días se consumieran pensando en vos y arrepentido de no haber permitido a mis ojos deslumbrarse con vuestra presencia.

La muchacha pareció relajarse y, viéndome joven y de buenos modales, se confió y me habló:

—Vos sois forastero sin duda y no me conocéis. Pues

sabed que soy casada con el hombre más bruto y desalmado de todos los contornos y, si llegara a veros, me comprometeríais a mí y vos saldríais malherido. Lo temo más a él que a vos, e incluso, aunque no lo creáis, temo más por vos que por mí misma.

—¿Casada ya? —quise saber—. Si sois muy joven...

—Mis padres me entregaron a mi marido cuando aún tenía quince años y, afortunadamente, pronto se le pasó el gusto por la novedad y por mi juventud. Por eso no sufro a su lado ni he de soportar que sus fofas carnes se peguen a las mías. Pero tampoco deseo que por vuestra sinceridad me consigáis y luego nos arrepintamos los dos.

—Yo sólo deseaba veros cual Eva, pero después de lo que habéis dicho creo que necesitáis ayuda.

—¡Oh, no! —se apresuró a decir—. No necesito ayuda sino cariño, pero no tengo tiempo para vos. He de regresar antes de que despierte.

Y perdiendo el pudor, salió del agua y se acercó hasta mí. Era tan bella que no pude sino exclamar:

—¡Sois en verdad Venus!

Me rodeó el cuello con sus brazos y me besó la boca, succionando con sus labios los míos, ensalivándolos y recogiendo con su lengua las caricias de la mía. Apretó tanto su cuerpo húmedo y desnudo contra mí que notó la hinchazón que se me produjo y bajó su mano para acariciarme y después restregar su vulva contra mi miembro erecto. Ella lo hizo todo: me levantó el sayo, bajó mis calzones, me hizo sentar en la hierba y me montó, abrazándome y besándome mientras cabalgaba con los ojos cerrados. Recordé las palabras de Toribio y me contuve, dando por bueno que ella se satisficiera a su discreción. Tuve que pensar en otras cosas, hasta en la ejemplar vida de San Pedro Canisio, para no desbocarme antes que ella, y tan bien lo hice que la dama acabó, me abrazó y se despidió sin que yo aún hubiese enfriado el ardor que sentía. Mientras recogía sus ropas y se alejaba, le pregunté si volvería a verla, y me gritó en la lejanía que no, que era lo mejor para ambos. Y allí me quedé, sentado en la hierba desnudo de cintura para

abajo contemplándome el miembro firme y altivo, a punto de estallar pero sin lugar en donde sumergirlo. No me quedó más remedio que tenderme por completo, cogerlo con mi mano derecha y, pensando en la que se acababa de marchar, acariciarlo hasta que estalló en una fuente abundante y tartamuda.

Esto último lo observó el barón que venía a buscarme y, con media sonrisa cínica, me preguntó si desde tan de mañana necesitaba darle trabajo al cuerpo. Yo empecé a contarle lo ocurrido y, como a mí me parecía tan increíble como a él, tenía que hacer un gran esfuerzo para explicárselo bien, mientras se reía a grandes carcajadas celebrando mi imaginación e inventiva. Me enfadé por su poca fe y no le hablé, aunque él aseguraba que me creía si yo quería que lo creyese. Al cabo le propuse que fuéramos a visitar a la dama, a la que sin duda encontraríamos, pero él dio por zanjada la disputa aceptando mi palabra y proponiéndome seguir camino.

Atravesando Castilla por los caminos interminables de la llanura, unas veces sofocados por el calor y otras descansando a la sombra de un molino, el barón me refirió muchas historias que yo no conocía y me agradaban. Me habló de Tomaso Guardato, al que se conocía por Masuccio y que fue Secretario de Estado con el príncipe Roberto Sanseverino, que escribió muchos relatos atrevidos y licenciosos, como el llamado de *Los tres rivales*, un *Novellino* que conservaba en su biblioteca, y otros muy documentados y procaces de cuyo título no se recordaba. También me contó la vida de Francesco de Barberino, discípulo de Brunetto Latini, condiscípulo de Dante y amigo de los poetas Guido Cavalcanti, Dino Campagni y Ciño de Pistoia, que vivió cuando Urbano IV era Papa de Roma y que estuvo en la corte de Clemente V de Francia. Escribió un *Reggimento*, y me contó con grandes aspavientos su divertida historia de *Las doce monjas y los tres jovencitos*. Otro día me narró que conocía la historia de un doctor de la Sorbona, llamado Guillermo Edelin, prior de San Germán de Laya, que tuvo con una dama de calidad cierta amorosa intriga, a consecuencia de la cual

ella quedó preñada. Prendieron al doctor y le acusaron de hechicero. Cuando iban a quemarle, libró la vida confesándose reo y acusándose de haber ido al aquelarre; de haber adorado allí al diablo bajo la forma de un macho cabrío, de haberle dado un beso en el trasero y, en fin, de ser un verdadero brujo. En vista de su confesión se le cambió la pena por la de prisión perpetua y por la de ayunar el resto de su vida^[5]. Y también me habló mucho de Antonio Cornazzano que estuvo en la corte del duque Francesco Sforza de Milán en 1455 y al servicio de Bartolomeo Coleone cuando la República envió a una flota contra los turcos en 1470. El barón me habló no sólo de sus piezas líricas dedicadas a Lucrecia Borgia, de su *Sforciada*, su *Tratado de arte militar* y su *Tratado de danza*, compuesto en honor de la infanta Hipólita María, sino que me confesó cuánto le agradaría embarcarse en una guerra contra los turcos, porque si bien a él los extranjeros le daban igual, las turcas eran una pasión por la que porfiaba desde muy antiguo. Asimismo me confesó que le gustaría embarcar, fuese para donde fuera, que el destino no le inquietaba y que le molestaba hacerse viejo y morir sin haber respirado el aire salado de alta mar. Y como vi que su corazón entristecía y se ponía melancólico, busqué otra conversación y le pregunté:

—¿Vos creéis que es lícito que un monje tome esposa?

—No lo sé —contestó Toribio—; sólo sé que no está permitido. Pero deja que te cuente algo que no conoces: el Señor envió a un profeta menor, llamado Oseo, a casa de una mujer de mala vida con el encargo de retozar con ella y hacerle hijos de prostitución. Luego le mandó amar a una mujer adúltera y acostarse con ella. Te parecerá que Dios trató mal a esos profetas de segunda fila, pero peor trató aún a otros profetas más principales: a uno le ordenó tragarse un libro de pergamino; a otro, que se pasease desnudo por las calles; a éste, que se ponga una albarda; a aquél, que coma excrementos humanos. Como comprenderás, es preferible ser tratado como Oseo, que a fin de cuentas sólo tenía que fornicar con dos pécoras, que desayunarse, como Ezequiel, con una rebanada de pan untada en mierda. Viene esto a

cuento porque el mundo es muy cambiante: antes mandaba Dios a sus profetas a casa de las hembras de placer y hoy, bajo pena del infierno, prohíbe a sus sacerdotes tomar por compañeras a muchachas decentes. Pero fíjate que las malas mujeres han existido siempre y la Biblia nos habla continuamente de ellas: las había en el desierto en tiempos de Moisés; era con una de ellas con quien estaba acostado Zambri cuando le mató el bueno de Fineas; una de ellas fue también la que ocultó y amparó a los espías que Moisés había enviado a Jericó, y Sansón estaba con una prostituta en Gaza cuando a media noche cerraron las puertas de la ciudad para prenderle. Lo mismo que Dalila, que aunque fuera la hermosura del valle de Sorec, no era más que una ramera de quien Sansón estaba locamente enamorado. Recuerda, por otra parte, que mucho antes ya se había visto al profeta Judá fornicar con su nuera Tamar, creyendo habérselas con una mujer pública, y la equivocación, por demás no fue mala, pues de aquel incesto nació Fares, uno de los abuelos de Jesucristo. Pero volviendo al profeta Oseo, te diré que la segunda mujer con quien Dios le ordenó divertirse le costó quince monedas de plata y medida y media de cebada. Dios no pone impedimentos al amor, sino que es el hombre quien, queriendo poner puertas al campo, procura limitar el placer propio y ajeno, sin lógica ni razón. Por eso un monje no puede tomar esposa, ni amiga; así lo ordenan obispos y cardenales, teniendo como ellos tienen no amiga, sino amigas, y no esposa sino esclavas.

—Mucho sabéis de la vida —le dije. Me recordáis a Giovanni Fiorentino.

—¿Y qué sabes tú de Juan de Florencia, qué es su nombre en nuestra lengua?

—Aprendí que era un monje franciscano muy ilustrado que vivió en el castillo de Dovadola, en el valle de Romagna, a nueve millas de Forlì, y escribió un relato llamado *El mercader de Venecia*.

—Me alegran tus conocimientos —me dijo con afecto. Pero ahora quiero que me cuentes quién eres tú y en dónde naciste.

—Poco hay que contar, buen amigo. Nací en Aranda, en una familia noble en la que se me enseñó el manejo de la pluma tan pronto como el de la espada. A los diez años murió mi padre y, con la menguada fortuna que quedó, mi madre apenas podía mantenernos a mí y a mis cuatro hermanos. Así es que volvió a casarse con el conde de Gonzalo de Silos y, como no nos soportaba a ninguno de nosotros, nos recluyó como novicios en distintos conventos. Desde los catorce años, pues, estoy en la abadía en la que vos me conocisteis. Como veis, una historia vulgar. El resto lo he aprendido en la biblioteca del convento, de la que fui asiduo hasta que os conocí. Después, aprendo lo que me enseñáis.

—No es mala historia, joven Domingo. Estás dispuesto a aprender y eso te honra. Voy a procurar enseñarte cuanto sé para que tú continúes en el dominio de la ciencia cuando yo muera que, tarde o temprano, ha de ocurrir.

Así hablábamos cuando, al atardecer, llegamos a un paraje solitario en el que se encontraba, como un accidente más de la Naturaleza, una casa espaciosa y bien cuidada que, a buen seguro, debía estar habitada por alguna persona principal. Como la noche comenzaba a descender y estábamos fatigados con la marcha de todo el día, el barón se acercó hasta la puerta a pedir cobijo hasta el alba.

Llamó por dos veces y nadie respondió. Pensando ya que estaría abandonada y que ningún mal se haría por penetrar en la casa y descansar bajo su techo, el barón empujó la puerta, con tan mala fortuna que cedió por su empuje y se rompió por la mitad. Fue tanta la sorpresa por el estropicio como la que sentimos cuando vimos a tres mujeres jóvenes con gesto adusto y asustadas con nuestra presencia.

—¿Quiénes sois? —gritó una de ellas.

—Perdonad, señoras —se apresuró a decir el barón. Pensábamos que estaba deshabitada.

—¿Y eso os da derecho a derribar la puerta? —preguntó con acritud la que parecía más decidida.

—Nosotros la arreglaremos, descuidad.

Se produjo un silencio que nadie pareció atreverse a romper. Al cabo, el barón volvió a tomar la palabra.

—Señoras, quiero presentarles mis respetos. Soy el barón Toribio de Hita y éste es un buen amigo, de nombre Domingo, que me acompaña en mi viaje a Sevilla. Hemos caminado todo el día y pensábamos solicitar de vuestra hospitalidad permiso para pasar la noche bajo este techo.

—¿Señor barón y amigo? —preguntó incrédula la dama. ¿No vestís como frailes?

—Sois muy observadora, señora —replicó astutamente el barón—. Sucede que llevamos buena cantidad de dinero y hemos pensado que vestidos así, con hábito de pobreza, ningún rufián nos molestaría.

Me quedé asombrado de la inventiva y cinismo del barón, pero sus palabras resultaron un bálsamo de efecto inmediato. Las damas creyeron la historia y se mostraron solícitas y hospitalarias.

—Encantadas, señor barón —dijo ella—. Mi nombre es Teresa, y ella es mi amiga Isabel. Pasad, pasad.

Y dirigiéndose a la otra mujer:

—Y tú, Zoraida, prepara algo de comer para nuestros huéspedes.

Zoraida era una mujer africana, probablemente mora, de no más de veinte años y de una belleza excepcional. Muy morena y de amplios labios carnosos y sonrosados, tenía unos hermosos ojos verdes muy penetrantes tras los que se ocultaba un velo de misterio que compensaba con la sonrisa continua que de sus labios fluía. Era la sirvienta y desde que a los doce años fue abandonada por sus padres, los padres de Teresa la habían recogido y empleado. Ahora, muertos ya los ancianos, servía a Teresa y a Isabel, amigas y amantes que encontraron en aquel rincón de la Mancha su refugio y que cada noche veneraban a la diosa Lesbos acompañándose, de cuando en cuando, con las caricias de Zoraida, sumisa y complaciente.

Teresa tendría unos veinticinco años, de aspecto hermoso pero masculino, morena también y amplia de caderas y pechos. Isabel, por el contrario, era menuda y rubia, de tez pálida, ojos azules y dulce mirar. Parecía muy recatada y silenciosa, pero también ocultaba un misterio tras su

prudencia y sencillez. Pero, por lo que se vio, las tres mujeres se alegraron de nuestra presencia y dispusieron alimentos y bebidas para saciar nuestra hambre y calmar nuestra sed.

—Seáis bienvenidos —dijo Teresa mostrándonos los sillones que podíamos ocupar para comer. No sé si seréis querubines, serafines, ángeles, arcángeles, tronos, dominaciones, potestades, virtudes, soplos, llamas o centellas, o por el contrario enviados de Lucifer o el mismo Lucifer en persona acompañado de Rasis, pero nos agradáis. Uno es maduro y fuerte; el otro joven y muy apuesto; vos sois peludo y veloso, barbado y varonil; vos, en cambio, parecéis infante y dulce como una doncella. Sois el haz y el envés, el día y la noche, la experiencia y la inocencia, y nunca tuvimos tan buenos mozos para compartir mesa y mantel. Os aseguro que tanto Isabel como yo nos congratulamos de vuestra presencia.

—Sois muy amables, señoras. Esperamos poder complacerlos con nuestra compañía.

—Claro que podéis —se adelantó Isabel.

—Pues mandad y seréis obedecidas.

—Tras la cena —atajó Teresa. Tras la cena.

Mientras esperábamos la cena y el barón contaba a las mujeres alguna historia que no recuerdo, a la que no presté atención porque ya conocía, me entretuve mirando la estancia y los elementos que la adornaban. Era un gran salón rectangular, de alto techo en el que el conjunto daba una impresión que ahora recuerdo como de tonos grises. La iluminación no era espléndida, sin duda, pero las dos esquinas del fondo estaban bien iluminadas, difuminándose más y más la luz a medida que se miraba hacia el otro extremo. Las paredes parecían de piedra y de ellas colgaban algunos escudos cruzados por espadas, unos látigos negros de tres colas acabadas en minúsculas bolas que parecían de hierro, varias cadenas con grilletes y un tapiz verdoso en el que se reproducía el martirio de San Bartolomé. Del techo colgaban dos arañas de bronce con velas apagadas y en los rincones iluminados había dos candelabros de doce velas cada uno que parecían de plata. Una gran mesa de madera, en tomo a la cual estábamos sentados, ocupaba algo menos

de la mitad de la estancia; y en el resto, alfombrada en color ocre, había un armario con cristales, una silla de terciopelo rojo y una especie de cama muy ancha que, en vez de cabecera, tenía unas argollas robustas como eslabones de una gran cadena.

El barón seguía conversando amablemente sobre la boda de Isabel y Fernando, las intrigas de la corte y las posibilidades de que la corona de Aragón mantuviese la dominación del reino de Nápoles, con su corte fabulosa y su monarquía absoluta. Me pareció que la política no era el tema preferido de aquellas damas y que recibieron con alivio la llegada de Zoraida con el asado y el vino.

Comimos y bebimos en abundancia y al cabo de una hora sólo quedaban los huesos del asado y media jarra de vino. Yo estaba mareado, y el barón también, si es que su somnolencia aparente no se debía a las fatigas de la jornada. Pero a pesar de mi embriaguez recuerdo a la perfección que Teresa e Isabel comenzaron a besarse y a acariciarse, entrecruzando sus lenguas y disputando con ellas fuera de la boca, que se chupaban y lamían con auténtico apasionamiento. Se retiraron de la mesa y, tendidas sobre la alfombra, comenzaron a desvestirse una a otra y a acariciarse pechos, nalgas y vulvas. El barón despertó de su letargo y me sonrió, y al darse cuenta de la estupefacción de mi semblante, me guiñó un ojo y se adelantó hasta ellas, a quienes besó y acarició hasta que los tres se amasaron pechos y culos. El barón introdujo su lengua en la entrepierna de Teresa mientras ella la introducía en la de Isabel, que con sus besos acariciaba los pechos de su amiga. Después de girar varias veces entre ellos, intercambiándose chupadas y lametones, el barón se tendió sobre Teresa, penetrándola con energía, mientras Isabel se tendía sobre el trasero del barón y le besaba el ano a la vez que se acariciaba el pecho y el sexo. Gimieron los tres y alcanzaron un éxtasis tan ruidoso que llamó la atención de Zoraida que, llegándose hasta el salón, se desnudó también.

Yo me encontraba allí absorto y confundido, atormentado por mi deseo de participar pero sin atreverme a introducirme

en aquel revoltijo de carne humana húmeda y caliente. Zoraida notó mi timidez y viniendo hasta mí me desnudó despacio y me acaricio el torso y la cabeza. Dejé que hiciera su voluntad y cuando me quitó los calzones descubrió que estaba sobradamente preparado para participar en el juego que allí se estaba practicando. Se arrodilló delante de mí y con gran mimo se introdujo mi miembro en la boca, relamiéndolo con la lengua de abajo a arriba y besándolo en la punta cada vez que una minúscula gota de líquido asomaba. La tomaba con sus labios y luego pasaba por ella la lengua, mientras con sus manos jugaba con la bolsa y me acariciaba los testículos. Noté que estaba a punto de estallar y, poniéndome en pie, le dije:

—Vuélvete, te haré gozar.

Se puso a cuatro patas y me arrodillé por detrás, penetrándola con fuerza mientras con mis manos le acariciaba la espalda, las axilas y las tetas. Ella se balanceaba hacia atrás y hacia delante, dejando que mi daga entrara y saliera del jardín en donde se había colado y se proponía dejar huella. En una embestida final, la fuente se desbordó con tanta abundancia que colmó la cueva y rebosó su cauce cayendo al suelo en una lluvia pesada y espesa. Zoraida se giró y me agradeció el placer besándome primero en la boca y limpiándome con besos el miembro después.

Teresa e Isabel estaban ahora besándose sobre la torre rendida del barón, dejando que sus lenguas carnosas rozaron de tanto en tanto su vientre. Les vi tan placenteros y voluptuosos que con comedimiento, pero sin pudor, me acerqué hasta ellos y les dije:

—Os ruego que me dejéis estar con vosotros.

—El ruego queda para los seres despreciables —dijo Teresa. No nos niegues y ven.

—Nosotros pertenecemos a la raza de los elegidos, amigo Domingo —dijo el barón. No tenemos barreras ni en el placer ni en el dolor.

Entonces me besó el barón en los labios y, como si esa hubiese sido una señal convenida, las dos mujeres se abalanzaron sobre mí y me colmaron de abrazos y caricias.

Teresa se tumbó en el suelo e Isabel se puso a horcajadas sobre su cara, a cuatro patas, chupando el miembro del barón que se había arrodillado sobre los muslos de Teresa, quien le lamía la vulva y le acariciaba los pechos. En esa posición vi que se abría ante mí el seco pero sonrosado ano de Isabel, y como era el único lugar que quedaba para penetrar su cuerpo, me arrodillé junto a la cabeza de Teresa y penetré a su amiga tanto como pude. Isabel se movía hacia delante y hacia atrás, recorriendo con sus labios el miembro del barón mientras el mío recorría su ano. Teresa seguía saboreando la vulva de Isabel con la boca muy abierta y, cuando volví a desbordar, recogió con su boca las gotas que rebosaron y cayeron. El barón estalló en la garganta de Isabel, que aceptó el cálido elemento con mucho placer y siguió sorbiendo hasta que el instrumento empuñeció.

Zoraida nos miraba con deseo y se acariciaba el bajo vientre cuanto podía para calmar su sed. Aunque yo estaba bastante cansado, me apenó su soledad y la tomé entre mis brazos, besándola tiernamente y recorriendo con mis dedos sus más ocultos orificios. Teresa me descubrió acariciándola y me dijo:

—¡Déjala! Es tan solo una criada africana.

Yo la miré y miré al barón, que no hizo gesto alguno. Entonces me di cuenta de que todos estaban mirándome y me dejé caer para descansar.

—¿Quieres conocer la belleza del dolor, conocer el amor total? —me dijo Teresa con una amplia sonrisa.

—Si debo conocerlo... —contesté mirando a Toribio.

—Hay que saber de todo —fue su única respuesta.

Me encogí de hombros y acepté. Isabel se acercó a la mesa, tomó una copa de vino y me la hizo beber.

—Creo que ya estoy bastante mareado.

—Bebe. Te va a hacer falta.

Entonces cogieron a Zoraida y la tendieron en el lecho, asegurando sus muñecas con cadenas y grilletes a los eslabones de la cabecera. La criada preguntó qué le iban a hacer, pero el barón se limitó a sonreír y dijo:

—Sólo me excitas con tu boca. ¡Chupa!

—La mataremos de placer y sentiremos su agonía a la vez que nuestro orgasmo —dijo Teresa.

—Esta mora ya ha disfrutado bastante de la vida —concluyó Isabel. Que su último acto sea colmamos de dicha.

El barón se encargó de su cara, cuello y boca, Teresa de sus pechos y caderas e Isabel de su vulva y sus piernas. Se abalanzaron sobre ella y la besaron, mordieron, chuparon y succionaron hasta que Zoraida alcanzó un orgasmo total. En plenos gemidos de placer los tres se retiraron y el barón la azotó sin piedad con el látigo de tres colas. Zoraida gritó de dolor y de placer, incapaz de distinguir ambas sensaciones, o acaso uniéndolas en una sola, y cuando empezó a sangrar, volvieron a abalanzarse sobre ella y la colmaron de lamidos y besos hasta que volvió a sentir otro orgasmo más fuerte aún que el anterior. De nuevo la azotó el barón y comenzó a convulsionarse, tiritando y gritando. No había límites: volvieron a acariciarla y besarla, chapoteando Teresa en la sangre que le brotaba de las heridas. Un orgasmo y otro se sucedieron, intercalados por los azotes del barón, hasta que le fallaron las fuerzas del corazón, y quedó muerta con los ojos en blanco y ensangrentada. Entonces el barón tomó a Teresa y la hizo agacharse, Isabel separó con las manos sus nalgas y el barón explotó en el ano de Teresa, quien tenía todo su cuerpo salpicado de sangre.

Ahora lo pienso y me horroriza el recuerdo, pero disfruté con aquella visión que, a Dios gracias, no he vuelto a presenciar. Entonces comprendí que Zoraida tuvo la mejor de las muertes, acaso similar a la de doña Elvira, que el barón nunca me contó, y tan excitado estaba que cuando Isabel vino hacia mí y me masturbó con tanta maestría, creí que a mí también se me pararía el corazón y moriría. Después de aquella noche nos quedamos más de tres meses en casa de aquellas mujeres, que nos amaron y las amamos, que no ocultaron ningún secreto y que tampoco nosotros se lo ocultamos a ellas. Hicimos muchas veces el amor todos con todos, y el barón me poseyó tantas veces como yo a él, a lo que no me había atrevido hasta entonces.

Los días los pasábamos en las tareas del huerto o cazando,

y por las noches, después de cenar, el barón nos narraba historias que no conocíamos, o nos explicaba aventuras de sus años jóvenes. Nos dio algunas lecciones sobre plantas que él había aprendido leyendo a Averroes; nos contó *Los amores de Medgenoún y de Lillé*, libro persa muy antiguo que narra todas las delicias del amor; quiso que fuéramos a conocer una roca que había al sur de España, junto al mar y frente a África, que se llama Gebal-Taher, y que algunos castellanizaban llamándola Gibraltar; recordó que hubo un Gran Inquisidor, de la Orden de los dominicos, que había sido antes árabe e infiel, llamado Ben-Gomélez; nos habló de la compilación justiniana, de los escritos de Sófocles, de Palas Atenea, de un invento chino que curaba las enfermedades mediante alfileres clavados en el cuerpo; de Santa Irene, de Platón, de Mahoma, de Rómulo y Remo y de otras muchas cosas que no vienen ahora a mi memoria.

Así pasó el otoño y parte del invierno, hasta que un día le recordé que teníamos que ir a Sevilla y que en el convento se alarmarían si no recibían noticias nuestras. El barón me confesó que era una buena excusa, que él ya estaba cansado de aquellas mujeres y que no haríamos mal en despedimos de ellas y continuar nuestro camino.

Despertaba la primavera del año del Señor de 1492 cuando, atrevidos y empavonados como dos príncipes zegríes, entramos en Sevilla. Habíamos tardado casi dos años en realizar un viaje para el que hubiesen bastado dos meses y, a pesar de ello, al barón todavía le quedaba una buena cantidad de dinero que, aunque nunca me dijo cómo lo había obtenido, ahora tengo fundadas sospechas de que en realidad no todo lo había donado a la Orden, sino que había reservado para él alguna cantidad en absoluto despreciable. Casi dos años, repito, porque después de los meses que convivimos en compañía de Teresa e Isabel, aún nos detuvimos muchos días en cada aldea, pueblo, villa y ciudad que se interpuso en nuestro camino. Las jornadas transcurrieron sin apresuramientos, no importándonos aplazar la continuación del viaje o entretenemos días y hasta semanas si la causa nos complacía.

En aquel tiempo me embriagué con frecuencia, conocí a más de cien mujeres de toda clase y condición y mantuve el ritmo que el barón marcó en su insaciable afán de no permitir que ni un solo minuto de su existencia se fugara sin extraerle el máximo de su significado y placer. A causa de su edad, se mostraba muy cuidadoso y selectivo, escogiendo las damas y los vestales con que se entregaba a la lujuria de forma exquisita y, a qué negarlo, haciendo gala de su experiencia, delicadeza y buen gusto. Yo, por el contrario, debido a mi impulsividad y juventud, retocé con cuantas se prestaron a ello, no distinguiendo entre damas de alcurnia, condesas, ramerías, viciosas, infantas, putas, ninfómanas, venteras, borrachas, cantoneras, embaucadoras, zurronas, calientacamás, monjas, bagasas, princesas, maturrangas, moras, pingos, pupilas, dueñas, cortesanas, campesinas, heteras, ninfas, zorras, moriscas, mundanas, perendengas, abadesas, calloncas, pellejas y coimas, Mesalinas todas que

me hicieron gozar y me enseñaron cuanto de lujurioso hay en el mundo y de placentero pueden compartir varón y hembra.

Me resulta imposible recordar con detalle el frenesí de aquellos días pero sí tengo memoria de una nínfula de nombre Urraca, que cabalgó sobre mí en el molino de su padre mientras él se afanaba en el laboreo a escasos metros de donde movíamos el trasero; de una señora muy engalanada, llamada doña Irene, que se empeñó en que había de cortar el vello de su pubis porque quería ser niña otra vez, y a fe que se lo trasquilé tan rasurado que yo mismo creí besar después a una impúber; de una cortesana de nombre Blanca, que sólo disfrutaba si silbaba una tonadilla mientras la penetraba; de Inés, albina de pelo y cejas, a quien quemó la Santa Inquisición por una indiscreción mía, delatándola sin saber que hablando de sus conjuros sexuales la condenaba a la hoguera sin remedio; de Paula, de Alfonsa la vieja, de Felipa del Valle de las Peñas, de María la bella, de Francisca, de Fátima y de Brígida... sobre todo de Brígida.

La conocimos en el camino de Talavera, en una pequeña aldea rodeada de un riachuelo cuyo nombre no recuerdo. Habíamos detenido nuestro camino en una posada y disfrutábamos de una jarra de vino fresco y un pollo bien asado. Dando cuenta de un jugoso muslo referí al barón la congoja que había sentido el día de su llegada al convento, por la escasez de carne y los gestos de desaprobación que durante aquella comida hizo. El barón no se acordaba de ello, pero me recordó que no estaría de más enviar una misiva al abad dándole noticias de nuestra buena salud. Buena me pareció la sugerencia y, allí mismo, sobre la mesa de madera estriada y grasienta, redacté una carta en latín para el abad con pluma y papel que el posadero me facilitó. Estampada mi firma al pie del escrito, acompañada de un postscriptum firmado del barón, pregunté al tabernero si existía en aquel lugar algún mensajero o si, al menos, pasaría por allí alguno en los días siguientes. Aquel hombre nos dijo que allí no eran necesarios por lo que ni los había ni pasarían de camino, pero que Mateo, el herrero, hacía toda clase de encargos si se le pagaban bien. Se le mandó llamar y, al poco, nos dimos

cuenta de que se trataba de un hombre avaricioso y tacaño, capaz de vender su alma al diablo por una moneda y, a buen seguro, mentiroso y traidor. Desconfiamos, pero como nadie más había, le hicimos el encargo con una condición: que permaneceríamos en el pueblo hasta que volviese, que entre tanto nos hospedaríamos en su casa y que habría de traernos respuesta del abad para asegurarnos de que la misión que se le encargaba había llegado a buen fin. A él todo le parecía bien y sólo se interesaba, una y otra vez, en cómo y cuánto se le pagaría. El barón le entregó una moneda de oro y quedó en darle otras tres a su regreso, con lo que Mateo, satisfecho y bien servido, nos llevó a su casa, nos alojó a los dos y nos presentó a su hija, Brígida, encomendándola cuidarnos bien hasta su regreso, que no se retrasaría más de dos semanas.

Brígida era una víctima fiel de la tacañería de su padre. Aunque limpia y aseada, sus vestidos mostraban muchos remiendos, zurcidos, recosidos y añadidos, y casi siempre iba descalza para no gastar los únicos zapatos que su padre le compraba cada muchos años. El herrero, dejando varias hogazas de pan sobre la mesa, unos garbanzos que contó con disimulo, algunas longanizas y un queso curado, cerró con llave la despensa, guardósela después, y partió esa misma tarde, no sin antes volver a recomendar a su hija complacencia y atención para con sus huéspedes.

La muchacha tenía dieciocho años y era hermosa y de buen porte. Por su escote se adivinaban unos grandes pechos inmaculados aún, por lo que, a pesar de la tristeza que se reflejaba en sus ojos, yo me propuse aliviar sus penas y gozar de su juventud. Al barón le pareció buena mi intención y dio en dar descanso a su cuerpo, afanándose en leer algunos libros que aún desconocía, como las *Coplas* de Jorge Manrique, el *Cantar del Mío Cid*, *La Divina Comedia* de Dante Alighieri y si mal no recuerdo, el *Elogio de la locura* de Erasmo de Rotterdam. Mientras tanto, mucho acompañaba yo a la muchacha, ayudándola en la cocina y acarreando agua del pozo.

Me contó que su pena se la producía el carácter de su padre, que la hacía vivir miserablemente cuando en el arcón

del piso de arriba tenía guardadas grandes cantidades de maravedíes en oro y plata. Le compró unos zapatos cuando cumplió los quince años y dijo que los cuidara bien pues no tendría otros hasta que casara y se los comprara el marido, y como era tan avaro y hosco, ningún mozo se atrevía a cortejarla. Por eso no los usaba más que en días de mucho invierno, pues no esperaba casarse y las suelas ya empezaban a clarear. Me indigné tanto con la avaricia del herrero que sentí por aquella muchacha un cariño que ahora creo que fue cristiano pero entonces estuvo dominado por la pasión. Me enamoré de ella y, desde que conocía su pena y el origen de su triste mirada, me mostré más solícito y le hice compañía todas las horas del día.

Referí al barón lo del arcón del primer piso y la tristeza de la muchacha y, meditando un buen rato, encontré un medio de castigar al avaro sin que su hija saliera desfavorecida. Se lo narré a Brígida y, alborozándose grandemente, nos dio su consentimiento y colaboró en un castigo que encontré muy apropiado. Subimos al piso, el barón abrió el cofre con varias gonzúas que no rompieron la cerradura y sacamos el dinero que, por lo que calculamos, debía pesar unos dos kilos en plata y oro. En su lugar pusimos guijarros y el barón volvió a cerrar el cofre como antes de ser violado estuvo. Guardamos el dinero en el aposento de la muchacha y pasamos muy compenetrados y contentos los días de espera hasta que el herrero regresara.

Las noches las pasábamos en su lecho, durmiendo juntos. La primera pretendí abrazarla y acariciarla pero me lo impidió y sólo dio permiso para que durmiéramos uno junto al otro. A media noche, cuando parecía bien dormida, le besé los labios con suavidad y le acaricié sus pechos duros, cuidando de no despertarla. Viéndola tan hermosa e indefensa no pude por menos que acariciarla y masturbarme sintiendo la turgencia de sus senos, tras lo cual me dormí sin que se hubiera dado cuenta de nada. Pero a la mañana siguiente, mientras juntos encendíamos el fuego del fogón, me dijo:

—Anoche soñé que un ladrón se introducía en mi cama y

me robaba un beso.

—¿Y te plació?

—Mucho. Después soñé que me acariciaba la cara y el pecho.

—¿Y te gustó?

—Mucho. Pero cuando creí que iba a adentrarse en mi jardín, se dio a la fuga y se complació él solo danzando con su espada.

—¿Y te hubiera complacido si hubiese compartido la espada contigo?

—Claro. Un caballero no debe ser egoísta.

—No te preocupes —repliqué sonriendo—; esta noche le atraparemos y le obligaremos a ser generoso.

A medianoche, Brígida ya estaba dormida. Entonces la besé en los labios y la cara, acariciándole a la vez sus tetas y su vientre. Como no despertaba, me subí encima de ella y noté que su cueva estaba húmeda y fresca, esperando sin duda que el ladrón compartiera con ella sus juegos y danzas. No lo dudé ni un instante e introduje la espada en la vaina, que entró con suavidad hasta el puño. Acoplado así, dancé hasta que ella despertó, me abrazó y me pidió que nunca más fuera egoísta con mis armas.

El resto de la noche estuvimos disputando una justa desigual en la que yo siempre gané, pues clavé mi defensa en la vulva, el ano, la boca y otra vez en la vulva de mi rival, y nunca hubo otro que disfrutara tanto al verse tendido ni que tanto gusto tuviera en sus derrotas continuas. La lucha comenzaba cada vez, y cada noche, con un acoso de Brígida por todo el cuerpo, pretendiendo rendirme a fuerza de besos y caricias, pero igual que la Hidra de Lerna, que cada vez que Hércules le cortaba una cabeza de la herida surgían dos^[6], cuanto más me besaba más me enardecía y cuanto más ardientes eran sus embestidas, más predispuesto estaba para clavar y vencer. Pretendió con su lengua batir la mía en duelo equilibrado, y aseguro que lo consiguió, pero eso sólo le sirvió para usarla en repasar mi espada y recoger de ella el néctar de mi placer. Cuando, al fin, rendidos ambos, nos tumbábamos a reposar, ella me trataba de ladrón y yo de

vencida, pero grande era nuestro amor y así estábamos felices.

Al cabo de varios días regresó Mateo, el herrero, y nos trajo buenas noticias del abad: que nos deseaba buen viaje y nos recomendaba continuar en el amor a Dios y al prójimo, y en verdad que tal recomendación practicábamos, sobre todo en lo referente al segundo. El barón le dio como pago las tres monedas de oro y luego, fingiendo conmiseración, le puso las manos sobre el hombro y le dijo:

—He de daros una mala noticia, señor Mateo.

—Decid presto, no me preocupéis —replicó asustado el herrero.

—Una gran desgracia: la otra noche vinieron ladrones a la casa y, sin que conozcamos el porqué, subieron al piso de arriba, estuvieron mucho rato dando voces y después se marcharon. Ni mi amigo ni yo subimos a detenerles pues, tanto ruido hacían, que pensamos que eran amigos vuestros. De mañana ya, vuestra hija nos dijo que pasó mucho miedo y se escondió, que no eran conocidos de esta casa y que a buen seguro se trataba de ladrones.

El herrero muy excitado, subió corriendo las escaleras y buscó su arcón, y al ver el cofre en el sitio de costumbre se precipitó sobre él, cerciorándose de que estaba cerrado.

—Gracias a Dios no han podido abrirlo —suspiró—. No debieron robar nada, pues noto que todo está en orden.

—Me alegra que así sea —repuso el barón. Pero decidme: ¿qué guardáis en esa caja?

—Nada de valor —dijo el herrero sin quererle dar importancia. Algunos recuerdos, prendas sin valía de mi difunta esposa y menudencias así.

—Pues bien —concluyó entonces Toribio—. Puesto que nada ha pasado, os agradecemos el encargo y nos despedimos. Pero en recompensa por el buen trato que nos ha dispensado vuestra hija Brígida, hemos decidido regalarle trescientas monedas de oro y plata, para que se regale vestidos y perfumes y pueda así dotarse en próximo matrimonio.

Y luego, dirigiéndose a mí, me ordenó:

—Baja a por el regalo y vamos a dárselo a Brígida, pero con una condición.

—¿Cuál es?, —se impacientó el herrero.

—Que vos no toquéis el dinero jamás. Es suyo y a ella se lo regalamos.

—Sí señor. Descuidad.

Y mientras se lo dábamos a Brígida, al herrero se le salían los ojos de las órbitas. Acercaba sus manos para tomarlo pero miraba a Toribio y no se atrevía, y como quiera que el barón desconfiaba tanto como yo de su palabra, le repitió:

—Mirad bien la condición que os he puesto. Si no le permitís que use y administre este dinero, y vos llegáis a tocarlo, todo lo que guardáis en vuestro arcón se convertirá en piedras. Y recordad que vuestros «recuerdos» son sagrados.

—Sí señor, no dudéis de mí.

Hicimos como que nos despedíamos y salimos fuera dando un fuerte golpe a la puerta, pero, al cabo de unos instantes, regresamos en secreto y el barón pretextó que algo había olvidado. Como era de esperar, el herrero estaba contando las monedas y poniéndolas en montoncitos mientras Brígida protestaba por su mala fe. Entonces Toribio montó en cólera y dirigiéndose a Mateo le gritó:

—¡En el nombre de Dios! Habéis incumplido un trato y el Señor no os perdona este engaño. Vuestros «recuerdos» ya son piedras.

El herrero se asustó mucho y temiendo que pudiera ser verdad corrió al arcón, abrió el cofre y descubrió guijarros en donde antes había monedas. Arrodillado ante Toribio lloró su desgracia y gimió largamente, pidiendo perdón y citando muchas veces el nombre de Cristo. A pesar de que su temor era grande y su desgracia dolorosa, al barón le pareció que miraba el dinero de su hija y fingía su desolación más de lo que le atormentaba. Por eso habló así:

—Si lo volvéis a tocar seréis vos quien os convirtáis en piedra. ¡En el nombre de Dios Nuestro Señor!

El herrero se aterrorizó y suplicó a Brígida que guardara ella el dinero y bajo ningún concepto se lo dejara tocar, que

antes se cortarían las manos que volverse pétreo por tomar lo que no era suyo. Y de esa forma, Brígida disfrutó del dinero de su padre, yo disfruté de los amores de su hija y el herrero disfrutó su pobreza el resto de sus días.

Cuando entramos en Sevilla nos agradó mucho la limpieza de sus casas y callejuelas, y nos sorprendió gratamente las múltiples edificaciones que los árabes habían allí construido. Pronto nos dieron razón de dos noticias que todo el mundo comentaba y celebraba: de una parte, Fernando e Isabel, reyes de Aragón y Castilla, habían entrado en Granada derrotando a los infieles; de otra, se nos dijo que un italiano llamado Colón estaba preparando un viaje por mar hacia el oeste, con destino a Asia. El barón celebró mucho más esta noticia que la anterior y me repitió sus deseos de embarcar y respirar el aire salado del alta mar.

—¿Pero cómo se va a ir a la India navegando hacia el oeste si todo el mundo sabe que está al este? —reflexioné en voz alta—. Ese Colón está loco.

—Mi querido amigo —replicó el barón— no desconfiéis nunca de las ciencias ni de la inteligencia. Muchos hombres han probado que la tierra es redonda como una naranja y yo opino como ellos. Así pues, se camine hacia donde se camine, si se sigue siempre una línea recta, se llegará sin duda al punto de partida otra vez.

—¡Eso no puede ser! —contesté enfadado—. Si tal fuese, nos resbalaríamos y nos caeríamos, además de que existirían pueblos que vivirían cabeza abajo y yo de ello no tengo noticias.

—¿No ves que la luna es redonda? —dijo Toribio—. Y el sol, ¿cómo es el sol? ¿Por qué la tierra ha de ser distinta?

—Porque es plana, a la vista está. Si no fuera por las montañas y valles, que son accidentes de la Naturaleza, sería tan llana como la Mancha y caminaríamos por ella hasta el Finisterre, después viajaríamos por mar hasta que se acabara y luego llegaríamos a caer en el vacío.

—¿No se te ocurre nada mejor? —me preguntó Toribio con soma.

—Me tomáis por ignorante y no lo soy en tal exceso —

repliqué realmente enojado—. Vos no creéis en esa mentira de la redondez de la Tierra pero la encontráis apropiada como disculpa para iros con Colón y acabar muriendo en esa loca aventura. Si es lo que deseáis, hacedlo; a mí poco me importa.

—No te enfades, buen Domingo, que la verdad es inocente aunque a veces os pueda parecer escandalosa. La Tierra es redonda y gira sobre sí misma flotando en el espacio como los demás planetas, satélites, estrellas y otros cuerpos celestes. Que no lo comprendas no significa que no sea así, pues tampoco comprendes la resurrección de Cristo y en cambio es verdad. Mira lo que te digo, querido amigo: hay que conocer cosas nuevas, disfrutar nuevas sensaciones y aprovechar bien la vida, porque todo lo que dejes de hacer, lo desperdicias. Si se tercia un viaje por mar, ¿por qué no realizarlo? Me parece idea cabal conocer nuevas gentes, compartir con ellas nuevas aventuras y romper la monotonía de la vida simple, que la vida no es como la apariencia de una sencilla flor sino como la complejidad de su recóndito organismo. Trata de romper barreras, saltar vallados y superar moldes y cauces, que Dios te acompañará allá donde vayas.

—Amén —dije sarcástico—. Habláis como si estuviéseis disertando en el Senado de Roma y es a mí, Domingo de Aranda, un pobre novicio ignorante, al que pedís que rompa más cosas, como si no hubiese condenado mi alma mil veces siguiéndoos en vuestros desmanes lujuriosos. Yo, querido barón, me vuelvo al convento a rezar, que no sé si pasando el resto de mis días en oración alcanzaré mérito para mover la misericordia del Señor y perdón para tanto pecado como el que he cometido.

—Arrepiéntete, buen compañero, pero no por lo que hiciste sino por lo que dejaste de hacer pudiendo haberlo hecho. Dios perdona siempre a quien es sincero con Él, y eso significa que antes debes ser sincero contigo mismo. ¿No te ha agradado cuanto has hecho? ¿No te apetecía hacerlo? ¿Crees que sacrificándote serías más libre que dando rienda suelta a tus instintos? Si nunca hubieses salido del convento,

y lo has hecho gracias a mí, te hubieras pasado la vida en un penoso estado de lujuria mental, reprimido y deseoso de conocer, muriendo al fin en pena porque en tu vida sólo habrías alcanzado el título de «príncipe de la masturbación». Ahora ya sabes casi todo cuanto de bueno y de malo hay en el mundo y podrás entender mejor a los pecadores que te confiesen sus cuitas, aconsejarles con ciencia y perdonarles con convicción, pues ya conoces las tentaciones del mundo, el demonio y la carne y sabes distinguir el engaño de la sinceridad, la virtud del vicio, la maldad de la bondad, la ignorancia de la incompetencia, el amor de la voluptuosidad, la malicia de la buena fe y la verdad de la mentira. No creas, por demás, que has pecado mucho: tan sólo has permitido que el diablo te aconsejara y así ya sabes como has de rechazarle cuando lo creas oportuno. Cuando un hombre se cree sabio y no ha conocido nada, su teoría le permite aparentar que sabe pero al final queda ridiculizado como Vulcano, que creyendo castigar a Venus y Marte les proporcionó una felicidad perpetua. Toma de los mayores consejo, pero no siempre lo sigas; toma de las mujeres placer, pero no siempre lo des; toma del vino bastante, pero mantón la sobriedad; toma del asado mucho, que peor es que te falte; toma del agua un baño, pero no te ahogues; toma del rey el escudo, pero no la espada; toma de la vida la flor, pero no la hiel; toma de los amigos el dinero, pero no lo prestes; toma de tu prójimo la ciencia, pero no la necedad; toma de los clérigos sus palabras, pero no sus hechos. Si esto hicieras, y son consejos que debes escuchar para decidir si quieres seguirlos o no, llegarás a viejo, pero serás un viejo como yo, dispuesto a seguir aprendiendo, conocedor de que lo último que aprende el hombre es cómo se muere y aventurado a nuevos riesgos, con el corazón siempre joven. Y si, por una razón u otra, caes en el camino, que antes de exhalar el último suspiro no tengas que arrepentirte de lo vacías que van tus alforjas. Pero dejemos tanta charla y vayamos a comer algo, que el vino ha de ser bueno y los manjares abundantes.

Caminamos en silencio un buen tramo y reflexioné sobre

las palabras del barón, pues sabias me parecieron y me hicieron comprender la grandiosidad de la humildad. Entramos en una posada y allí, ante una jarra de vino fresco, el barón me confesó que deseaba conocer detalles de la victoria de Fernando e Isabel. Escuchó la confesión un vecino de mesa, persona principal de Sevilla y amigo del alcaide, que nos preguntó con amabilidad:

—¿Sois forasteros?

—Así es —contestó el barón.

—Perdonad que os hable sin conoceros —se disculpó— pero he oído vuestro deseo de conocer las buenas nuevas.

El barón se alegró de la casualidad y le invitó a compartir nuestra mesa. Nos presentamos y él contó cuanto sabía.

—Mi nombre es don Juan de García, y estuve junto a los reyes en el cerco de Granada. Si deseáis...

—Desde luego. Nos resultará provechoso oíros.

—Pues sabed, buenos amigos, que en Granada reinaba Abu-Abdallah, hijo de Abul Hasán y de la sultana Aixa la Horra. Este rey moro, llamado también Boabdil, y al que califican el Chico los castellanos, por instigación de su madre y con la ayuda de los abencerrajes, disputó el trono a su padre, verdadero rey al que apoyaban sus partidarios los zegríes. Esa disputa sólo se interrumpió cuando los cristianos pusieron sitio a Loja y avanzaron por territorio de Málaga, aunque, a decir verdad, Abul Hasán salió a nuestro encuentro y nos derrotó. Boabdil, su hijo, quiso emularle y cercó Lucena, pero en una salida hecha por las tropas de Fernando a Isabel fue cogido prisionero y destruido completamente su ejército. Se le concedió la libertad bajo promesa de vasallaje y tributo a nuestros reyes, así como el compromiso de que los cristianos tendrían paso libre por su reino. De vuelta a Granada, reanudó la guerra con su padre, y cansado Abul Hasán de la ambición de su hijo le permitió establecerse como rey en Almería. Como veis, una familia muy mal avenida. Pero escuchad porque el relato sigue: poco después Abul Hasán abdicó en su hermano Abdallah el Zagal, y Boabdil, ni corto ni perezoso, se fue a combatir a su tío, en una larga lucha que sólo concluyó cuando acordaron

dividirse el reino granadino. Esto suponía, lógicamente, romper el pacto hecho con Isabel y Fernando, a pesar de la ayuda que le habían prestado, lo que enojó considerablemente a nuestros reyes. Aún así, yo creo que no hubiese pasado nada si no hubieran llegado noticias más graves. Al parecer, algunos confidentes de la Corona de Aragón detectaron contactos secretos entre el reino de Granada y el sultán de Turquía. Como sabéis sin duda, los turcos habían tomado Constantinopla en 1453 y, además, habían desembarcado en Utranto, puerto italiano del sur. Si la alianza entre Granada y el sultán llegaba a prosperar, los turcos podrían desembarcar en Almería o Almuñecar, reforzando la resistencia nazarí en Granada y, lo más peligroso, amenazando a la Corona de Aragón y a todo Occidente. Las noticias podían ser falsas, pero el peligro era de tal envergadura que Isabel y Fernando no esperaron más y adelantaron sus planes, completando la reconquista que siglos atrás empezó Pelayo en Covadonga.

—¿Y fue larga la lucha? —quiso saber el barón.

—No, no. La verdad es que se puso sitio a Graznada y el dos de enero la ciudad capituló y Boabdil marchó hacia las Alpujarras, tras entregar el día ocho las llaves de la ciudad. Se rindieron sin lucha, y me parece que la causa de ello es que muchos personajes principales de Granada no quisieron que la ciudad sufriera daños.

—Os agradecemos de veras el relato, y vamos a brindar por el éxito de nuestros reyes, pero me gustaría que me hablarais de otro suceso que nos han contado y despierta nuestra... —me miró el barón y rectificó— mi curiosidad.

—Decidme.

—¿Es cierto que se prepara un viaje a las Indias por el oeste?

—¡Ah, sí!, un hombre llamado Cristóforo, creo, lo pretende. Está en la ría del Tinto, en Palos, preparando tal empresa. Una locura, claro.

Sonreí con satisfacción al oír la calificación de don Juan y el barón me miró enojado. Después, y tras agradecerle a nuestro invitado sus noticias, salimos a pasear por las calles

de Sevilla.

—Vamos a Palos, —me dijo Toribio. Quiero conocer a ese hombre.

—Yo no voy, señor. Sé que vais a embarcar y yo deseo volver al convento.

—Está bien, pero al menos acompáñame y despídeme en Palos. Es lo menos que puedes hacer por mí.

Me pareció razonable y acompañé al barón hasta Huelva, en donde nos dieron en seguida razón del navegante Colón. Estaba buscando tripulación para su aventura y ya había conseguido bastantes hombres, la mayoría de ellos presidiarios, excorsarios, hampones y marineros sin trabajo, pero aún le faltaban más y algo de dinero para su empresa. Le buscamos durante dos días hasta que al final, en el convento de la Rábida, nos concedió una audiencia que se prolongó durante todo el día. Nos dijo que había nacido en Cogoletto, un barrio de Génova, a mitad de siglo, que su padre era cardador y comerciante en lanas y otros artículos y se llamaba Doménico. Había vivido en Portugal desde 1470 hasta el 1485, se había casado con doña Felipa Moniz Perestrelo y le había dado un hijo que se llamaba Diego. Allí se había enterado de que un portugués había llegado a tierra firme siguiendo el camino del oeste y se ofreció a Juan II, rey de Portugal, para iniciar una empresa que permitiera por ese camino llegar a las Indias. Los portugueses estaban empeñados en hacerlo, pero rodeando África por el sur, con lo que Cristóbal se vino a España en 1486, poniéndose en relación con altos personajes de la Corte y con los propios reyes.

—Y aquí os han ayudado, ¿verdad? —preguntó Toribio.

—Sólo al final —replicó Cristóbal. Primero me dijeron que no, que tenían otras preocupaciones. Así es que ofrecí mi plan a Génova, a Venecia y otra vez a Portugal, siendo idéntica la respuesta. Mi hermano Bartolomé hizo el ofrecimiento en mi nombre a Francia y a Inglaterra, pero no les interesó tampoco. Estuve a punto de dejarlo todo, si no hubiera sido por...

—¿Dios Nuestro Señor? —pregunté ingenuamente.

—... por doña Beatriz Enríquez de Arana, una dama que...

—¡Sí señor! —afirmó eufórico Toribio. ¡Siempre las mujeres!

—Me alentó, me dio amor y un hijo, Femando, que me ha supuesto no poder volver a Portugal en donde mi mujer me espera rabiosa. Pero, en fin, esas son menudencias. El caso es que gracias al prior de este convento, fray Juan Pérez, que fue confesor de la reina Isabel, y a fray Diego de Deza, conseguí 20 000 maravedíes para empezar a preparar mi empresa, y un acuerdo con los reyes que firmamos en Santa Fe el pasado 17 de abril por el que me han nombrado almirante, virrey y gobernador de las tierras que conquiste y la décima parte del oro y plata que obtenga para la Corona. Claro, que la empresa es cara y mis medios escasos. Figuraos que yo debo aportar ocho de cada cien maravedíes que cueste.

—¿Pero ya tenéis algo? —preguntó el barón.

—Sí, sí. Un buen amigo valenciano, don Luis de Santángel y otro genovés, don Francisco Pinelo, a la sazón tesorero de los fondos de la Santa Hermandad, por cuenta ambos del Tesoro de Castilla, me han adelantado 1 400 000 maravedíes, pero aún falta mi parte por poner.

—¿Y las naves? —dijo el barón.

—Mi amigo don Martín Alonso Pinzón posee dos naves, llamada una la Pinta, que él va a mandar, y otra la Niña, que mandará don Vicente Yáñez Pinzón. La tercera, de 140 toneladas, es propiedad de don Juan de la Cosa, y aunque seré yo quien la mande, el propio don Juan la pilotará. Se llama la Santa María y es la mayor. En total, he de embarcar con ciento veinte hombres.

—¿Y necesitáis dinero? —ofreció Toribio.

—Es lo único que me falta. Setenta mil maravedíes.

—Pues no se hable más —concluyó el barón—. Yo os presto esa cantidad con una condición: que me llevéis con vos.

El tres de agosto del año del Señor de 1492 yo estaba como un pasmarote en el puerto de Palos viendo como el señor Colón daba órdenes por aquí y por allá y se hacían los

últimos arreglos antes de soltar amarras. El barón estaba conversando con unos y otros, riéndose mucho con las ocurrencias de don Juan de la Cosa y respirando un adelanto de lo que durante su travesía iba a tener ocasión de aspirar. Me vio junto al malecón, solitario y triste, y vino hacia mí.

—Aún estás a tiempo, buen amigo. Ven a conocer mundo.

—Gracias, señor, por todo lo que me habéis enseñado —respondí.

—Nada de gracias. Ahora te toca a ti enseñar. ¿Vuelves, pues, al convento?

—Claro.

—Pues ya lo sabes: no hondas mucho ni poco, no bebas poco ni mucho y no olvides que no hay peor suplicio que la ausencia de fornicio.

Y riéndose mucho, me despidió dándome un gran abrazo y un beso disimulado en los labios. Después, se alejó y echó su brazo por encima de los hombros de un grumete de no más de dieciséis años a quien empezó a contarle sabe Dios qué cosas y que, por la rampa de subida al barco, le introdujo los dedos entre los rizos dorados en que su pelo se ensortijaba. Marché de allí sintiendo una gran pena y, no sé si por efecto de la brisa, o la humedad salada del puerto, se me escapó una lágrima que rápidamente limpié.

Emprendí el viaje de regreso al convento y anduve pesaroso muchas leguas, añorando la compañía del barón y dubitativo porque no sabía si había hecho bien no siguiéndole en su nueva aventura. Crucé sierras, llanuras y valles y cuanto más me acercaba al convento más firme estaba en mi decisión de consagrar el resto de mis días al Señor, en oración y recogimiento, purgando con suplicios, ayunos y vigiliass mis malas acciones. Me convertiría en un monje enclaustrado, no saldría jamás del convento y dedicaría las veinticuatro horas del día a la meditación y al servicio al Señor.

Fue una decisión que mucho me sosegó y continué mi camino de regreso alegre y dichoso, confiado en que había hecho bien en no seguir al barón en lo que luego conocí como el descubrimiento de nuevas tierras, y seguro de que con su despedida había alejado al mismo demonio de mí, que si no era Lucifer en persona, al menos era alguno de su corte infernal, pues no era humano de tanto pecador y ajeno a la Iglesia.

Cual San Francisco de Asís caminé por campos y veredas saludando florecillas y pájaros, compartiendo mi comida con ardillas y conejos y viendo en el cielo durante las noches la mano hacedora de Dios. Fue un dichoso viaje hasta que, al cruzar Toledo, recordé la historia de Anna y sus hermanas y el diablo me tentó.

Ya que iba a enclaustrarme de por vida, y que tanto había pecado, nada malo ocurriría porque pecara una vez más, que a fin de cuentas el cuerpo no podía deshabituarse tan de raíz y una última aventura nada añadiría a mis penas y mucho calmaría mis apetitos.

Luché conmigo mismo porque el Señor me pedía abstinencia y el diablo lujuria, y en medio de ellos, mi cuerpo se desasosegaba de ardientes deseos impuros. Conluí que la

carne es débil, como tantas veces había oído, y que mi carne no era más fuerte que las demás, y buena gana de consolarme con argumentos que estarían bien para la soledad del convento pero del todo inapropiados para los designios del mundo.

Convencido y dispuesto a consumir las últimas monedas que me quedaban, me adentré en un establecimiento del que el barón mucho me había hablado y pedí que me sirvieran, para esa noche, cuatro niñas de catorce años expertas en las cosas del mundo pero ansiosas como vírgenes ninfómanas. La alcahueta me pidió por adelantado cuatro monedas de oro y yo le di seis, asegurándole que si me complacía al amanecer le daría otras seis.

Esa noche, en mi aposento, se introdujeron cuatro niñas apenas floridas de gran belleza y timidez, candorosas de apariencia pero expertas en el arte de Eros: una morena de nombre Sol, otra de pelo castaño llamada Luz, la tercera rubia de nombre Flor y la última de pelo negro que respondía al nombre de Alba. Vestían camisón transparente blanco y las cuatro se sentaron al borde de mi cama rodeándome como si fuera a rendirme a un ejército superior. Yo estaba tendido con la cabeza apoyada en una gruesa almohada que me hacía estar casi sentado, y con mis manos pude acariciar los muslos desnudos de Flor y Alba, que se sentaron más cerca de mí. Los camisones que llevaban les cubría apenas las nalgas y al sentarse me mostraban las cuatro sus largas piernas duras y prietas, de carne joven y apetitosa. No sólo acaricié los muslos de las que junto a mí se sentaban: corrí mis manos sobre ellas y las puse en su entrepierna, que apenas había florecido de jóvenes que eran. Les acaricié los pechos pequeños y tersos, duros y redondos como manzanas aún no maduras al sol, y el perfil de sus barbillas afiladas, sus labios cálidos y rosas y sus narices pequeñas y suaves. Las dos que estaban más alejadas, Luz y Sol, se subieron en la cama y me destaparon, inclinadas hacia mí y mostrándome por sus escotes los pechos pequeños y movedizos que se ocultaban tras el camisón. Me despojaron de los calzones y la camisa y, ya desnudo, Luz me acarició el pecho con sus besos, Flor me

besó la cara y el cuello, Sol me ensalivó y chupó el miembro y Alba acarició mis caderas y piernas. Sólo quité el camisón a Luz, la más crecida y grande de las cuatro, mordiéndole el pecho y succionando de su pezón cuanto pude, hasta que se puso duro como una piedra. Mi miembro, de tanta caricia y sorbido, estaba también duro y henchido de venas al punto de estallar, pero aún así continuaron sus caricias y besos hasta que salpicó a las cuatro y a las cuatro regocijó. Sin darle descanso, Flor se subió encima y lo introdujo en su vulva, trotando sobre él hasta que se satisfizo a su gusto. Desmayada de placer sobre mi pecho, descabalgó, lo que aprovechó Sol para cogerlo, acariciarlo y besarlo con tanta maestría que volvió a fluir como si de un manantial inagotable se tratase. Les pedí a las niñas un poco de reposo y, aunque se quejaron tímidamente, se tumbaron a reposar conmigo, pero no hubo pasado un rato pequeño cuando observé que Alba y Flor se empezaban a acariciar con gran cariño y se besaban labios y lengua, se introducían los dedos una a otra por sus entrepiernas y se extraían de sus cuevas jugos y humedades con las que acariciaban sus pechos y luego se besaban. Yo contemplaba el espectáculo con deleite, y Sol y Luz se tumbaron junto a mí a presenciar lo que en los pies de la cama sus compañeras hacían, mientras me acariciaba una el abdomen y otra me mordisqueaba el pecho. Alba había conseguido que Flor pusiera sus muslos abiertos en dirección a mis ojos, y entonces pude ver a la perfección como acariciaba su vello, abría sus labios mayores y con la lengua, lamía el botón sonrosado del éxtasis. Flor se agitaba y babeaba de placer, y los néctares del amor le escurrían por los muslos y empapaban los labios y la barbilla de Alba, que los relamía con deleite. Mi miembro volvió a endurecerse y, en cuanto Sol lo vio, se subió en él y danzó con frenesí hasta que jadeó y alcanzó un orgasmo. Satisfecha así, se apeó, y entonces tome a Luz, le hice volverse y le separé cuanto pude las nalgas, percatándome del orificio pequeño y seco que guardaba entre ellas. Primero le metí un dedo, asegurándome de su profundidad, y viendo que era buena, mandé a Sol que humedeciera con su lengua todo el camino que pensaba

recorrer. Así lo hizo mientras mantenía sus pechos fuertemente agarrados con mis manos y, una vez ensalivado y fresco, penetré su ano hasta que no pude resistir más y estallé en otro orgasmo corto pero gozoso. Alba y Flor se complacieron ellas solas y se quisieron durante largo rato y, cuando concluyeron, se tumbaron también sobre mí y quedamos los cinco dormidos. Al amanecer, Luz me besó apasionadamente y me pidió que me quedara con ellas para siempre, y Alba me acarició todo y aseguró que nunca habían conocido varón tan delicado y galante. Volví a poseerlas a las cuatro, una tras otra, y mientras esperaban turno me besaban o se besaban y acariciaban entre ellas. En realidad eran cuatro preciosas jóvenes que nunca he podido olvidar, y de las que con pena me despedí, pero mi decisión era firme y mi dinero habíase terminado.

Cuando llegué al convento el abad me preguntó por el hermano Toribio y yo le referí cuanto había ocurrido, pero nunca me atreví a delatar en confesión cuánto había pecado ni lo que de sí dio la escandalosa vida del barón Toribio, que en buena parte compartí y aunque no soy quien para confesar sus pecados, sí debo hacerlo de los míos, que se han engrandecido durante toda mi vida por acercarme a la mesa del Señor sin haber sido absuelto de mis anteriores faltas, que ni confesé ni relaté a ser vivo alguno hasta hoy.

Supe luego que el barón tenía razón en lo de la redondez de la tierra y en otras muchas cosas, pero en mi retiro del mundo ni practiqué sus doctrinas ni compartí otra compañía que la de mis hermanos del convento y de Dios Nuestro Señor, si en su misericordia ha tenido a bien aceptarme. Supe, eso sí, que la Santa María había naufragado y muchos de sus tripulantes habían muerto, haciéndose con sus restos el Fuerte de Navidad, la primera ciudad española en el Nuevo Mundo. Pero nunca supe si el barón había fallecido o había regresado, por lo que durante mucho tiempo recé no sólo por mí, sino también por él, que a buen seguro necesitaba de mucha indulgencia para alcanzar el Cielo.

Me equivoqué menospreciando el poder del demonio y he pagado mi error sufriendo una vida de privaciones y ayunos que doy por bien empleada porque poco ha sido en comparación con aquellos mis años jóvenes de lujuria y latrocinio. Todos los hermanos han conocido mi piedad y virtud, mis casi sesenta años de exclusiva dedicación a Ti y los suplicios que cada noche me he infligido azotándome con cuero curtido, durmiendo con espinas en la cabeza, torturándome ayunando un día sí y otro no, leyendo exclusivamente las obras piadosas que el abad me ha recomendado y paseando en las noches de invierno descalzo sobre la nieve hasta que mis pies se congelaban y dejaba de sentir el tormento del frío.

Mis hermanos pueden dar fe de mi santidad y devoción, y saben que si algún día me he hecho traer algún alimento a mi celda ha sido porque desfallecía. Tanto era mi ímpetu en tu servicio que jamás cruzó por mi mente pecado ni deseos lujuriosos, si descontamos, claro es, la hermana sor María, que se puso tan provocativa que no tuve más remedio que... o doña Sancha, que a fuerza de confesarla se empeñó en... Pero ¿qué es eso, apenas dos mujeres?... bueno, y la abadesa, y doña Eloísa y dos o tres más, en total no más de diez, en comparación a la vida de piedad y amor a Ti que he disfrutado. Porque esas son miserables anécdotas que curé con los azotes que cada noche... casi todas las noches, para qué voy a engañarte, me pegué, mientras fui joven, ¿recuerdas?, porque después, cuando llegué a los treinta años ya estaba muy viejo y era necesario conservar mi salud para seguir orando y rezándote por mi alma y la de mis hermanos. Pero me azoté enérgicamente, recuerda, sobre todo aquella noche que me hice una herida... Y la corona de espinas con que dormía, si recuerdas me la puse por lo menos durante un mes y no era culpa mía que durmiendo me la quitara. Pero

ahora, al fin libre de mis pecados, confesados con meticulosidad y detalle, al menos los que recuerdo, porque otros no vienen a mi memoria, espero de tu misericordia el Cielo eterno, que arrepentido estoy de todos y en mil vidas que tuviera nunca los repetiría, que a nada conduce estar en pecado pudiendo vivir en tu gracia infinita.

Confieso que he pecado, que he fornicado, que he cometido gula, que he pecado de soberbia ante mis hermanos demostrándoles que eran unos ignorantes, porque la verdad es que así es, para qué vamos a engañarnos; que he sido avaricioso con mis cosas, porque es que hay cada uno que sólo piensa en vivir a costa de los demás, pero les perdono; que sentí ira cuando el abad me negó que volviera a confesar a doña Sancha, todo porque ella se quejaba de mis cariñosos consuelos, aunque lo que yo creo es que quería más y, en mi castidad, le negué lo que requería, pero también la perdono; confieso que he cometido alguna vez que otra actos impuros con mi propio cuerpo, pero Tú sabes que a nadie escandalizaba; que intenté abusar del novicio Servando cuando llegó al convento, pero le perdono la bofetada que me dio porque tu mano debió inspirarle; confieso, en fin, que empecé mal mi vida pero que gracias a Ti la he podido corregir.

Y confieso, en fin, que si toda mi vida he envidiado al barón Toribio de Hita y he esperado que alguna fortuna me fuera legada para adquirir un castillo y vivir cual él, reproduciendo sus fiestas y sus experiencias, ahora, que las tinieblas de la muerte se ciernen sobre mí y temo el fuego del diablo y el azufre de su aliento, quiero que sepas que te perdono por no haberme otorgado la gracia de recibir tal herencia, esperando, en compensación, que Tú me perdones y pueda al fin compartir las migajas que de tu Paraíso decidas. Lo que confieso *in nomine patri, et filii et spiritu Sancti*. Amen.

Notas

[1] En realidad, el cuento pertenece al Marqués de Sade (1740-1814)

y se titula: «*Engáñame siempre igual*». < <

[2] Pelo negro. < <

[3] Cancioncillas francesas del siglo XIII, en las que se ridiculizan a los maridos engañados. < <

[4] «Conocedor de todas las cosas y todas las materias». < <

[5] Nota de Meunier de Querlon a los «Ejercicios de devoción» del Abate de Voisenon. < <

[6] Cansado Hércules de tanta multiplicación capilar, terminó matándola seccionando cada cabeza y aplicándole a la vez una antorcha, con lo que cauterizaba la herida y cesaba la reproducción.

< <